



LOS DOCE ALFONSO

LOS DOCE ALFONSOS.

ESPEJO DE CABALLEROS.

D. FRANCISCO APARISI Y COLLADO.

LOS DOCE ALFONSOS.

Segunda Edición, corregida y aumentada.
Por el Autor. Madrid, 1864.

En venta en las librerías de
Madrugada, y en las de
Madrugada, y en las de
Madrugada, y en las de



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, BRAVOS, 21, PRIMER 10,
a cargo de D. Francisco Góngora.

1864.

$\frac{D}{7}$ R-4589
217
6101

9(46)

LOS DOCE ALFONSOS

REMEMBRANDO A SU ALTEZA REAL
Y EL

ESPEJO DE CABALLEROS,

por

D. FRANCISCO APARISI Y COLLADO.

Sirven las historias de los pasados
para honra y ejemplo de los pre-
sentes.....

SANDOVAL.

Tal debe el hombre ser,
como quiere aparecer.

MOTE DE FERNANDO PULGAR,



N.º 7237
N.º 2173
R. 8311 (BRMB)

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, GRAVINA, 21, PRINCIPAL, D.
à cargo de D. Florencio Gamayo.

1864.

A SU ALTEZA REAL

EL

SERENISIMO SEÑOR PRINCIPE DE ASTURIAS.

ALTEZA :

Son los buenos Reyes bendicion que Dios envia á las naciones, y mirándose en ellos, é imitando sus ejemplos, las mejoran y engrandecen. Ya en las antiguas edades dijo un poeta famosísimo: *Totus ad exemplum regis componitur orbis*. Y esto, que es natural en todos los reinos, lo es señaladamente en el de España, donde Dios siempre ha tenido puestos sus ojos misericordiosos, y cuyos Principes han sido en todos tiempos los primeros caballeros de la nacion, y sus nobles súbditos han asombrado al mundo con hazañas portentosas.

Por eso en este libro, que humildemente ofrezco á V. A., y en el que se relatan grandes y virtuosos hechos de heróicos españoles, andan Reyes y súbditos como mezclados y revueltos.

Corto es el don; más grande el deseo de que V. A. se digne aceptarlo. Permitid, pues, Señor, que le ponga respetuosamente á vuestros augustos pies.

Señor:

A. L. P. de V. A.

Francisco Aparisi y Collado.

D. Pelayo.

Así también veremos nuestros Reyes todos vueltos á Dios con su pensamiento y con sus armas; y que por menearlas animosamente, no confiaban tanto en ellas como en pedirle á Él la victoria, y esperarla de su mano.

Ambrosio de Morales. (Lib. XIII, cap. II.)

Cuentan algunas crónicas (1), que en tiempo del Rey Don Rodrigo había un palacio en Toledo que no se guardaba memoria de haberse abierto. Decíase de él, que cuando lo fuera, «España padecería alguna gran adversidad.» Tentóle la curiosidad al Rey, y no bastando las súplicas de sus allegados para estorbárselo, hizo arrancar las cerraduras de las viejas puertas, y entró en él. Con el ruido salieron pájaros aturridos, que dejaron su tranquila vivienda y desaparecieron luego; despues, todo quedó en completo silencio, sirviendo las yerbas de los patios para guardar las pisadas de los caballeros. Recorrió D. Rodrigo las solitarias y desnudas galerías, hasta llegar á un pequeño cuarto, en el que había un arcon. Mandolo abrir, y hallando un paño, le desdobló cuidadoso y vió

(1) El Arzobispo D. Rodrigo y otros; mas como dice Morales con respecto al primero, *parece no lo referia de buena gana.*

pintadas unas figuras, que en los rostros y trages parecían Arabes, y una letra latina, que decía: «Que cuando aquel palacio y arca se abriesen, y el paño se descogiese, entrarían en España gentes semejantes á las que allí estaban pintadas, y destruyendo la tierra se harían dueños de toda ella.»

Entristeciose con tan funesto pronóstico, y mandando doblar el paño y cerrar el arca, salió del palacio silencioso y meditabundo.

Mientras esto pasaba en Toledo, hallábanse no lejos de Consuegra, en las sierras de Darazutan, y en la conocida por de Calderin, cuatro hombres ocupados en grave conversacion. Eva y Sisebuto, hijos de Witiza, perseguidos por Don Rodrigo en venganza de la muerte de Teodofredo, su padre, eran dos de ellos; los otros, el conde D. Julian, deshonorado por el Rey en su hija la hermosa Caba, y el Arzobispo Don Oppas, hermano del Rey Witiza (1). ¡Los cuatro conspiraban!... Y de aquella reunion salió la desdicha de su patria, que desde entonces no ha cesado de maldecir su memoria.

Hecho el tratado de entregar España á los Africanos, conferenció D. Julian con Muza, Gobernador y Lugar-Teniente en Africa por el Miramamolín Ulit, señor de los Arabes en sus estensos dominios, el que se decidió á la empresa, aunque con algun tanto de recelo.

Hallábase España en estos años, y en el de que hablamos, de 714, sin fortalezas en sus costas, sin murallas en las ciudades, sin armas los ciudadanos, débiles y flacos con el ocio, lujo y livianos entretenimientos. Acabó Witiza con la raza dura,

(1) Seguimos al Arzobispo D. Rodrigo: varían en este punto los autores; unos le hacen hermano de Witiza, otros del conde D. Julian.

indómita é invencible de los Godos, dejando á su sucesor, imitador de sus costumbres y fealdades, un pueblo afeminado, que habia convertido espadas y lanzas en instrumentos de labor.

No tardó Muza en despedir al grande ejército capitaneado por Tarif, que habia de invadir á España: cubrióse la mar de velas, pasaron el Estrecho, y desembarcó en la península. Esperábale ya D. Rodrigo entre Jerez y Medina Sidonia: acércase Tarif, y en las riberas del Guadalete comienza la batalla. ¡Ocho dias duró, siempre peleando y jamás venciendo! El último, desbaratados y muertos los Godos, quedaron sobre un mar de sangre con la victoria los Africanos. Perdióse D. Rodrigo; mas fue hallado su carro de marfil, diadema y manto, revuelto con los cadáveres.

Así fue abatida aquella raza temida de la Europa por su altivez y fiereza, al par que admirada por lo noble y generosa.

Allanaron los vencedores la tierra señoreándose de ella, mientras los Cristianos huyeron buscando seguridad en las sierras de las Alpujarras, en los Pirineos, y en las ásperas fragosidades de las montañas de Asturias. A ellas tambien se encaminaban Urbano, Arzobispo de Toledo, llevando consigo las santas reliquias de su iglesia y los mas preciados libros, y un jóven y apuesto guerrero, que triste y silencioso le precedia sirviéndole de custodio: era nieto del Rey Chindasvinto, hijo del desventurado Fabila, llamado Don Pelayo, y salvado por la Providencia de la rota de Guadalete, para renacer en él nueva série de Reyes que reconquistaran su patria llevando por enseña la Cruz y viviendo en el campo con sus soldados.

Casi juntas están las dos villas, Cangas de Onís y Mer-

cado de Cangas, en las Asturias de Oviedo: dos leguas de ellas está la cueva llamada Covadonga (1). Subiendo desde el Mercado de Cangas por la ribera del rio Bueña ó Pionia, al Oriente estival, algo inclinado al Mediodía, se va por un valle harto ancho y estendido, cuales hay muy pocos ó ningunos en Asturias, aunque parece á los otros de aquella tierra en ser muy fresco y de hermosas arboledas. No se ha caminado media legua por la ribera de la mano derecha, llevando el agua á la izquierda, cuando otro rio menor, llamado de los naturales Reinazo, entra en Bueña.

Sin pasar á Reinazo se camina otra media legua hasta el pequeño lugar llamado Soto, habiendo ya dejado á Reinazo, y siguiendo agua arriba por otro pequeño rio, llamado Deba, y habiendo torcido el camino del todo al Mediodía por valle tambien ancho y fresquísimo. Las dos montañas que lo cierran son mas altas que las del valle de Bueña, y van siempre creciendo en altura y estrechando mas; así que cuando se llega á Soto, ya va el valle mas cerrado, y lleva mas ásperas y levantadas las cumbres de sus lados. Desde este lugar de Soto se va á otro menor que nombran Riera. Caminando media legua que hay entre ambos, por el rio Deba se pasa y vuelve á pasar á menudo; porque lo estrecho del valle, y el torcer con muchas vueltas el rio, y el ser ya sus lados mas peñas que no montañas, hacen revolver muchas veces el camino; haciendo tambien una aspereza y casi oscuridad espantosa, con no dejar mas anchura de cuanto el rio Deba lleva de corriente, ó mas verdaderamente de despeñadero.....

(1) Tomo la descripcion de aquel lugar de las Crónicas de Ambrosio Morales, por la claridad, llaneza y elegancia con que la relata.

Desde Riera, en la otra media legua que queda hasta el santo sitio, se va aun estrechando y enriscando mas el valle, que sin tener salida, se cierra al cabo con la frente de una peña muy alta, donde está la santa cueva, llamada en este tiempo, como en aquel, Covadonga, teniendo el rio Deba su nacimiento en un hueco dentro de ella. Y súbese por cuesta tan ágría toda esta media legua, que no se puede ir sino muy mal á caballo. Esta peña, que cierra así el valle, aunque es tajada, no es derecha, sino algo acostada hácia fuera; así que pone miedo mirarla desde un pradito llano que tiene al pie, por parecer que se quiere caer sobre los que allí están. Por este pie de la peña en el prado, de dos grandes chorros que se descuelgan de ella con mucho ruido, y de una pequeña balsa, nace el rio Deba, por cuyas riberas se ha venido caminando hasta allí. Es muy alta la peña en lo que es piedra desnuda, y ancha como cincuenta pasos; mas tiene encima una sierra de peñas, con matas tan yertas y derechas como ella, que le hace tenga una increíble altura.

Desde el suelo del pradito que digimos, hasta dos picas ó poco mas en alto, está en la peña una como ventana á manera de semicírculo, levantándose en arco poco menos que una pica sobre lo llano, que es como su diámetro, y la anchura de esta boca será al dos tantos de la altura, y es la boca de la santa cueva. Este hueco de la gran ventana ó agujero natural entra la peña adentro por algun espacio; así que tiene suelo para caber doscientos hombres, y no mas, teniendo la cueva al cabo un agujero grande en el suelo, que baja á otro hueco donde puede ser que haya anchura para caber mas gente, aunque no con mucha comodidad, por estar en aquella parte baja los manantiales del rio, que se oyen de

arriba pasar con harto ruido antes de que se descuelguen afuera.

A esta montaña y cueva vino á refugiarse D. Pelayo, convocando á los Españoles que pudo juntar y enardeciendo sus corazones á la reconquista de la patria. Aclamáronle por Rey; alzaronle en lo alto sobre un escudo; gritaron por tres veces, como era usanza en aquellos tiempos: Real, Real, Real, y se declaran en guerra.

Llegó á Córdoba la noticia del alzamiento, y sobresaltado Tarif llamó á sus Capitanes; reunió con presteza poderoso ejército; dió el mando á Alcaman, uno de los cuatro principales que vinieron con él de Africa, el cual, llevando consigo al Arzobispo D. Oppas, partió para Covadonga.

Colocada tenía ya su gente D. Pelayo en la cueva y crestas de la montaña que dominaban el valle al acercarse Alcaman con su ejército. Adelantóse D. Oppas con ánimo de reducir á los Cristianos, y poniéndose en el llanito llamó á voces á D. Pelayo, y le habló de esta manera: « Bien sabes, hermano Pelayo, como poco há estaba toda España sujeta á solo el señorio de un Rey de los Godos, y como habiendo él juntado todas las fuerzas de su reino en un ejército, no pudo resistir al poderío de los Alárabes. ¿Pues cuánto menos podrás tú defenderte de ellos en ese agujero? Escucha mi consejo, y quita de tu pensamiento este desatino, que yo te seré buen intercesor con los Alárabes para que con paz y amistad suya goces todo lo que tienes.» Calló D. Oppas, y esperó le contestara Don Pelayo, el cual, lleno de indignacion, respondió: « Ni me juntaré jamás en amistad con los Alárabes, ni seré su súbdito. Tú no sabes cómo la gloria de Dios es comparada en la Sagrada Escritura á la luna, que padeciendo á tiempos men-

gua y defecto, vuelve despues á su perfeccion entera: pues así yo confio en Dios que de este pequeño agujerucho que tú ves, ha de salir la restauracion de España y de la antigua gloria de los Godos, cumpliéndose en nosotros aquel dicho del Rey David: Visitaré con azote sus maldades, mas no quitaré mi misericordia de ellos. Con esta divina confianza, tenemos en poco toda esa muchedumbre de paganos, sin tener ningun temor de ellos.»

Oídas estas palabras, retiróse furioso D. Oppas, y miles de saetas y piedras volaron de los arcos y ondas: mas caian las mismas de lo alto y herian en los Moros, juntamente con los peñascos que derrumbaban los Cristianos, sembrando la muerte y desolacion en aquella angosta estrechura.

Buscaron aquellos en la fuga su vida, y precipitándose los unos sobre los otros, caian los delanteros, tropezaban los que seguían, formando así un estorbo con sus mismos cuerpos, que aumentaban con su esfuerzo los mas atrasados. No descansaban los Cristianos; antes animosos, precipitaban torrentes de piedras que con espantoso ruido venian á aplastar á la espesa y desordenada muchedumbre mora. Habia dejado su cueva Don Pelayo, y desgarrando un brazo de un roble formó una Cruz, y alzándola en alto: «Seguid, dijo á los suyos, la enseña de nuestra victoria,» y cayendo sobre los enemigos por las espaldas, continuó la carnicería. Murió Alcaman, fue preso D. Oppas, y 124,000 Árabes acabaron en el alcance.

Cuentan las crónicas, y afirman como hecho milagroso, que otros 63,000, pensando salvarse por la montaña que está sobre el rio Deba, arrancóse esta por sus raices, y acostándose sobre el rio, tomó bajo al ejército fugitivo.

Así comenzó la reconquista de España.

D. Alonso I, el Católico.

Murió D. Pelayo, despedazó un oso á D. Fabila, y fue alzado Rey D. Alonso, yerno de D. Pelayo, por Ermenesenda, su hija. Era este Príncipe de recios y crecidos miembros, animoso y esforzado, religioso en sentimientos, tan puestos en Dios, que le merecieron en adelante el renombre de Católico.

Las bravas montañas de Asturias formaban un cerco inquebrantable para los Moros conquistadores. Despreciando su amparo, y puesta la confianza en Dios, en la santidad de la causa y en el valor de sus soldados, las atraviesa valeroso, baja á lo llano, busca al enemigo, y, sin temer su número, batalla, vence, mata, conquista, asuela, destroza, incendia, arruina, y vuelve vencedor á las Asturias, despues de pasear sus pendones por mas de ochenta leguas, sacar de la esclavitud á miles de Cristianos, y tomar á lanza y escudo las ciudades de Lugo, Salamanca, Ledesma, Zamora, Ávila, Segovia, Astorga y Leon.

Así pasó los diez y ocho años de su reinado. La restauracion de la patria, edificacion de iglesias y cuidado de sus súbditós, ocuparon las acciones de su vida.

Se dijo entonces, que los presentes á su muerte oyeron como voces de Angeles que cantando decían: «Por apartarlo de la maldad, es llevado el justo, y será en paz y descanso su sepultura.»

Alonso II, el Casto.

Sirvió de ayuda Abderramen, que reinaba en Córdoba, á Mauregato para alzarse con el reino y usurpar la Corona á D. Alonso II, hijo del Rey Fruela. Huyó este, entronizóse aquel, haciendo odiosa su memoria el tributo de las cien doncellas con que se obligó á Abderramen. Vil tributo, burlado en *Peito Burdelo*, y negado por el Casto.

Era el año de 794, y tercero que reinaba D. Alonso, cuando el moro Mugahit, alzando poderoso ejército, pensó de una vez acabar con los Españoles reunidos en las Asturias.

Salió D. Alonso á su encuentro, vienen á las manos, y suya fue la gloria de la batalla, que llamaron de *Lodos*. Reúnense nuevos ejércitos; acaudillanles Alahabaz y Melich, Alcorexi, y en Naron y en la ribera del rio Anceo sufren igual suerte. Acabados Mugahit y los hermanos Alcorexi, desafía á Mahamut, orgulloso con sus 50,000 guerreros, los vence, sitia y rinde el castillo de Santa Cristina, y satisfecho y victorioso entra en su capital.

En la guerra, así batallaba D. Alonso; en las treguas, restauraba su reino y servía á Dios como Príncipe religioso.

Usó el título de Rey de Oviedo; celebró Concilio; buscó artífices para labrar una riquísima Cruz, y Dios envíele dos

Angeles (1); tuvo por sobrino á Bernardo del Carpio; fue apellidado el *Casto* por su honestidad y limpieza, y el primer Rey de España que estuvo á derecho con sus vasallos.

(1) La Cruz de los Angeles la llaman nuestros historiadores.

Alonso III, el Magno.

Magnífica figura la de nuestros Reyes, luego que fue comenzada la reconquista: Caudillos al par que soldados; ciudadanos, como sus vasallos; celosos en la honra de Dios, como los Obispos. Así que vemos en aquellos azarosos y también gloriosos tiempos á los soldados ensanchar su reducido reino; á los Prelados celebrar Concilios y alzar iglesias; el resto de los súbditos, fortificar los pueblos y restaurarlos. Ninguno perezoso; todos ocupados en tan santa obra.

Muerto el Rey D. Ordoño, fue alzado D. Alonso III.

Ocupado el de Córdoba, Mahomad, en guerra contra el Rey Abenlope de Toledo, no podía atender á las invasiones y destrozos que D. Alonso hacía en sus dominios; mas acabada aquella y hecho concierto con los que le eran rebeldes, pidió auxilio al Rey de Marruecos, y, formando dos poderosos ejércitos, en vióles contra los Cristianos por Astorga y Leon. Marcha D. Alonso contra el primero, cae como torrente desbordado sobre él, le vence y sigue impetuoso en busca del otro. Las nuevas de la derrota atemorizan al ejército que entraba por Leon, abandona el campo, huye, llega á su alcance D. Alonso, le desbarata, acuchilla y sigue su triunfal carrera, estragando la tierra, ganando villas, tomando castillos, hasta llegar á Simancas.

Maltratados y quebrantados quedaron los Moros, y tan humillado el altivo Mahomad, que hubo de pedir treguas. Pasadas estas, Coimbra y Guadalajara fueron ganadas por el Magno.

Grandeza y fortuna le siguió en las armas; graves desavenencias en su familia.

Sufrió y venció con constancia al principio de su reinado las rebeliones y levantamientos de los Nobles: á su postre, su esposa Doña Jimena, sus hermanos é hijos procuraron su destrucción.

Conjurada contra él toda la familia, dejó el reino á su hijo D. García, antes que por sí lo tomase, ó se le descomidiese con grave injuria. *Y no fue menos grandeza suya vencerse á sí mismo y obedecer á la necesidad con prudencia y sufrimiento, y deshacerse de su gana, antes que con indignas afrentas fuere deshecho, que haber vencido en tantos años tan poderosamente sus enemigos (1).*

Abandonó el cetro y tomó el bordon de peregrino; visitó pobre y penitente el cuerpo de Santiago, cuya iglesia había labrado y enriquecido; luego suplicó á D. García le diese ejército para hacer la última jornada contra Moros; dióles batalla, hizo estrago en ellos, y victorioso fue á Zamora, donde poco despues murió de enfermedad. Así acabó Alonso III, llamado el Magno.

(1) Ambrosio Morales.

Alonso IV, el Monje.

Renunció D. Alonso el IV la Corona en su hermano D. Ramiro: vistió el sayal de monje en el monasterio de Sahagun: cansóse del claustro, é intentó volver á reinar: cercóle en Leon D. Ramiro, y hecho su prisionero, le sacó con bárbara crueldad los ojos.

Así pagó el un hermano lo que debiera al otro.

Alonso V, el Noble.

Salió de la tutela del buen Conde D. Mendo Gonzalez, Alonso V; reinó corto tiempo; prematura su muerte; pocas sus campañas; mas tan señalados sus hechos, que justamente enaltecieron su nombre.

La furia de Almanzor y su hijo Abdel Melic habia destruido la ciudad de Leon. D. Alonso, desafiando al poder africano, reparó sus muros, labró puertas y cerró la ciudad. Convocó el reino en Córtes, asistieron Grandes y Prelados, ordenando en ellas leyes para el gobierno de sus reinos, hechas y examinadas con tanto cuidado, como si los tiempos fueran bonancibles y los Moros no cercanos.

Llamólas *Fueros de Leon*, dados en 1020, los primeros que se conocieron en España, dando principio á nuestra historia foral. Dividióles en dos clases de leyes, unas generales para el gobernamiento eclesiástico y político de los reinos de Leon, Asturias y Galicia; otras especiales para Leon; *debiendo gloriarse los Españoles de ser los primeros que haciéndose cargo de la alteracion de los siglos y mudanzas de costumbres, modificaron la antigua legislacion, acomodándola á la novedad de los tiempos (1).*

Acabadas las Cortes ó Concilio, reunió los restos de los

(1) *Historia del Derecho*, por el Presbítero D. S. del Viso,

Reyes que estaban derramados por muchas partes, y enterróles en sepulcros preparados en la iglesia de San Juan Bautista de Leon, que habia edificado. Despues, acaudillando su ejército, entró en Portugal guerreando contra los Moros. Cerca á Viseo, la combate; mas un día daba vuelta á la plaza sin peripunte ni armadura, y una saeta arrojada de ella le atravesó por la espalda. Murió tan lastimosa y desgraciadamente D. Alonso á los treinta y dos años de edad, y siendo el primero de los Reyes de Castilla que murió en la guerra contra infieles.

Alonso VI, el Bravo.

«Gracias á Dios que los clérigos hacen lo que habian de hacer los caballeros, ya que los caballeros se han vuelto clérigos por los míos pecados.»

Así decía D. Alonso VI abrazando al Obispo de Leon, con su roquete sobre la armadura ensangrentada, y apartando la vista con enojo de D. García Ordoñez y los Condes de Carrion, que fea y cobardemente se habian retirado de la batalla, en la que fue herido el Rey, y victoriosos los Moros, en los campos Salatrices.

Hízoles guerra D. Alonso todos los dias de su vida, ganando palmo á palmo la tierra, sin que las fatigas y vejez enfriaran su espíritu esforzado. Antes, creciendo en ánimo al par de años, puso su pensamieto en la conquista de Toledo. Cuatro años corrió sus tierras segando panes, haciendo cautivos y fatigando á sus defensores: luego llamó á los caballeros de su reino, pidió auxilio á D. Sancho, Rey de Aragon, y reunidos Castellanos y Aragoneses, sitió á la ciudad. Amparábala, al par de sus fuertes defensas, el valor de los Moros: acometian los Cristianos con gran denuedo, y sucediéndose los combates unos á los otros, flaquearon los sitiados, crecieron en poder los sitiadores, capitularon aquellos, salió de la ciudad su último Rey Alcaidibile, y entró el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, con su pendon victorioso.

Tomada Toledo, entra D. Alonso en la Lusitania: Lisboa, Santaren y otros pueblos y villas se le rinden, ofreciéndose al vasallaje los Moros pobladores.

Tantas victorias y laureles coronaban al Bravo conquistador, cuando la desgraciada rota de Uclés le privó de hijo y heredero del trono, como así de sus mejores Capitanes.

Descuartizado murió el leal Conde D. García de Cabra, defendiendo al niño Infante D. Sancho. Los que escaparon de la rota llevaron las tristes nuevas al Rey, el que anegado en lágrimas, hablaba de esta manera: *Ay meu fillo, ay meu fillo; alegria de mi corazon, et lume dos meos ollos; solaz de miña vellez; ay meo espello, en que yo me soya ver, et con que tomaba moy gran pracer. Ay meu heredero mayor, caballeros hu me lo lexastes; dadme meu fillo Condes.*

Inmóviles y sin atreverse á interrumpir su llanto estaban los caballeros, cuando uno de ellos, tomando la palabra, «Señor, le dijo: despues que reinais, habeis trabajado en muchas guerras, y afanado por ganar las villas y castillos que teneis, y derramásteis mucha sangre; y pues que la fortuna quiso que la buena andanza fuese esta vez de los Moros y la nuestra mala, viendo los que escapamos que no éramos parte para vencer aquel campo, pareciónos que sería mayor daño vuestro morir allí todos en vano, y que se podría perder la tierra, y que no os quedaria con quien la poder amparar, y vuestros grandes hechos quedaran como muertos; y así, escogiendo del mal lo que era menos, y que ya que perdistes, que no perdiédeses los caballeros y la tierra, y esto nos hizo venir aquí, Señor, que si Dios por nuestros pecados nos dió ahora este azote y mala suerte, cuando fuere su voluntad nos la dará buena por su gran bondad.» Consolaron las razones del

caballero al Rey, el que, anhelando vengar al Infante y á sus caballeros, reunió ejército, salió al campo; mas hubo de entregarse su mando á Fernando Ruiz Minaya, que partió para Cuenca, y él, enfermo, volvió á Toledo, donde supo las victorias alcanzadas por Minaya, muriendo despues.

Este fue aquel Rey que conquistó á Toledo, pobló á Segovia, Álava y Salamanca, y rindiéronle párias todos los Moros de España. En su tiempo predicó Pedro el Ermitaño la Santa Cruzada; celebróse el Concilio de Claramonte, convocado por Urbano II; y Godofre de Bullon, Duque de Lorena, capitaneó el ejército cruzado, que conquistó á Antioquía, la Siria y Jerusalem.

Alonso VII, el Emperador.

Desgraciados fueron para Castilla los años siguientes á la muerte de su Rey Alonso el VI. Casada en segundo matrimonio con D. Alonso, Rey de Aragon, la sucesora al trono é Infanta Doña Urraca, Reina antojadiza, desenamorada de su marido, y entretenida en liviandades indignas de la Majestad Real, dió ocasion al desconcierto de toda Castilla, con bandos, parcialidades, venganzas y guerras desastrosas.

Repudió solemnemente D. Alonso á la Reina su mujer; tomaronlo como afrenta los caballeros castellanos; alzaron Rey los Gallegos al Infante D. Alonso, hijo de Doña Urraca y del Conde D. Ramon, su primer marido; rebeláronse muchos nobles aprovechándose en lo que podian de la anarquía del reino; hicieron guerra los Aragoneses á los Castellanos; Doña Urraca á su esposo é hijo suyo; el Infante á aquella y su padastro, y en este estado las cosas, murió la Reina; concertáronse Don Alonso su hijo, con su padastro; venció aquel con gran constancia á sus nobles rebeldes, y ya mas tranquila Castilla, pudo su jóven Monarca pensar en su engrandecimiento.

Celebró en Palencia un concilio, decidiéndose en él muchas cosas referentes al servicio de Dios y pacificacion del reino. Dióle á Baeza fueros, siendo notable la variacion hecha de la ley de *compurgacion* por el agua caliente, como disponia el

Fuero Juzgo, á la del fuego y el hierro (1), y acaudillando poderoso ejército, corrió la tierra de Calatrava, Alarcos, Caracuel, Alcudia, saqueando y destruyendo á los Moros.

Era Almería refugio de los corsarios que recorrian con grande daño las costas del Mediterráneo. Marcha D. Alonso á sitiála, ayudado de los Reyes de Aragon y de Navarra, y prontamente la toma.

Un dia hallábase preparando para nueva entrada en Andalucía, cuando se le presentó un labrador de Galicia quejándose de fuerzas y de agravios que le hacia un caballero infanzon. Oyóle D. Alonso, y tomando la pluma, escribió al caballero para que satisfaciése á aquel hombre y cesara de ofenderle: al propia tiempo lo hizo al Merino del reino para que luego supiera cuál era el agravio, y pusiera mano en ello si el caballero no cumplia lo que le ordenaba. Poco tiempo habia pasado, cuando el labriego se presenta nuevamente al Rey, diciéndole que no se le habia hecho justicia. Irritóse D. Alonso, y decidido á hacer ejemplar castigo, parte con gran sigilo para Galicia. Averigua el hecho; sabe de él la verdad; sitia la casa del caballero infanzon, préndele, y le ahorca en su misma puerta; entregó al labriego lo que era suyo, y regresó á Toledo.

Habia entrado con numeroso ejército en Andalucía contra los Moros Almohades; sintióse enfermo, y volvió para Castilla:

(1) Que el fierro que por justicia facer fuere fecho haya quatro pies así altos, que la que asalvarse oviere, la mano pueda meter de yuso. Haya en longo un palmo y en ancho dos dedos. E quando lo tomare, lievel ocho pies, é pongal suavemente en tierra. Mas antel bendiga el Misa cantano: é despues él y el Juez caliente el fierro. E mientras el fierro calentare, ningun ome non esté acerca del fuego, que por aventura faga algun mal fecho...

el mal no le dejó llegar á Toledo. En un lugarejo llamado las Fresnedas hubiéronle de armar su tienda bajo de una encina, y en ella murió á los cincuenta y un años, dando descánso á su cuerpo y el alma á su Criador.

Asi acabó D. Alonso el VII, llamado el *Emperador*. Religioso, donó y concedió privilegios á las iglesias; guerrero, pacificó su reino y abatió con poderosa mano el orgullo del Moro; legislador, dió leyes á Baeza y formó el Fuero de los Fijosdalgo: se crearon en su tiempo las Ordenes de los Templarios, desgraciada en su fin, y la de San Juan de Jerusalem. Educóse este Príncipe entre el estruendo de las armas, viviendo siempre en él, y muriendo en el campo, bajo de su tienda y con sus soldados.

Alonso VIII, el Bueno.

Era el año de 1168, y cansados ya los Españoles de tantos desastres y guerras ocasionadas por los Castros y Manriques, ambos bandos codiciosos de la guarda del niño Rey, sacáronle de Avila, donde se había criado, y le llevaron á visitar sus pueblos y ciudades, con gran júbilo y esperanza de bienestar de todos sus vasallos.

Tomó D. Alonso VIII el regimiento de Castilla, dando en su temprana edad á conocer lo que había de ser en lo venidero.

Celebró Córtes en Toledo, Búrgos y mas tarde en Carrion. Cercó á Cuenca, con ayuda del Rey de Aragón, y fue entrada para nunca mas perderla. Fatigaba á los Moros andaluces tan sin tregua ni descanso, que hubieron de apremiar á Aben-Jucef, Miramamolín de España y Africa, viniera á defenderlos y vengarlos. No tardó en llegar pederoso, con ejército de todas las naciones de las provincias africanas. Atraviesa el Estrecho, desembarca en Andalucía, y marcha contra Alarcos. Allí fue D. Alonso á buscarle; trabóse la pelea; muchos murieron; venció Aben-Jucef, y escapé herido D. Alonso á uña de caballo.

La rota de Alarcos puso en consternacion á España. Concedió cruzada el Papa Inocencio III; predicóse en toda la cristiandad, y no tardaron en entrar en Castilla Cruzados de todas

las naciones. El Rey de Aragon y el de Navarra, con sus tercios, llegaron en breve plazo. Desavenidos los extranjeros, abandonaron la cruzada y regresaron á sus tierras: habia Dios guardado aquella empresa para solos los Españoles.

Congregadas tenia sus gentes el Miramamolin en las montañas cercanas á Jaen. Bajó á lo llano y ocupó el paso de Losa en las Navas de Tolosa. Hacia ellas se dirigia el ejército cristiano, salvando el paso de Losa por caminos escusados, llevando por guia un pastor conocedor de ellos. Domina lo alto del puerto, y acampa en lugar llano y bueno para la batalla.

Ocupaba la tienda del altivo Miramamolin la cumbre de una colina; en ella sentado su señor y rodeado de Príncipes, Alfaquies y varones de su secta y religion, contemplaba á sus pies el poderoso al par que vistoso ejército de que era caudillo: al frente del poco numeroso cruzado, y gozoso ya del triunfo que esperaba, escribió á las ciudades de Baeza y Jaen, certificándolas que dentro de tres soles serian sus prisioneros los tres Reyes cristianos.

Dos veces movió sus falanges con estruendo y algazara, y ninguna de ellas fue aceptado el combate por los Cruzados, dando lugar á reparar sus cuerpos de las fatigas del camino: la tercera, encontráronse los unos con los otros, siendo Don Diego Lopez de Haro el primero que probó las armas. Indecisa andaba la suerte de la batalla; tres veces intentó D. Alonso entrar en ella, siendo tal su fortaleza, que afirma el Arzobispo D. Rodrigo no le vió demudar el gesto ni el bulto acostumbrado. El pelear cansaba el brazo de los combatientes; todos guerreaban con singular denuedo; declaróse al fin la victoria por los Cristianos, y huyó el Miramamolin, y murieron cerca de doscientos mil Moros.

¡Día glorioso el del 16 de Julio del año 1212!

Cumplió D. Sancho de Navarra como Príncipe fortísimo; salió herido D. Pedro de Aragon, y despidiéronse los tres Monarcas, llevando cada cual á sus reinos los laureles conquistados.

Regresó á Toledo D. Alonso, y vuelto otra vez á la guerra con los Moros, le alcanzó la muerte en Garci Muñoz, aldea de Arévalo, despues de cincuenta y tres años de reinar.

La Historia le apellidó el *Bueno*: floreció en su tiempo la Orden de Caballeros de Santiago de la espada; reedificó á Plasencia, Bejar y Mirabel; pobló á Aguilar del Campo; alzó en Búrgos el Monasterio de Santa María la Real; fundó una insigne Universidad en Plasencia, y bendijo Dios su sucesion, dándole por hijas á Doña Blanca y Berenguela, ambas Reinas y madres de dos Santos.

Alonso IX, Rey de Leon.

Muerto D. Fernando el II, Rey de Leon y Galicia, fue coronado su hijo D. Alonso, llamado el Noveno.

Rivalidades con D. Alonso VIII, que reinaba en Castilla, moviéronles á hacerse la guerra: guerra miserable, en la que destruyéndose los Españoles entre sí, daban treguas á los Moros con que repararse, dificultando mas la total reconquista. El matrimonio del de Leon con Doña Berenguela, hija del de Castilla, fue ocasion para que acabara aquella, á la que, si se volvió mas tarde, fue fácil su pacificacion.

Dirigió entonçes D. Alonso de Leon sus armas contra los Moros, ganando en las riberas del rio Tajo á Alcántara, y tomando su nombre, instituyó la Orden de Caballeros religiosos, á la manera que los habia en Castilla.

Murió el Rey D. Alonso el VIII, y luego de desgracia el Infante D. Enrique, heredero al trono; con lo que llamado D. Fernando, hijo del de Leon y Doña Berenguela, sacóle esta cautelosamente del lado de su belicoso padre, y fue alzado Rey. Sintió aquel el engaño; irritóse contra su mujer é hijo, y reuniendo ejército, entró haciendo la guerra en Castilla.

La dulce condicion de D. Fernando amansó su enojo, y volviendo á batallar contra los Moros, al par que su hijo vençia á los Andaluces, peleaba D. Alonso con los de Extrema-

dura, conquistándoles á Badajoz, Cáceres, Mérida y muchas villas y castillos.

Viejo y cansado de las fatigas de la guerra, le sorprendió la muerte en Villanueva de Sarriá, reuniendo D. Fernando el III, á quien la Iglesia llamó el Santo, ambas coronas de Castilla y Leon.

Alonso X, el Sábio.

Dios es comienzo e medio e acabamiento de todas las cosas, é sin Él ninguna cosa puede ser: ca por el su poder son fechas, é por el su saber son gobernadas, é por la su bondad son mantenidas. Onde todo ome que algun buen fecho quisiere comenzar, primero debe poner, é adelantar á Dios en él, rogándole, é pidiéndole merced, que le dé saber, é voluntad, e poder por que lo pueda bien acabar.

Así comienza D. Alonso el X, justamente llamado el Sábio, el libro de las Siete Partidas, y así obraron los Reyes sus antecesores, dándoles Dios el *saber*, *poder* y *ayuda* que le pedían.

Necesaria en un tiempo fue la legislación foral, y procurada por los Reyes como dique a las demasías de los nobles; mas era tan contraria á la unidad política de la nación, que ya D. Fernando III pensó uniformar la legislación en un código general, llevándolo á cabo D. Alonso, su hijo. Publicó el fragmento de código comenzado por D. Fernando, llamándole *Septenario*, y guardando así su memoria. Luego el *Especulo*, con el que procuró evitar la diversidad de legislaciones; el *Fuero Real*; el dado á la ciudad de Búrgos; las leyes para los *Adelontados mayores*; el *Ordenamiento de las Tafurerias*, y tras de estas colecciones, el gran código de las *Siete Partidas*.

Elegancia en la frase; filosófico ordenamiento; latos cono-

cimientos históricos, y puesto en ejecución el gran pensamiento de reunir en un código las reglas de jurisprudencia que estimó necesarias para la administración del Estado.

Muchos creyeron que las leyes publicadas antes de las Partidas lo fueron para preparar á los súbditos á su observancia: otros, que las necesidades de los tiempos le obligaron á ello.

Tambien D. Alonso fue guerrero: Niebla y Jerez de la Frontera conquistó de los Moros, probando en innumerables combates que el estudio de las ciencias no habia embotado su espada.

Era en aquel tiempo su corte la mas suntuosa de Europa, y la fama de su sabiduría habia llegado á los países mas apartados. Reyes y Príncipes, cual no se habian reunido jamás, asistían á las bodas del Infante D. Fernando: enviaba el de Granada cien caballeros con hachas de cera blanca á las exequias del Rey su padre: armaba en orden de caballería al heredero del trono de Inglaterra: acudia á él triste y menesterosa la Emperatriz de Constantinopla; y en Alemania era ocasion de guerras civiles su eleccion al Imperio.

No obstante tanta grandeza y tanto saber, alzóse contra él su hijo D. Sancho; privóle del reino, arrancóle la corona, y pobre y desamparado refugióse en Sevilla, única ciudad que le fue fiel. Murió en ella, Rey destronado, y perdonando á todos (1).

(1) Sabia tanto en la Astrología, que, segun refieren las crónicas, llegó des-acordado á decir: «Que si él hubiera estado presente en la creación del mundo, en algunas cosas hubiera sido de diferente parecer y en otras como fueron hechas.» Es creible que Dios, en castigo de su loco orgullo, le abatió, tomando á su propio hijo por instrumento.

Alonso XI, el Justiciero.

Congregadas Córtes tenia D. Alonso XI en Alcalá de Henares, cuando presentándose los Procuradores de Toledo, pidieron el primer asiento y voto, fundándose en la mucha nobleza de la ciudad que representaban. Defendieron los de Búrgos el derecho de la suya, como cabeza que era de Castilla: dividiéronse los Procuradores de las otras ciudades, sosteniendo á la una ó la otra parte, hasta que el Rey mandó guardar silencio á todos, y oyendo á D. Juan Manuel, que hablaba por Toledo, y D. Juan Nuñez por Búrgos, deseando la paz de la asamblea y satisfacer á ambos Procuradores, dijo: «Los de Toledo harán lo que yo les mandare, y así lo digo yo per ellos: *hable Búrgos.*»

Contentó á ambas partes la sentencia: Búrgos, por guardársele su antigua posesion; Toledo, porque el Rey, su señor natural, se constituia en Procurador suyo.

Dura fue la condicion de Castilla durante la menor edad de D. Alonso. Muertes, robos, acabamientos y desolaciones, con toda suerte de injusticias y tiranías, obligando á los naturales á emigrar en busca de paz y sosiego. Todos estos males fueron acabando, tomada por D. Alonso la administracion del estado, ya con las grandes justicias hechas con los rebeldes

de sus reinos, como por el buen orden y acierto con que gobernaba á Castilla.

Habia pasado á España Albohacen con toda la potencia africana, y sitiado á Tarifa. Llamó D. Alonso á los Grandes y Prelados, y sentándose en su estrado, teniendo á su diestra la espada con que fue armado caballero, y á la siniestra su corona, les dió cuenta del hecho, y pidiéndoles consejo, les dijo: «Aconsejadme de tal manera que la majestad y alteza de mi corona quede con inviolable honra, y el poderio de mi espada antes crezca que mengüe.»

Unánimes contestaron Prelados y Grandes, que debía ser socorrida Tarifa: y prontamente Rey y caballeros, con ayuda de Aragoneses y Portugueses, partieron para ella. Llegados á la *Peña del Ciervo*, entre la cual y Tarifa corre el rio Salado, trabóse la batalla, acabada con la ruina de los Infieles y gran victoria de las armas españolas.

De Tarifa marchó D. Alonso contra Algeciras: diez y nueve meses la tuvo cercada: cerco famoso, en el que se batalló en tierra y combatió en la mar hasta ser ganada la ciudad.

Incansable en la guerra, dolíase cuando la necesidad le obligaba á admitir treguas, mas no desatendiendo al par de ella las necesidades de sus súbditos: así, determinó la prelación de códigos para la administracion de justicia en su *Ordenamiento de Alcalá*; trabajó de nuevo la recopilacion de la *Crónica de España*, hecha por D. Alonso el Sabio, é instituyó la Orde de los *Caballeros de la Banda*, estimulando á los nobles á distinguirse en cosas señaladas.

Durante su menor edad, habíase perdido la plaza de Gibraltar: marcha con ánimo esforzado á sitiarla, y allí muere herido de una landre.

Aclamó el ejército á su hijo D. Pedro, y levantadas las tiendas, abandonó el funesto cerco.

Amó D. Alonso las letras, fue amigo de la justicia, elogiador de los buenos hechos de armas, y entusiasta por el engrandecimiento de su patria.

Alonso, XII.

Señor... La página de vuestra historia no está escrita. Doce Reyes llamados Alonsos preceden á vuestra alteza en Castilla. De los mas, grandes fueron las hazañas; grande en todos el amor á su patria, á su Religion y á sus vasallos. En ellos habeis espejo donde miraros: son vuestros abuelos los que conquistaron á su patria con una Cruz y una espada. No os desdeñeis, Señor, de volver los ojos tambien á Aragon. En él vereis justos, clementes, gloriosos y cristianísimos Príncipes: Alonso, el Emperador, conquistando á Zaragoza; el piadoso y honesto en vida y costumbres, Alonso el Casto; el apellidado *el Franco*, hijo de Pedro el Grande, de quien decia el divino Dante «que si viviera mas tiempo, bien se entenderá que iba el valor de vaso en vaso;» Alonso el Benigno, llamando compañeros á sus súbditos y respetando sus libertades; y el que con las armas ganó á Nápoles, puesto su valor en lugar tan alto, que «escedió en magnanimidad de ánimo á los Príncipes de muchos siglos.»

Todos ellos llevaron, como vuestra alteza, el glorioso nombre de Alonsos; todos nacieron bajo el mismo cielo de España; todos os bendecirán desde el cielo.

Creced, Señor, imitad sus virtudes y eclipsad su gloria.

El Conde de Cifuentes.

Muerto había Gregorio XI, y hallábanse en cónclave los Cardenales para la nueva elección, cuando el pueblo romano, alzado en motin y recorriendo las calles de la ciudad, forzó la clausura, y á voz en grito pidió Papa italiano.

Estos desórdenes dieron ocasion á que se coronara Urbano VI en Roma, y poco despues en Aviñon Clemente VII. La entereza de ambos en sostener sus derechos, dió por resultado el cisma.

Reuniéronse Concilios en Pisa y Constanza; eligióse en el último al Papa Martino, aplaudióse la elección, se trabajó asiduamente por la estirpacion del cisma; renunciaron el Pontificado los pretensos Juan, Gregorio y Clemente, y volvió por fin la paz á las conciencias, despues de cuarenta y cuatro años de trastornos en la Iglesia.

Tres pasaron, y el Papa Martino, deseando reformar las costumbres y destruir algunas heregias, convocó el Concilio de Basilea.

Invitados fueron los Príncipes católicos en union con los Obispos y Abades.

Don Juan de Silva, Conde de Cifuentes, servia al Rey Don Juan el II de Alférez mayor del pendon real. Sus distinguidos modales, buena presencia, ingenio fecundo, gracia y donaire en sus espresiones, y celo de la honra de su Rey y del bien

comun, le hacian digno representante en el Concilio de la corte de Castilla.

Dióle el Rey sus credenciales, y le despidió acompañado del Obispo de Cuenca, Alonso de Cartagena y otros letrados y caballeros con arreos ricos y suntuosos.

Hubo en Basilea de hacerse justicia al Embajador castellano, reconociéndole por el mas fiel guardador de los derechos de su Monarca, tanto en sus palabras como en la hidalguía de su porte.

Sentia el del Rey de Inglaterra las distinciones á que se hacia acreedor el Español, y deseoso de abatirle en su orgullo acechaba ocasion para lograrlo.

Un dia entró en la estancia en que se celebraban las sesiones del Concilio poco antes que Don Juan de Silva, halla vacío su asiento, que era preferente al suyo, y se sienta en él con intencionada malicia.

Habia comenzado la sesion, cuando llegó el Embajador castellano: vé ocupado su sitio; observa el gesto despreciativo del Ingles; tómale como ofensa á su Rey, y sin poder contener su enojo, acércase, pone en él sus manos, y sacudiéndole fuertemente, le obliga á rodar mal parado á lo lejos.

Dificilmente podria pintarse el desórden y confusion que reinó á seguida. Gritaba el Inglés, apoyábanle sus amigos, acusábase á Silva de tal esceso, corrió la gente de armas á sus puestos, tratóse de proceder contra él; mas fijo en su asiento el Castellano, y fiero en el ademan, hallábase resuelto á rechazar por sí solo á cuantos trataran de atropellarlo.

Por fin calmó el desórden: ocupó cada cual su lugar, y ya recobrado el silencio, el caballero Presidente de la justicia, dirigiéndose á Silva, le dijo: «¿Cómo habeis osado poner las

manos en el noble Embajador del gran Príncipe Rey de Inglaterra?» Todas las miradas se fijaron en el Español, el cual, con aire resuelto, gesto altivo y voz entre templada y arrogante, contestó: «Digoos, Presidente, que cuando padece defecto la razon, no deben faltar al corazon manos,» y levantándose de su asiento, salió de la estancia con paso firme y sosegado.

Tratóse luego de la paz entre el Ingles y Castellano, y quedó amansado el escándalo.

Ruy Lopez Dávalos.

Alterados andaban los ánimos en Murcia por antiguas pasiones y enemistades entre Manueles y Fajardos.

La mas escandalosa anarquía reinaba en la ciudad; tropas del uno y del otro bando recorrían sus calles, acometiéndose donde se encontraban. Continuas las reyertas, frecuentes los homicidios, ningun respeto á las leyes, y en tal estado, en fin, las cosas, que en busca de seguridad emigraban á otras provincias los ciudadanos pacíficos.

Con esto la ciudad se despoblaba, y las quejas al Rey eran continuas, pero inútiles. Las provisiones reales desacatadas; los enviados por el Monarca despreciados; imposible reducir á la debida obediencia á las turbulentas parcialidades, en especial á la de los Manueles, que era la prepotente.

Así las cosas, cuando reuniendo el Rey D. Enrique III su Consejo, le hizo presente los agravios que en Murcia recibia su autoridad, pidiendo su parecer, á fin de procurar remedio.

Tan arraigado estaba el mal, que no dudaron los mas en aconsejar se enviasen tropas, pues solo con las armas se lograría pacificar á Murcia.

Difícil era en aquel entonces recurrir á este medio, distraidas las fuerzas en otras empresas. Por ello, dudoso mostrábase el Rey y aun desazonado, cuando alzándose Ruy Lopez Dávalos, ofreció acabar con las sediciones de Murcia, sin em-

plear las armas, con tal de que se le concediesen amplísimos poderes.

Apresuróse á otorgárselos el Rey, holgándose con tan li-sonjera promesa, y dada á besar su mano, despidiólo.

Al otro día el valiente Lopez Dávalos cabalgaba la vuelta de Murcia, seguido de algunos criados.

Capitaneaba en la desdichada ciudad al bando de los Manueles, Andrés García de Laza, Procurador general de su Consejo, hombre poderoso en riquezas, pariente de los Manueles, y grato al populacho por sus liberalidades.

Estaba Murcia subyugada á su voluntad, sin mas leyes que su antojo: él la regia en favor de su bando; perseguía cruelmente al contrario; mofábase de los mandamientos del Rey, y orgulloso con el favor de la muchedumbre, no hubo desórden que no autorizase, ni crimen de los suyos que no favoreciese.

Llegado Ruy Lopez Dávalos á la ciudad, se aposentó en las casas del Obispo, y llamó á seguida á García de Laza.

No se hizo mucho esperar. Rodeado de sus amigos, y tras de él gente popular en número de mas de seis mil, llegó á las casas donde se hospedaba Dávalos, y subió á su habitacion, satisfecho y orgulloso, como quien dejaba á sus puertas un ejército, pronto á un grito suyo.

Dávalos tenía dadas sus órdenes; y sus criados, en el momento en que García Laza puso el pie en la estancia, cierran con él y le cortan la cabeza: tómala Dávalos, asómase á una ventana, arrójala en medio del populacho, y con voz terrible dice: *Aquí teneis la cabeza del autor de vuestros daños: como hice con él, haré con los que no acataren el servicio del Rey.* Esto dicho, cerró con estrépito las puertas de la ventana.

Espantados quedaron los amigos y parciales de García Laza. Las palabras de Dávalos y la sangrienta cabeza de su Jefe, les helaron de espanto.

Indecises recorrieron en tropas la poblacion: luego, mustios y silenciosos, se dispersaron. Los mas temerosos ó criminales emigraron á otro reino: los restantes se retiraron á sus casas.

Poco despues, Ruy Lopez Dávalos besaba nuevamente las manos á su Soberano, cumplida su palabra: Murcia en paz y restablecida la autoridad del Rey.

Pedro de Albarado.

Muerto era Motezuma, prisioneros sus hijos, y coronado Emperador de Méjico Quetlavaca, Rey de Iztapalapa.

Continuaban los E-spañoles fortificados en sus alojamientos: pocos en número, escasos en viveres, trabajados en continuos combates, y sitiados por un pueblo hostil y belicoso, decidido á sacrificarlo todo por sus Dioses y su independencia.

Caros costaban á los Mejicanos sus alardes de bravura. Aturdido Quetlavaca con el estrago que causaban las espadas y arcabuces de los Españoles, decidió suspender los ataques, y confiar á la astucia su destruccion y exterminio. Mandó algunos nobles á Cortés, proponiéndole «tratara de marchar luego con su ejército á la marina, en donde le aguardaban sus grandes canoas, y cesaria la guerra por el tiempo que necesitase para disponer su jornada.»

Alegre en su alma, aceptó Cortés la embajada, convocó á sus Capitanes, decidióse á salir en la noche, dividió el ejército en tres cuerpos, encomendó la retaguardia á Pedro de Albarado, previno el mayor silencio y sigilo, aconsejó se desembarazasen del botin, construyó un puente para la calzada, cortada por los Indios, y arregladas las demas cosas, despues de la media noche dejó el ejército los cuarteles, marchando cauto y apercebido.

Situada estaba la ciudad de Méjico casi en el centro de

una inmensa laguna de aguas salitrosas, enlazándose con la tierra por diques ó calzadas.

No causaba al presente á los Españoles el maravilloso encanto con que la contemplaron á su salida de Cuyoacan. Acercábanse entonces á ella triunfantes, á la luz de un claro día; ahora la abandonaban fugitivos, entre las tinieblas y la tempestad, que retumbaba en los cielos.

Nada anunciaba el menor acecho por parte de los Indios. Acomodóse el puente levadizo á la primera canal, y desfiló por él el ejército.

Aun no habia pasado Albarado con su tropa, cuando notose mayor moviento en las aguas, luego ruido sordo y prolongado, y tras él estruendo y voceria. Cubriose la laguna de canoas con Indios armados de flechas, y embistieron al ejército por uno y otro lado de la calzada. Al ronco sonido de los bellicosos caracoles, espantables ahullidos, choques de unas canoas con las otras, y lluvia de saetas, contestaron los Españoles con su arcabuceria y golpes de sus espadas.

Grande era la confusion que aumentaba la completa oscuridad. Los Mejicanos mas atrevidos, dejando sus canoas y saltando con agilidad á la calzada, embistieron por el frente al ejército: rompe este por entre ellos, una segunda canal intercepta su paso; el puente levadizo quedó en la primera aferrado; desfallece el ánimo de los soldados, acude Cortés en su ayuda, manda arrojar los cadáveres al canal, hacínalos unos sobre otros, llen. el vacio, y pasa sobre ellos.

Libre el ejército del peligro, quedaba Albarado con algunos pocos al entrar de la calzada. Cargan sobre él sin número de Indios, destruyen el puente, mueren sus soldados, y solo, y sin caballo, y acosado por todas partes, defiéndese con

heróico esfuerzo. Hiere, mata, precipita á los mas cercanos, logra hacerse plaza, llega al borde del canal, mídelo con su vista, afirma la lanza en su fondo, y ligero salta con ella á la otra parte, ganando elevacion con el impulso de sus pies.

Perdido le creia Cortés, cuando con paso sosegado y la lanza al hombro, vióle venir hácia él...

Túvose por maravilloso este hecho, y «mirado despues como novedad monstruosa ó fuera de curso natural (1).»

Conocen hoy aquel sitio por el *Salto de Albarado*.

(1) Solís.

Pedro Fajardo.

Servia en la cámara del Rey de Francia un mancebo español llamado Pedro Fajardo, estimado del Monarca, ya por su gallardía y habla discreta, como por lo esforzado que prometía ser en teniendo mas años.

Declarado había por este tiempo la guerra el Rey de Inglaterra al de Francia, y ambas naciones se aprestaban para la campaña.

Trataban los Monarcas de acaudillar á sus tropas, con lo que la nobleza francesa, animada con el estímulo de tener al suyo por testigo de sus hechos, ocupábase en probar las armas y en los ejercicios militares, resonando en todas partes el estruendo bélico y las palabras de noble ardimiento.

Alegres y satisfechos se mostraban en presencia del Soberano los cortesanos con lo mucho que este esperaba de ellos, en tanto que el mancebo español, abatido y hasta avergonzado, asistía á su Señor, sin atreverse á alzar la cabeza.

Varias veces había suplicado al Rey le permitiera acompañar á la guerra; mas habido respeto á su tierna edad, no lo consentía, mandándole quedar en la cámara.

Llegada por fin la víspera de la salida del Rey de la corte, y estando rodeado de gran número de caballeros armados y arrogantes, complaciase en oírles tan animosos y tan fieros.—De prento ábrese lugar entre ellos Fajardo, llega al

Rey, y con voz segura y ademan resuelto: «Señor, le dice: no suelen los fijosdalgos de Castilla que tienen mis años quedar en la cámara yendo su Señor á la guerra. Yo os pido me deis armas y caballo con que acompañaros, asegurándoos que si no me las dais, iré á pie delante de vuestras gentes á morir peleando en la batalla.»

Suspensos quedaron los caballeros con tales y tan arrogantes razones, y el Rey, viendo su ánimo, pidió un arnés y armóle al punto.

Alegre en su alma obedeció el Castellano, y, arrodillándose á los pies del Monarca, le dijo: «Grande honra me acabais de hacer: por ella os prometo y hago voto solemne de derribar el estandarte real de Inglaterra, ó de morir en la demanda.»

Ofrecieron otros mancebos ayudarle en la empresa, y llegado el dia siguiente marcharon los guerreros del campo, capitaneados por su Rey.

Acercáronse los ejércitos, dispúsose el orden de la batalla, y no tardó en comenzar esta.

Peleaban con igual bravura Ingleses y Franceses, revolviendo los unos contra los otros con gran choque de armas, y estruendo y confusion en toda la línea del combate.

Inquieto el jóven Fajardo buscaba entre los enemigos el pendon real, cuando conociéndole por el lugar en que estaba, y copia de caballeros que le guardaban, puesta la lanza en ristre, partió al galope de su caballo.

Llega, hiere, mata, confúndese entre los enemigos, cóge-se del estandarte, briega con su guarda, arráncale de las manos, y con él asido cae al suelo, ya sin sentido, con las heridas recibidas en la cabeza.

Pedro Fajardo había cumplido su voto: el estandarte real del Rey de Inglaterra lo había pisoteado su caballo; mas el hidalgo castellano, despues que fue sano de sus heridas, pasó muchos días entre hierros y prisiones.

Admiró con su generoso esfuerzo á la corte francesa, y enorgulleció á su patria.

Nunilo y Alodia.

En una aldea llamada antiguamente Bosca, no lejos de Nágera, vivia por los años del Rey D. Alonso el Casto una noble familia, compuesta de una madre y dos hijas. El padre fue Moro de los principales: su esposa, cristiana, en cuya Religion educó y fortaleció el corazon de Nunilo y Alodia, que así se llamaban sus hijas.

Reinaba en Córdoba Abderrhaman, bien conocido por la fiereza de su condicion. En su celo por el islamismo, promulgó un edicto condenando á muerte á los hijos de moro que se hicieran cristianos.

La idea del martirio era en aquel tiempo agradable y el sufrirlo hasta codiciado por innumerables de ellos, que alegres morian por la Religion del Crucificado.

Tambien las niñas Nunilo y Alodia lo deseaban.

Muerta su piadosa madre, fueron puestas al cuidado de un Moro pariente, el cual solícito primero, bien para que no acabase el linage, ó para que el fisco del Rey no se apoderase de los bienes, las rogó dejasen á Jesus por Mahoma; mas amonestadas sin fruto, las denunció con bárbara crueldad ante el Gobernador de la tierra.

Dejaron su aldea las dos hermanas, con ánimo sereno y preparadas para el sacrificio, y silenciosas siguieron á su pariente, que las llevó á la presencia del Gobernador.

Destrozados los descalzos pies, y con la fatiga del camino, entraron en el tribunal.

La severidad del Juez; lo fiero de los Sayones; la muchedumbre agolpada; las miradas lascivas de unos; los sarcasmos de otros; el abandono, la tierna edad y el material cansancio; todo ello las ocasionó desfallecimiento, rubor y confusión, que procuraban evitar estrechándose, como si quisieran unir en uno sus dos cuerpos.

La voz imperativa del Juez impuso silencio á la multitud, é hizo temblar á las virgenes.

¿Cómo osais, las dijo, descompuesto el semblante, dejar la fé de vuestro padre, despreciando la ley del Soberano?

Irguió Nunilo la cabeza, embellecida con el carmin que la sonrosaba, y con voz dulce, tranquila y resuelta: «Cristianas somos, contesta: esto nos enseñó nuestra madre; en esto nos crió; aparejadas estamos á morir por confesarlo.»

Irritóse mas el Juez, bramaron los Ministros, y... ¡mue-
ran! gritó el pueblo furioso.

El tajo estaba prevenido. Nunilo la primera se postró ante él: busca con la mirada á Alodia, que radiante de alegría la contemplaba. «Imítame, hermana mía, la dice,» y tiende la garganta. El Verdugo observa atento al Magistrado, y á una señal relumbra el hacha, y la cabeza rueda por el pavimento.

Con los vuelcos del cuerpo se descubrieron los pies. Apercíbese Alodia, y olvidada de la muerte por el pudor, se desprende de los que la rodeaban, se precipita sobre su hermana, y castamente se los cubre con los vestidos.

Tranquila luego, ata sus ropas á los suyos, y recoge el cabello á la espalda, y... «¿qué esperas? le dice al Verdugo: date prisa, para que no vaya sola.»

Obedeció el Sayon, y la cabeza de Alodia rodó junto á la de Nunilo.....

Bendigeron los cristianos presentes la fortaleza de las mártires; horrorizáronse los verdugos de su crimen, y los milagros que siguieron á su muerte testificaron la gloriosa corona con que Dios las había premiado.

Hecho tanto por los lugares del Reino de Granada como se veían cristianos los Moros granadinos, conversiones los de Sierra Bermeja y Serranía de Baza y Villahermosa, a si-
 bolarlos, haciendo se quemaban algunos capitanes de las
 puzas con que se habían enterrado.
 Como era que los Moros de Granada se convertían muchos
 en número, ya por las exhortaciones del obispo de Zamora
 Hernando de Jálvez, como por el celo insatigable de Ximé-
 nez de Cisneros, más tomase la conversión como motivo de
 volver á la guerra, volviendo perdidos los que se habían sa-
 lido de ella, y se debieron en completa rebelión.
 Hicieron a la parte la noticia, no se desanimaron los He-
 raldos en su parte.
 Hicieron se hallaban en Baza, y se defendían por el Conde
 de Alarcón, del de León y de la Sierra de Guadalupe, en
 tanto que los Moros rebeldes se tenían fuertes en las cer-
 vicatas de la Sierra Bermeja.
 Hallase era el frente de Baza y toma el nombre del co-
 lor de su tierra, la cual otros eran movidos por el singular
 planura de su tierra, la Sierra Nevada.
 La tarde era entrada, cuando los tropas de los tres con-
 dotes acamparon á la vista de Moravia, primero pasado si-
 tuado en la cresta de un monte.

D. Alonso de Aguilar.

Hecha fama en los lugares del Reino de Granada como se volvian cristianos los Moros granadinos, comenzaron los de Sierra Bermeja y Serranias de Ronda y Villahuenga á alborotarse, diciendo se quebrantaban algunos capitulos de las paces con que se habian entregado.

Cierto era que los Moros de Granada se convertian muchos en número, ya por las exhortaciones del venerable Obispo Hernando de Talavera, como por el celo infatigable de Ximenez de Cisneros. Mas tomóse la conversion como motivo de volver á la lucha, y alzando pendones recorrieron la tierra, satisficieron venganzas, y se declararon en completa rebelion.

Llegada á la Corte la noticia, no se descuidaron los Reyes Católicos en enviar tropas.

Reunidas se hallaban en Ronda, capitaneadas por el Conde de Cifuentes, del de Ureña y de D. Alonso de Aguilar, en tanto que los Moros rebelados se hacian fuertes en las escabrosidades de la Sierra Bermeja.

Hállase esta al Oriente de Ronda, y toma el nombre del color de su tierra, la cual ofrece gran novedad por la singular blancura de su vecina, la Sierra Nevada.

La tarde era entrada, cuando las tropas de los tres caudillos acamparon á la vista de Monarda, pequeño pueblo situado en la cresta de un monte.

Llevaba la vanguardia D. Alonso de Aguilar, el que, si bien ardía en deseos de venir á las manos con los Moros que desde los altos le desafiaban, el lugar, lo avanzado de la tarde y el parecer contrario del de Cifuentes y Ureña lo contenían. No así sus soldados: impacientes como su caudillo, y muchos resueltos, toman una bandera, la siguen en tropel y atacan al enemigo.

Grave desobediencia y manifiesta temeridad, de la que hubo de participar Aguilar, siguiéndoles con el resto de sus tropas.

Tras él marchó el de Ureña.

Aborrecido desde antiguo era el apellido de Aguilar entre los Moros, deudores á los ilustres varones de esta familia de muchas y muy grandes derrotas. D. Alonso habia heredado la bravura de sus antepasados. Cuarenta años peleaba contra ellos sin tregua ni descanso. Nacido el mayor de su casa, contaba entre sus hermanos á Gonzalo de Córdova, poco despues llamado el *Gran Capitan*.

Reunido Aguilar con todos los suyos, acosó ya de cerca á los enemigos, los cuales, retirando primeramente poco á poco, acabaron por declararse en completa dispersion.

Sin embargo, habia sido concertada de antemano para separar las fuerzas de los Castellanos y derrotarles mas fácilmente.

Dominaron los de Aguilar en su persecucion una colina, y á su lado opuesto vieron una pequeña llanura rodeada de altos montes, y en ella las mujeres é hijos de los rebeldes, con todas sus ropas y alhajas, que abandonaron huyendo, perdiéndose por los montes sus gritos de espanto.

La vista del rico botin halagó la codicia de los soldados,

que olvidando á los enemigos y el peligro en que estaban, se dispersaron buscando cada cual la mejor presa.

En vano su caudillo procuraba ordenarles, advertirles el eminente peligro en que se encontraban. Perdíanse sus palabras, y así les sorprendió la noche, sin armas algunos, embarazados con la presa los mas, desprevenidos todos.

Hubo de resignarse Aguilar á pasarla en aquella estrechura á merced de los enemigos; siendo tan peligroso quedar en ella, como intentar salir con la oscuridad y lo desmandado de la gente.

Como cebada y segura la tenían los Moros, cuando inflamado casualmente un barril de pólvora, vióse á la claridad muchedumbre de ellos que silenciosos bajaban de los altos.

Un grito de sorpresa y horror oyóse entre los soldados, y todos corren á las armas procurando ordenarse.

Era ya tarde: cayeron los rebelados sobre ellos y les hicieron con furor y saña.

Llamaba Aguilar con fuertes voces á los suyos; mas perdíanse estas entre el choque de las armas, los ayes de los moribundos y gritería de los combatientes.

La lucha no podia ser de larga duracion. Peleaba al lado de su padre D. Pedro de Aguilar, puesta una rodilla en el suelo, y herido en la cabeza y en un muslo.

«Retírate, hijo mio, le dijo con amargo dolor D. Alonso; la sangre que corre de tus heridas honran á tus pasados. No perezcan de un solo golpe las esperanzas de nuestra casa y el consuelo de tu madre.»

Desfalleció D. Pedro, y sacáronle salvo sus fieles criados, que se defendían juntos á él.

Pocos quedaban con vida, cuando suplicaron algunos caba-

llos á Aguilar que abandonara el campo, protegiéndose del de Ureña, que ya se había posesionado de una altura.

«¿Cuándo se ha visto el estandarte de Aguilar abandonar el campo?» contestó con noble orgullo.

Resuelto á morir, retiróse á un gran peñasco, y protegida la espalda, se preparó á sostener por sí solo el combate mientras tuviera aliento.

No tardó en irse para él, blandiendo la cimitarra, un corpulento Moro.

Cruzan los aceros y trábase singular batalla. Las piezas de las armaduras saltaban hechas trozos con los golpes que recibían.

Sin casco, rota la lóriga y herido en el pecho, continuaba D. Alonso peleando.

La luna, como si quisiera ser testigo del heroico fin de D. Alonso, apareció un momento entre las nubes que la cubrían.

Conoció Aguilar lo poco que le quedaba de vida: animóse esforzadamente; cierra con su enemigo; caen ambos al suelo, y agarrados pelean en él.

Yo soy D. Alonso de Aguilar, grita á su contrario, mientras procura ahogarle entre sus brazos. *Y yo el Feri de Ben-Estepar*, contesta el otro con igual arrogancia.

Con los vuelcos habían llegado al borde de un precipicio: logra el Feri desasirse de Aguilar, empújale fuertemente, y derrumbado cae, despedazándose, hasta su fondo.

Así murió D. Alonso de Aguilar, el quinto de su casa que había derramado su sangre por la fé, por su patria y por su Rey.

Antonio de Leiva.

Activo, franco, sufrido, valiente y sin segundo en el trance de una batalla, era Antonio de Leiva.

En sus mocedades, acaudilló una compañía de caballos, haciendo la guerra á los Moriscos rebelados en las Alpujarras, y de allí pasó á Nápoles á participar de la gloria del Gran Capitán.

Mas de las mil hazañas con que esclareció su nombre en aquel dichosísimo reinado del Emperador Carlos V, ninguna pudo competir con la famosa defensa de Pavía.

Enfermo de gota estaba cuando el ejército frances vino á sitiarla.

Desprevenida la ciudad, escaso número de soldados, algunos, entre los Alemanes, descontentos por falta de pagas, otros vendidos á los Franceses, remota la esperanza del remedio, el poder de los enemigos, reunido á su vista; por caudillo, su mismo Rey Francisco I.

Leiva, ageno al temor, resolvió, sin embargo, antes que rendirse, morir enterrado en las ruinas de Pavía.

Batallas, escaramuzas, asaltos impetuosos, brechas, todo lo resistian los defensores de la plaza; siendo incansables en la fatiga, y héroes en la lucha.

Cansado ya y despechado el Frances, reunió todo su ejér-

cito, y seguro de lograr con su muchedumbre la plaza, la atacó impetuosamente.

Dos días duró el combate. Al estruendo de los cañones retemblaba la ciudad hasta en sus cimientos, cayendo los lienzos de las murallas con gran pesadumbre. En todas partes confusión, estrago, muerte, nunca el temor. Jamás fue ciudad en el mundo combatida con tanto furor y obstinación.

Atacaban por las brechas unos, escalaban los muros otros; animaba á todos el Rey con sus palabras y ejemplo. Leiva en tanto con sus Españoles y Alemanes les rechazaba con harta gloria suya, desafiando desde los escombros la cólera francesa.

Al otro día probaron nueva fortuna; mas rechazados como el anterior, despechados, tornaron á los reales, dejando el campo cubierto de muertos.

Suspendiéronse los asaltos despues de tantas lástimas; mas no por ello se entregaron al descanso los de Leiva, reparaban afanosos sus muros, cuando apareció el ejército del Emperador Carlos V, que asentó sus reales frente á los del Rey de Francia.

La batalla llamada de Pavía decidió la suerte de la ciudad.

Prisionero el régio caudillo, desecho su campo, victorioso el español, y salva la plaza.

Gozó del triunfo Leiva, y pasó á Lombardia á continuar su carrera de victorias.

Hízole el César su Lugar-teniente, y el Pontífice le ofreció el estoque y rosa de oro, simbolo de hijo predilecto de la Iglesia.

Grandes eran estas honras; mas el generoso corazón de Carlos V no estaba todavía satisfecho.

Un día presenciaba la muestra que pasaba la compañía de Leiva ante el Comisario ó Veedor, cuando tomando un momento, y colocándose en las filas, pasó á su vez frente del Comisario, diciendo con arrogante voz: *Cárlos de Gante, soldado de la compañía del Señor Antonio de Leiva.*

Toda su vida la ocuparon las fatigas de la guerra, y en ella le sorprendió la muerte en los campos de Aix, entrando con su ejército en Francia.

Así acabó el valiente y esclarecido Capitan, legando con su vida un ejemplo á la historia, de amor á la patria y fidelidad á su Rey.

El Cardenal Fray Francisco Gimenez de Cisneros.

Olvidado del mundo y entregado á la contemplacion y penitencia, vivia alegre y con la paz en el espíritu Fray Francisco Gimenez de Cisneros en el monasterio de Nuestra Señora del Castañar.

Su inclinacion á la vida solitaria y meditativa, y la humilde sencillez de sus pensamientos, tan en armonía con las costumbres de su monasterio, hicieron mas penosa su separacion al haber de abandonarle por el de la Salceda, del que fue elegido Guardian.

La fama de sus virtudes no tardó en llegar á oídos de Doña Isabel la Católica: su confesor Hernando de Talavera habia sido elegido Arzobispo de Granada: con este motivo llamó á Cisneros, y encargóle la direccion de su conciencia. Y no fue esto solo: conocedora la gran Reina de las singulares cualidades que le adornaban, todas ellas apropósito para corregir las costumbres y abusos introducidos en el clero y en el claustro, eligióle para la Silla arzobispal de Toledo, que estaba vacante. Envió Su Santidad las Bulas, y llamóle la Reina, diciéndole á su vista: *Padre mio, mirad lo que me manda Su Santidad por estas letras apostólicas.*

Tomólas Cisneros con reverencia de manos de la Reina, y en el sobreescrito leyó: *A nuestro venerable hermano Fray Francisco de Cisneros, electo Arzobispo de Toledo.*

—*Esto es una equivocacion; no puede hablar conmigo,*— dijo, y tembloroso y turbado cayéronle de las manos, y salió precipitado de la régia cámara.

Envió tras él la Reina para que le detuvieran, y fue alcanzado en el camino de su convento de la Salceda, adonde con pasos precipitados se dirigia.

Lágrimas, súplicas, esfuerzos en probar su ineptitud, nada bastó. Hubo al fin de ceder y aceptar el Arzobispado.

Era Gimenez de Cisneros de dulce y austero aspecto. Las vigiliias y maceraciones de su cuerpo, y algun tanto de índole natural, habian formado su genio duro para sí, y violento algunas veces cuando era contrariado. Muchos decian de él, que tenia *genio atrabiliario*. Nació en Torrelaguna el año 1436, y fue hijo de padres pobres, mas fijo-dalgos.

Su nuevo estado no cambió la austeridad con que se trataba á sí propio. En medio de las grandezas de su palacio, se recogia en un pequeño cuarto tan humilde como su antigua celda de Nuestra Señora del Castañar: bajó los ricos y suntuosos hábitos arzobispales, vestia el sayal del pobre fraile Francisco, que por sus manos remendaba. Y detras del magnífico lecho, dormia sobre un gergon y unas tablas.

Admirable era cómo con los años rejuvenecia, digámoslo así, su espíritu, ocupándose en grandiosos proyectos, mientras su cuerpo adquiria vigor para llevarlos á término.

Quejábanse los pueblos costaneros de España de los asaltos repetidos dados por los Moros de Oran, como en venganza de los sucesos de Granada.

Habia tiempo que pensaba Cisneros estender por los países mahometanos el dominio de la fé, y las escursiones de los de Oran facilitaron su pensamiento.

Agotado estaba el Erario con los gastos de las pasadas guerras: difícil, si no imposible en aquel entonces, era emprender una conquista; mas la fuerza de su voluntad, no acostumbrado á encontrar obstáculos en sus determinaciones, todo lo supera.

Ofreció á D. Fernando el Católico tomar prestadas las sumas necesarias, hacer á sus espensas la expedición y á conducirla en persona.

Condescendió el Rey, y autorizole para ello.

Diez mil infantes y cuatro mil caballos reunidos prontamente se embarcaron en diez galeras y ochenta naves menores. Ciñó Cisneros la espada sobre los hábitos, alzó su cruz arzobispal, y dióse á la vela.

Era el dia 16 de mayo del 1509, á la caída del sol de una tarde serena y apacible.

Al dia siguiente arribó á Mazarquivir, y desembarcadas las tropas, pasolas muestra, confió su mando al celebrado en las guerras de Italia, Pedro Navarro, exhortolas á la pelea, dióles su bendicion y marcharon hácia el enemigo los guerreros.

El estruendo de la batalla no tardó en seguir al mandamiento de Cisneros. Oraba este y elevaba sus septuagenarias manos al Dios de los ejércitos, en tanto que con igual denuedo heríanse Musulmanes y Castellanos. Poco tardó, sin embargo, en estar dudosa la victoria: los soldados que en Italia habian alcanzado inmarcesibles laureles, coronaban con nuevo triunfo sus armas. Huyen confusos y espantados los Moros, perseguidos por los Castellanos. Llegan estos á las puertas de Oran, sirven las lanzas de escalas, asaltan los muros, entra el ejército, y la ciudad es conquistada.

Dejó Cisneros á su ejército en el Africa, y vuelto á Es-

paña, no tardó en llevar á feliz término nuevos y grandiosos proyectos. Alza á sus expensas la magnífica y suntuosa Universidad de Alcalá, se ocupa de la gran obra la *Biblia Políglota*, y trabaja en la reforma de las Ordenes religiosas con profundo saber y asombrosa enteréza de carácter.....

Muerto D. Fernando el Católico, quedó Cisneros, no obstante su ancianidad y achaques, de Regente del Reino.

Circunstancias difíciles para un gobernante siguieron á la muerte del Rey: mas el gran espíritu del Regente venciólas con facilidad, y España era gobernada con acierto y justicia.

Un dia entraron en su cámara reunidos algunos Grandes y nobles del Reino. Recibióles Cisneros con la dulce gravedad que le distinguia, y preguntó el objeto de su visita.

Miráronse los unos á los otros, hasta que uno de ellos, con ademan descomedido, dijo á Cisneros: « Todos nosotros y muchos mas á quienes representamos, deseamos saber con qué facultades ejercéis el gobierno.»

Con sosegada voz, que contrastaba con la descompuesta de su interlocutor, contestó, que en virtud del testamento de D. Fernando V y nombramiento de D. Carlos.

No satisfizo la respuesta á los Grandes, y continuaron con impertinentes preguntas mezcladas de amenazas, hasta que irritado Cisneros, alzóse de su asiento, condujóles á una ventana, y señalando el parque de artillería, con voz firme y resuelta: « *Mirad*, les dijo, *esos son mis poderes.* »

Callaron los nobles, y entre avergonzados y temerosos, se retiraron á seguida.....

Murió Cisneros agobiado con el peso de los años, después

de engrandecer á su patria, y admirar á la Europa con sus virtudes, su ciencia y arte de gobernar.

Perfecta aplicacion cabe en él del dicho del mas elocuente de los oradores romanos, de que *la gloria sigue á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo.*

Francisco Pizarro.

En la puerta de una iglesia de Trujillo apareció una madrugada un niño nacido de pocas horas: recogido, y no encontrando nodriza que por lo pronto le amamantara, diósele á falta de otra leche de una puerca. Este niño, venido al mundo con tanto desamparo, era hijo natural de Gonzalo Pizarro, célebre capitán en las guerras de Italia. Reconocióle mas tarde, le puso á guardar una piara de puercos, y un dia que se le desbandaron, temeroso de su padre, abandonó la majada, marchó á Sevilla y se embarcó para Santo Domingo con ánimo de probar fortuna.

En las Indias conoció á Balboa, obtuvo su confianza y le sirvió lealmente hasta su fin desdichado. La gloria del descubrimiento y conquista del gran reino del Perú, codiciada y adelantada por Balboa hasta el mar Austral, arrancóla la fortuna de sus manos, para depositarla en las ya viejas y encallecidas de Pizarro.

Resuelto á la empresa, participó su pensamiento á Hernando Luque y Diego de Almagro: unieronse á él, y obtenida la venia del gobernador Pedrarias, compraron un navichuelo, lo equiparon convenientemente, reclutaron 80 soldados y cuatro caballos, y un dia del mes de noviembre del año 1524 embarcose Pizarro con su gente, dejando á los habitantes de Panamá asombrados de tal expedicion, y calificándola de *empresa*

de los locos. Dirigió su rumbo al Ecuador, tocó en las islas de las *Perlas*, y saltó á tierra en el puerto de *Viñas*, término de los anteriores reconocimientos.

Entrados en ella, comenzaron las privaciones y trabajos. Solitaria y ablandada con las lluvias, yerma y cerrada de árboles, andaban agobiados con el cansancio, peso de las armas, enfermedades y con el hambre, maldiciendo la hora de su salida y pidiendo la vuelta á Panamá.

No por esto se abatía el intrépido Pizarro. Pronto á donde la necesidad era mayor, consolaba á los unos, alentaba y esforzaba á los otros, fabricaba por sus manos chozas, y preparaba refrescos á los enfermos, siendo todo á la vez, caudillo, padre y camarada de sus soldados.

Andadas como veinte y cinco leguas desde que abandonaron el puerto, llegaron á un sitio de la costa, lugar apropósito para fortificarse, en tanto que enviaban el navío á Panamá á repararle, y reclutar alguna mas gente.

Observaban los Indios desde lo alto de los montes y con muestras hostiles los movimientos de los Españoles. Pensó Pizarro suplir la falta de brazos para el servicio del buque con algunos de ellos, mandó á Almagro en su perseguiamiento, y prontamente debió arrepentirse de tal mandamiento. Separadas las fuerzas, cayeron los Indios con gran tropel sobre Almagro, envolviéndole casi por completo. Corre Pizarro á su socorro, crece la muchedumbre de los enemigos, hácese la pelea obstinada y sangrienta, rendido de fatiga cae al suelo Pizarro rodando por una ladera, precipitanse tras él sus acometedores, mas ya al llegar, puesto en pie y la espada en la mano, dió tiempo á ser socorrido, matando á dos é hiriendo á muchos. Acabaron los Indios por huir; curó Pizarro sus heridas con su

bálsamo de aceite hirviendo; descansaron los soldados, y hechos los preparativos para el regreso de Almagro á Panamá, es cogió la gente que habia de acompañarle, dejando triste y desconsolada la que con él quedaba.

No bastaron precauciones para evitar que las quejas de los soldados llegaran á Panamá. En un ovillo de hilo, remitido á la esposa de Pedrarias, habian metido cuidadosamente un papel, que leído por la gobernadora, decia de esta manera: «Pues señor gobernador,—mírelo bien por entero,—que allá vá el recogedor,—y acá queda el carnicero.» Corrió esta en busca de Pedrarias, impresionada con la lectura del escrito, le entregó el papel, esforzóse para que se revocara la comision, allanóse Pedrarias, anulándola á seguida, prohibió se alistara mas gente, y mandó al licenciado Juan Tafur con dos navios á recoger á aquellos miserables.

Sorprendió á Pizarro en la isla del Gallo la llegada de los navios. Entregole Tafur el mandamiento del gobernador Pedrarias, el que leído, le cayó con abatimiento de las manos. Mudo, los brazos al pecho, y derribada la cabeza, formaba gran contraste con las expresivas y estrepitosas muestras de alegría de los soldados, ya apercibidos del objeto de la venida de Tafur. De pronto se enardecieron sus ojos, alzó altiva la cabeza, y dirigiéndose á los soldados: «Volveos, les dijo, en buen hora á Panamá los que tanto afan teneis de ir á buscar allí los trabajos, la pobreza y desaires que os esperan: idos, y no digais jamás que vuestro capitan no os ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros.» Y arrancando la espada, trazó una raya en el suelo, y pasándola, «ea, dijo: *el que quiera seguir la senda de los peligros y la fortuna, salve esta raya, y quédese conmigo.*»

¡Trece tan solo la salvaron! Contento, como si con ellos contara trescientos, toma un viejo navio, hácese á la mar, pasa la línea equinoccial, llega á tierra de Tumbes, principio del Perú, descubre el puerto de Paita, luego el de Santa Cruz, y no se detiene hasta el cabo de Santa Elena, nueve grados de latitud austral á la otra parte de la línea.

El descubrimiento estaba hecho: para preparar la conquista dió la vuelta al Occidente.

Diego Perez de Vargas

Corria la tierra de Jerez de la Frontera el Infante D. Alonso, hijo del Santo Rey D. Fernando, cuando saliendo en defensa de ella el Rey Abenyuth con poderoso ejército, acometió con gran denuedo al corto número de guerreros que acaudillaba.

Ordenoles prontamente y esperó á Abenyuth, como quien está seguro de la victoria.

Contaba el Infante entre sus caballeros á Diego Perez de Vargas, famoso por sus hechos y muchas y esclarecidas hazañas.

Fácil era saber en dónde peleaba Vargas: entraba en los enemigos y revolvía con pasmosa ligereza, dando tantas fatigas, que bastaba él solo para muchos, con lo que rompiéndosele las armas salió de la batalla, y no encontrando en el suelo lanza, quebró de un olivo una rama gruesa que al cabo tenía un cepo á manera de porra, y armado con ella volvió al combate, descargando golpes con tan gran pesadumbre, que no hiciera antes con la lanza lo que acababa ahora con la porra.

Pasó en esto junto á él, fatigado con el pelear, el conde

Perez de Castro, y viéndole tan afanado, *así, Diego*, le grita, *machuca*. Con lo que animándose mas, continuó machucando, hasta quedar el Infante con la victoria.

Ensalzóse su valor, y quedóle el sobrenombre de *Machuca*, con el que de allí adelante fue conocido.

Don Juan de Padilla.

Corria el año 1519, y con él, el descontento de los Españoles, por estar el Rey, que era muy jóven todavía, rodeado de Flamencos, tener favoritos, y estos ambiciosos de poder y codiciosos de riquezas.

Mr. Xevres y Mercurino Catinara, eran, al par de Gobernadores del reino, privados del Rey.

Mercedes, corregimientos, obispados, todo se vendia: así que, era triste verdad el decir de entonces: «que faltaba en los gobernantes la justicia, y sobraba la avaricia.»

Abusadores del sufrimiento y amor al trono de los Españoles, los trataban poco menos que á esclavos, y hasta por mofa solian llamarles mi *indio* (1).

Nada de esto sabia el Rey. Educado en tierras lejanas, y con el trato solo de los Flamencos, ni conocia ni era conocido de sus súbditos. De aquí, que el pueblo murmuraba de él, mientras odiaba de muerte á los extranjeros que le rodeaban.

Hizose mas general el descontento y desasosiego con la

(1) Como queriendo decir, que el oro de las Américas lo adquirian de los Españoles, como estos de los Indios. Tan encarnizados estaban los Flamencos con el oro fino y plata virgen que venia de las Indias, y los pobres Españoles ciegos en darlo por sus pretensiones. — Llegó á tanta publicidad, que se cantaba por las calles:—

Doblon de á dos enhorabuena estedes,—

Pues con vos no topó Xevres.—

resolucion del Rey, de irse nuevamente á Alemania, y de reunir Córtes para pedir un nuevo impuesto.

Tomóse como humillacion la partida del Monarca, que se creyó era para no volver, y el impuesto como otro insulto debido á la insaciable avaricia de los Gobernadores.

Esta fue la principal causa que preparó las grandes calamidades que poco despues sufrió España.

Ya de Toledo se habian escrito cartas á las ciudades de Castilla, suplicando se juntaran para tratar del medio de evitar la salida del Rey, que se pidiera mas dinero al reino, y que los oficios públicos volvieran á manos de Españoles, no como al presente, que lo estaban en las de extranjeros.

Valladolid la primera se opuso á los proyectos del Rey y los Gobernadores, diciendo resueltamente á D. Carlos (1): «Que no los trescientos cuentos de servicios que pedia pagados por los pueblos, sino las haciendas, y hasta la venta de sus hijos, le darian si rechazaba el pensamiento de salir de estos reinos: mas, si su resolucion era decidida, no vendrian en ello.»

A tan arrogantes palabras pensó contestar partiendo á seguida.

Era Don Juan de Padilla por este tiempo jóven de treinta años de edad, de agradable y noble aspecto, hijo de Don Pedro Lopez de Padilla, Capitan general que fue de Castilla, y descendiente de una de las primeras familias de la nobleza toledana.

Pronto se supo en la Córte que Padilla, en union de Hernando Avalos, y Gonzalo Gaitan, figuraban como los cabezas de los descontentos de Toledo. Y con fin de retenerles en la

(1) Primero de este nombre.

córte, ó de sacarlos del reino, mandó el Rey cédulas para que en un término prefijado se presentaran personalmente en ella.

Hecha pública (intencionadamente) la salida de Padilla para la córte, el pueblo, cansado de sufrir el yugo de los Flamencos, se opone, corre en tropel las calles de la ciudad; obliga á Padilla á prestar juramento de no salir de ella; muestra abiertamente su odio á los privados del Rey; grita, victorea á Padilla; pide la muerte de los Flamencos; ocupa las puertas de la ciudad, se apodera de los fuertes, obliga á rendirse ó escapar á los Oficiales del Rey; destroza, incendia, mata, y en fin, dá principio á los trastornos, lutos y miserias que habia de sufrir España hasta el 1522.

El grito de libertad dado en Toledo, pronto resonó en Zamora, Segovia, Búrgos, Sigüenza, y hasta en los confines de España. Grito noble, digno de la altivez española; grito de libertad, es decir, de independencia del yugo de advenedizos extranjeros. Mas luego fue ocasion de venganzas particulares, odios entre nobles y plebeyos, y de una guerra civil, en la que, divididos en dos bandos, se apellidaron *Leales* y *Comuneros*.

Pasados los primeros desórdenes, reuniéronse en Ávila las Comunidades; juraron morir en servicio del Rey y favor de la Comunidad, organizaron tropas y salieron á campaña.

Mandaba á las de Toledo D. Juan de Padilla.

Su valor y entusiasmo por las libertades de su patria, juntamente con el mucho saber en el arte de la guerra, le conquistaron prontamente renombre y fama.

Con diversa fortuna pelearon Leales y Comuneros, supliendo el entusiasmo y arrojo en unos, al orden y disciplina de los contrarios.

La desgraciada jornada de Torrelobaton, decidió la suerte de las armas.

Ocho mil infantes y quinientas lanzas acaudillaba Padilla al aproximarse el Condestable con mayor número de soldados. Reconocida la superioridad de los enemigos, trató de no aventurar al trance de una batalla su reputacion y la suerte de su causa. Protegido de la noche dejó á Torrelobaton y tomó el camino de Toro, ciudad que seguia la suerte de los Comuneros.

Apercibidos los Leales de la partida, les siguen, alcanzan y destrozán con gran carnicería.

Como bueno cumplió Padilla en tal trance. Donde mayor era el peligro, su lanza estaba la primera. Al grito de *Santiago y libertad*, revolvía contra los enemigos, dejando la muerte por donde pasaba.

Pocos eran ya los que permanecían fieles á su lado. La cobarde huida, la rendicion y también la muerte habían deshecho aquel numeroso ejército, orgullo de los Comuneros y terror de los Leales.

Solo ya Padilla, rota su lanza y torpe la diestra con el cansancio, hubo de rendirse, entregando espada y manopla á D. Alonso de la Cueva.

Los capitanes Juan Bravo y Francisco Maldonado siguieron igual suerte.

II.

Habíase habilitado una casa del pueblo de Villalar para cárcel de los ilustres prisioneros. Con el silencio y cansancio de las fatigas, dormían tranquilamente, cuando el abrir de las

puertas y entrada de Zárate, alcalde de la Chancillería de Valladolid, les despertó con sobresalto.

Saludóles cortesmente, y sin mas fórmulas ni rodeos les dijo podían confesarse, pues los Gobernadores les mandaban degollar dentro de algunas horas.

Palideció Padilla, y no otra cosa se notó en él, al oír su sentencia.

Acercóse á Zárate, y con gran comedimiento y buenos modales suplicó le enviara un confesor letrado.

Pidió un trozo de papel, y escribió á su esposa en los siguientes términos:

Señora: *Si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y del recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorá vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez, mi señor, no escribo, porque no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al Verdugo, que me espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida, alargo la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demas que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.*

Acabada la carta, llegaron un Clérigo y un Fraile franciscano.

Confesó sus culpas á los pies del Padre, y aun no habia concluido la confesion, cuando el Alcalde de la Chancillería anunció que la hora señalada habia dado.

Besó Padilla la mano del Fraile; rogó á Dios le asistiera en sus últimos momentos, y «cuando gusteis» dijo á Zárate, que impaciente esperaba.

La apiñada muchedumbre obstruia las calles del tránsito, de manera que difícilmente podia la comitiva abrir paso entre ella.

Doliase el pueblo y corrian sus lágrimas viendo á Padilla, al gallardo caballero y celoso defensor de las libertades de su patria, cabalgando en mansa mula, siguiendo con frente noble y serena á su compañero de armas Juan Bravo.

Poco habian andado, cuando alzando la voz el Pregonero, dijo: «Ésta es la justicia que manda hacer S. M. y su Condestable, y los Gobernadores en su nombre á estos caballeros, mandándolos degollar por traidores, alborotadores de pueblos y usurpadores de la Corona Real.»

A lo que oido por Juan Bravo, revolviéndose al Pregonero: *Mientes, le dijo: traidores no; mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino.*

«Calle, le replicó el Alcalde, dándole con su vara en los pechos; mire el paso en que se encuentra, y déjese ahora de vanidades.»

Oyó esto Padilla, miró tristemente á su compañero, y con voz dulce y resignada le dijo: *Señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballero; hoy de morir como cristiano.*

Apeados en la plaza, y hecha justicia de Bravo, llegó su

vez á Padilla. Despidióse de algunos caballeros que le rodeaban; quitóse del cuello una reliquia que tenia en mucha estima, y alargándola á D. Enrique Sandobal, díjole al propio tiempo: «Tomad; usadla mientras dure la guerra: luego hacedme merced de entregarla á Doña Maria Pacheco, mi buena y fiel esposa.

Acercóse luego al tajo, y como el cuerpo de Juan Bravo estaba junto á él, miróle, y moviendo suavemente la cabeza, le dijo: *¡Ahí estais vos, buen caballero!*...

Instantes despues el Verdugo hizo su oficio; una cabeza ensangrentada mostró al pueblo; era la de D. Juan de Padilla.

Alonso Perez de Guzman.

Hubo en Leon D. Pedro de Guzman, Adelantado mayor de Andalucía por los años de 1256, un hijo llamado Alonso Perez de Guzman, el cual, andando el tiempo, reunió en sí cuantas virtudes pudieran formar un buen caballero.

Atento en el trato, cauto en las empresas, esclavo de su honra y valiente en el combate, era estimado de su Rey y distinguido en la corte.

Doliase, no obstante, de su suerte, que le hizo hijo natural, y temia llegara ocasion de ser lastimado en su honra.

Las mercedes y distinciones del Monarca, su habilidad en el arreglo de las treguas con Aben-Jucef, Rey de Marruecos, á causa de su invasion en Andalucía, y la destreza que mostró en las justas y torneos celebrados con este motivo en Sevilla, dieron ocasion á que la envidia se apoderara de algunos cortesanos, y principalmente de un hermano suyo, el cual, olvidado de todo miramiento, se atrevió á echarle en cara, á presencia del Rey, la mancha de su nacimiento.

Sintió Guzman con la ofensa el peso de su infortunio. Nadie, ni el mismo Rey que tanto le habia honrado, tomó su defensa: corrido y avergonzado, con voz digna, mas pesarosa, dirigiéndose al Rey, contestó al insulto: *Yo iré á buscar entre los extraños la honra que en mi patria se me niega: desde*

ahora me desnaturalizo, y estad seguro, Señor, que no la volveré á pisar hasta que vos mismo me lo roqueis.

Dichas estas palabras, salió de la régia cámara sin ceremonia ni cortesía.

Sintió el Monarca el suceso, trató de desagrarle; mas el carácter de Guzman, inflexible é indomable en sus resoluciones, no se dobló á su voluntad. Salió de Castilla, pasó al Africa, y ofreció á Aben-Jucef su espada, para servirle en guerras contra infieles.

II.

Mucho habian cambiado las cosas en Castilla desde que Guzman partió de ella.

Las discordias entre el Infante Don Sancho y el Rey su padre, habian dado ocasion á turbaciones y divisiones entre los Castellanos, que acabaron por una guerra civil, en la que las armas del Rey llevaron la peor parte. En su infortunio acordóse de Guzman, y escribióle la siguiente carta:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman : La mia cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueño: e como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo el sabran la mi desdicha é afinamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener, con ayuda de los míos amigos y de los míos perlados, los cuales en lugar de meter paz, non a escuso, nin a encubiertas, sino claro metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador nin valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzo so me es que en la agena busque quien se duela de mi: pues los

de Castilla me fallascieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamarin. Si los míos hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por hijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Rey Aben-Juzaf: que yo lo amo é aprecio mucho, porque el non me despreciará, nin fallescerá, cá es mi atreguado é mi apayguado. Yo sé quanto sodes suyo y quanto vos ama, con quanta razon é quanto por vuestro consejo fará: non miredes á cosas pasadas, sinon á presentes. Catá quien sodes é del linage donde venides, é que en algun tiempo vos fará bien, é si lo vos non ficiere, vuestro bien facer vos lo galardonará. Por tanto el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced atanto con el vuestro Señor, y amigo mio, que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo que él por bien tubiere, e si la suya ayuda pudiéredes allegar, non me la estorbedes, como yo cuido que non faredes; antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro Señor á mi viniere, será por vuestra mano: y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola leal Cibdad de Sevilla á los treinta años de mi reynado y el primero de mis cuitas.—*El Rey.*»

Entristeciósse Guzman en el infortunio de su Rey, y obediéndole, entró en Castilla, acaudilló tropas, y sirvió lealmente á su Soberano.

Muerto el Rey D. Alonso, mereció de su hijo D. Sancho el IV la misma confianza.

Amenazada estaba Tarifa por un formidable ejército de Moros, acaudillado por el turbulento Infante D. Juan. Guzman estaba en la plaza. El Rey le habia confiado su defensa, seguro de su fidelidad y probado valor.

Incansable en las fatigas, pasa las noches en los muros,

recorre los lugares mas peligrosos, alienta con su ejemplo á los menos esforzados, y sin dar descanso á su cuerpo, encuéntrase en todas partes, siendo el primero en el peligro y el último para el reposo.

Loco de ira D. Juan ante los desastres de su campo, y la fortaleza de Tarifa, llega en fatal hora á noticia suya que á un hijo de Guzman le criaba una nodriza en aquellas cercanias. Vuela en su busca, le encuentra, arráncalo de los brazos de la nodriza, y alegre con su presa vuelve al campo.

Un vigilante anunció poco despues á Guzman que una tropa se dirigia á la plaza. Corre á los muros, cuando ya cerca de ellos estaba el Infante con algunos Moros de acompañamiento.

Distinguió D. Juan á Guzman, y adelantándose con su hijo en brazos, alzó la voz, diciéndole: «Alonso de Guzman, mira á tu hijo; su vida depende de la entrega de la plaza; abre sus puertas, ó de lo contrario verás correr su sangre.»

Espantado quedó Guzman oyendo tales razones, sin poder concebir la vil, cobarde y horrorosa accion. Aparta la vista de su hijo, piensa en su honra, y fiero grita al Infante: *La vida de un hijo no es bastante á mancillar mi virtud: si para ejecutar vuestra saña os falta cuchillo, ahí teneis el mio.*

Tiró su puñal, y precipitado bajó del muro.

Poco despues, el puñal del padre habia herido el corazon del hijo.

Alzó el Infante el campo sin ganar á Tarifa, llevando consigo la mancha de su crimen y el desprecio de sus parciales.

Honró en cambio el Rey D. Sancho á Guzman, y apellidole el *Bueno*.

La nobleza de su corazon, el sublime sacrificio en aras de

su patria, y la obediencia á su Rey, lavaron de tal modo la mancha de su nacimiento, que no hubo caballero mas estimado en Castilla, ni en su historia se encuentra ejemplo de mas acrisolada virtud y lealtad.

García de Paredes.

Hallábanse en una plaza de Roma jugando al tiro de la barra varios soldados españoles al servicio del Papa Alejandro VI, con otros romanos.

Tenia en su poder la barra uno de los Españoles, el cual sobresalía entre los demas por su talla de gigante y robusta musculatura.

Suscitóse cuestion entre él y un Romano; agriéronse las palabras; hubo amenazas; terciaron otros en la pendencia, y cansado de razones y con la justicia de su parte, sin temor á los muchos que habian tomado la defensa del promovedor de ella, alza la barra y le aplasta la cabeza: arremete á los otros, mata á cinco, hierre á diez y magulla á muchos.

Huyeron los restantes, y ya sin contrarios que machucar, arrojó la barra, y con marcial continente se encaminó á su posada.

Este soldado se llamaba García Paredes, nacido en Trujillo, y espanto en su niñez de los muchachos del pueblo, por lo pasmoso de sus fuerzas y pesado de sus juegos.

Llegada la noticia de lo ocurrido al Papa y César Borgia, y averiguada la verdad de lo acontecido, y razon de Paredes, se apresuraron á confiarle una compañía alistada para la guerra que se preparaba contra los Ursinos.

Paredes en esta campaña se distinguió, como siempre, por su valor y asombrosos hechos.

Para lo animoso de su corazón no había obstáculos.

Sitiado Montefiascon, no solo fue el primero en el asalto, si que rompiendo con sus manos las cerraduras de las puertas, abriólas de parte á parte, dando entrada á las tropas.

Borgia, Colonna, Villalba y el Gran Capitan, se disputaban tenerle á su lado. Tal confianza infundia su valor, y en tanto tenían su hidalga bizarría.

Faltaba á los Franceses conocer por escarmiento al Capitan Paredes, y hubo ocasion de ello.

Ocupado tenían el puente del Garellano y fortificado con una batería.

Trataba el Gran Capitan de forzar aquel paso, y oponiase Paredes, haciéndole ver las dificultades que encontraba.

Molestaban á Gonzalo sus razones, y cansado de ellas, con señalado enojo le dijo: *Ya que no conoceis el miedo, no le pongais vos en mí.*

Calló Paredes, y despechado se encaminó á su tienda. Ciñese un montante, pasa el puente, llama á los Franceses, salen estos, déjales acercar, tira del montante, arrojándose sobre ellos.

Huyeron los primeros, mas saliendo otros armados en su ayuda, trabóse desigual pelea.

Vieron algunos Españoles el aprieto en que estaba el Capitan Paredes, y pasando á sostenerle, le salvaron de la refriega con honra y sin daño alguno.

Reprendióle Gonzalo como caudillo y le aplaudió como compañero.

Murió al fin este esclarecido soldado en una celada prepa-

rada por los Indios, cuando iba á tomar el gobierno de Popayan, vendiendo cara su vida, y acreditando en el último trance el esfuerzo que siempre le habia distinguido. Solo y acosado por todas partes, mató á mas de ochenta Indios, antes de caer atravesado por sus flechas.

Don Diego Ordoñez de Lara.

Sitiada tenia Don Sancho II á Zamora, y asentado su campo en la ribera del rio Duero.

Con lo largo del cerco se impacientaba el Rey, cuando un accidente funesto cambió el estado de las cosas.

Servia en Zamora á la Infanta Doña Urraca, hermana de Don Sancho, un caballero llamado Vellido Dolfos, hombre de malas mañas y antecedentes dudosos, el cual, bien por su aviesa condicion y propia voluntad, ó por ser inducido y comprado, salió de la ciudad, fue á los reales del Rey, contóle una fábula inventada para que le recibiera confiadamente en su campo, creyóle Don Sancho, y un dia que cabalgaban á solas, aprovechando la coyuntura de entregarle su venablo para retirarse á *solazar* (como dicen las crónicas), *en facer lo que los homes non pueden escusar*, le atravesó con él por la espalda.

Murió Don Sancho, refugióse Vellido en la Ciudad, alborotóse el campo, abandonáronle muchas compañías; mas quedaron los Castellanos, porfiados en llevar adelante el sitio hasta tomar venganza de la muerte del Rey.

Reunidos estaban los Prelados, Ricos-hombres y Caballeros ocupándose de asunto tan grave, cuando alzándose Don Diego Ordoñez de Lara, con manifiesto enojo, habló de esta manera: «Venerables Prelados, Ricos-hombres y Caballeros: basta de

Consejo: hora es ya que calle la lengua y obren las manos. Zamora es cómplice en el crimen de Vellido, porque quien ampara al traidor, participa en la traicion. La muerte de Don Sancho pide venganza, y deber nuestro es cumplirla. Todos vosotros la deseais, y ninguno desconoce los fueros y estatutos que obligan al retador á pelear con cinco caballeros de ella. No os atemorice el número de tanto defensor de una mala causa; mas si me concedeis á mí tal fineza, con el favor de Dios lidiaré, sin que el número y calidad me intimide (1).»

Alabado de todos fue el ánimo de Don Diego, y tan conocido era su valor, que no titubearon en confiarle tan honrosa como arriesgada empresa.

«Arias Gonzalo, los Castellanos han perdido á su Señor, muerto por el traidor Vellido, acogido por vosotros. Oidme bien: es traidor el que á sabiendas á traidor tiene consigo. Reto, pues, á Zamora, así al grande como al chico; al que está por nacer como al que ya es nacido; á los muertos y á los vivos: reto las aguas que corren por los rios, y rétoles el pan y el vino. Y si hay alguno en la villa que desdiga lo que yo digo, lidiaré con él, y con la merced de Dios, quedará por lo que yo digo.»

Así habló D. Diego Ordoñez de Lara frente á los muros de Zamora, armado de punta en blanco, y caballero en brioso corcel, de luciente acero, encubertado.

Oyó el ilustre y anciano D. Arias Gonzalo, privado de la

(1) Todo hombre que retaba Consejo ó Villa que fuese cabeza de Obispado, debía lidiar con cinco uno en pos de otro, habiéndose de dar al retador, con cada uno de los que pelease, nuevas armas y caballo, y de comer y beber.

(Crónicas de Sandoval.)

Infanta, el razonamiento de D. Diego, y corrido y avergonzado decidió él, con sus hijos, sostener por Zamora el reto.

Opúsose con lágrimas la Infanta á que saliera Gonzalo al campo: obedeció el noble septuagenario, armó con sus propias armas á su hijo menor, dióle su bendicion, y partió aquel á reunirse con sus hermanos.

.....

Habiase aderezado el palenque en un arenal en la traspuesta orilla del rio Duero. Llegado el dia del combate, que era de la Circuncision del año 1073, puntuales y bien armados se presentaron los cinco hijos de Gonzalo, y D. Diego Ordoñez de Lara, oprimiendo fuertes bridones, que piafando inquietos, levantaban la arena y hacian sonar las armas de sus dueños.

Dada la señal, partieron á encontrarse el menor de los de Gonzalo y D. Diego Ordoñez de Lara.

Desde la mañana á la tarde combatieron con igual esfuerzo, sin que se inclinara la victoria ni á la una ni á la otra parte. Quedó al fin por el retador, muriendo á sus manos el defensor de Zamora.

Volvió á su puesto D. Diego, y *Arias Gonzalo* gritó con voz ronca y fiera: *Envíame otro hijo.*

Y otro de sus hijos entró en la liza, y vencido, ocupó su puesto el mayor de los hermanos.

La polvareda levantada cubrió á los combatientes. Quebradas las lanzas, destrozados los arneses, mal heridos ambos, no daban sosiego á las centellantes espadas. Grande era la fatiga, supremos los momentos: enderézase sobre los estribos el de Zamora, levanta á dos manos la espada, dirígela á su enemigo; mas evitado el golpe, dió en la cabeza del caballo.

Partió este indómito, sin que la robusta mano del ginete

podiera detenerle ; va á salir del palenque ; la victoria era del que en él quedara ; mas antes que salir, con ira y rabia derribase de él D. Diego.

Cruzado cayó en la línea divisoria, quedando medio cuerpo á cada lado.

Perseguale su enemigo, que ya sin aliento y vida, dió con gran golpe el ferrado cuerpo en el suelo.

No siguió el combate por suscitarse cuestion (que no fue determinada) de si probó D. Diego su acusacion ó mostró su inocencia Zamora.

Tal fue el heroico esfuerzo de D. Diego Ordoñez de Lara, y tal la venganza que tomó de la muerte de su Rey.

El Cid Rodrigo Diaz de Vivar.

Reinaba en Castilla D. Fernando I, llamado el Magno, y entre los donceles é hijos-dalgos de su casa, educábase Rodrigo Diaz de Vivar, descendiente de Lain Calvo, Juez que fue de Castilla en union de Nuño Rasura.

Gallarda presencia, destreza en las armas, sesudo en el pensar y amante de su honra y de su Rey, era estimado de este y tenido en tanto, que toda empresa árdua y delicada la confiaba á su resolucion y esfuerzo.

En sus mocedades venció á cinco Reyes moros, que le prestaron vasallaje; y contestando al desafio del Emperador Enrique (1), entró con diez mil Caballeros en Francia, paseando los pendones de Castilla, sin hallar quien se opusiera á su marcha.

Murió poco despues D. Fernando, y D. Sancho, el mayor

(1) El Emperador Enrique pidió al Pontífice mandase que los reinos de España reconociesen el imperio romano; y en el Concilio florentino celebrado por Victor II, año 1055, se quejó Enrique, porque siendo, segun derecho, sujetas al imperio romano todas las provincias y reinos del mundo, el Rey D. Fernando no se queria sujetar á reconocerle. El Pontífice vino en ello; espidió su Breve para que D. Fernando hiciera este reconocimiento al imperio. Consultando D. Fernando el caso á los Ricos-homes, Rodrigo se opuso á ello, ofreciéndose á ir con sus parientes y amigos á donde el Pontífice y Emperador estuviesen, informar de la justicia que el Rey tenia, y cuando la razon no bastase, combatirlo y asegurarlo por las armas de la manera que quisieren. (*Crónicas de España.*)

de sus hijos y heredero del trono de Castilla, trató de hacer la guerra á sus hermanos, para apoderarse de su herencia.

Destronó á D. García del reino de Galicia. Quitó el de Leon á D. Alonso, y no tardó en cercar á su hermana doña Urraca, señora de Zamora.

En el cerco de esta ciudad murió á manos del traidor Vellido Dolfos, acabando sus sueños de engrandecimiento y dejando en consternacion á Castilla.

Sabida de D. Alonso la noticia de la muerte de su hermano, salió de Toledo, en donde se había refugiado, despues de perdido su reino, y encontrado hospitalidad en su Rey moro, y llegado á Zamora, convocó á Cortes las ciudades y ricos-homes del reino, con el fin de ser jurado por Rey de Castilla.

Llego el dia de la jura, y comenzóse esta conforme á los fueros y costumbres de aquel tiempo.

Llegada su vez á Rodrigo Diaz de Vivar, adelantóse hasta el Rey, y le habló de esta manera:

«Señor: en el reino hay sospechas de que fuistes parte en la muerte del Rey D. Sancho. Purgaos, señor, de ellas, pues hasta tanto no os juraré por Rey.»

Las palabras de Rodrigo fueron apoyadas por los Caballeros castellanos, y obligado D. Alonso á hacer público el juramento que le pedian, resolvió aplazarlo para su ida á Búrgos.

No tardó en anunciarse con gran pompa en aquella ciudad la nueva y solemne ceremonia.

Colgada de ricas y vistosas telas estaba la iglesia de Santa Gadea. Un gentío inmenso y curioso la ocupaba, y sobre un tablado alzado junto al altar mayor veíase á D. Alonso y doce Caballeros que con él habian de prestar el juramento.

Acabada la Misa, que con devocion oyeron el Rey, los Ca-

balleros y el pueblo allí reunido, Rodrigo, á quien correspondia recibir el juramento por haber sido Alférez del Rey muerto, tomando el libro de los Santos Evangelios, dijo á Don Alonso: *Rey D. Alonso: jurais por la muerte del Rey, mi Señor, que vos no le matastes ni fuísteis en aconsejarlo?*

El Rey y los Caballeros contestaron: *Amen.*

Si así no fuere, continuó Rodrigo, murais tal muerte cual murió mi Señor; villanos os maten; no sea hidalgo, ni sea de Castilla.

Volvió á decir el Rey: *Amen*, palideciendo y turbado, y *amen*, contestaron los doce Caballeros.

Segunda y tercera vez repitió Rodrigo la forma del juramento, y ya encolerizado el Rey, y temblando de enojo, *varon Rodrigo Diaz*, le dijo con voz altiva, *¿por qué me ahincas tanto hoy, haciéndome jurar, si mañana me besarás la mano?*

Segun me hicieres la merced, contestó Rodrigo: *en otros reinos dan sueldo á los hijosdalgo: tambien me lo dará á mí quien me quisiere por vasallo.*

Nueve dias eran pasados desde este acontecimiento, cuando el Rey le mandó salir desterrado del reino. Apresuróse á obedecer la voluntad del Monarca.

Preparóse á dejar á su patria; mas faltándole dinero con que reclutar alguna gente para comenzar la vida de aventurero que pensaba seguir, ocurrióle una traza, que le salió á medida de su deseo.

Llamó á unos Judios mercaderes de Búrgos, recibióles amistosamente, y mostrándoles una arca cerrada y pesada, les dijo contenia las joyas y alhajas de su casa, la que estaba pronto á darles en rehenes, si le prestaban cien marcos de oro y seiscientos de plata.

Convinieron los Judios, entregaron el dinero, y cargaron con la caja.

De esta manera salió de Castilla con trescientos Caballeros y tres mil peones, dando principio á sus conquistas.

Hita, Alcocer, Monzon, Almenara y otros pueblos y castillos ganó de los Moros. Venció á los Reyes de Denia y Zaragoza, y conquistó á Valencia, despues de diez meses de sitio, de batallas y de famosísimas hazañas.

Con la presa recogida en Valencia, reunió la cantidad que adeudaba á los Judios, envióla á seguida, y rescató el arca.

El *oro de su verdad* estaba en ella encerrado. Abierta, solo contenia arena.

Fr. Luis Ponce de Leon.

Ejemplo es de virtud sufrir con tranquila resignacion las desgracias que la fortuna nos depara; mas es grandeza singular de alma olvidar de tal modo los sufrimientos pasados, que nada quede de ellos, como si no hubieran existido.

Señalada muestra de esta virtud y alma de este temple encontramos en el esclarecido varon, honra del claustro y gloria de las letras, Fr. Luis Ponce de Leon.

Nació en el año 1527, y fue profeso en la Orden de San Agustin.

Chacon, Brocense, Montano, Grial, consultábanle sus dudas, oían gustosos su juicio, y respetaban su parecer.

La poesía era su deleite; la enseñanza, objeto de sus cuidados; la amistad, dulce regalo; el afecto de sus hermanos, alegría de su corazón.

Hubo, sin embargo, un hombre oscuro y envidioso que puso en él sus ojos, con ánimo resuelto de perderle. Logró su intento, y cinco años pasó Fr. Luis de Leon separado de sus hermanos y abandonado de sus amigos, entre las paredes de una cárcel.

Dura fue la prueba á la que tuvo que sujetar su inocencia; mas hermosos y sabrosos frutos produjo.

Los nombres de Cristo, obra escrita con toda la pureza y

galanura de nuestra lengua, fue concebida en dias largos y penosos.

Triunfó por fin. Salió de la cárcel, y recibióle Salamanca con muestras de contento.

Dias despues se hallaba, como cinco años antes, rodeado de discipulos, que, silenciosos y atentos, esperaban su esplicacion.

Miró á todos detenidamente, y con reposada voz, comenzó de esta manera: *Decíamos ayer*.....

Y aquel *ayer* eran cinco años de muchas y muy grandes penalidades para el sábio maestro, que acostumbraba llamar *horas* (1) á la vida de los mortales.

(1) Noche serena.

Alonso de Ojeda.

El segundo viaje á América habia emprendido Cristóbal Colon, llevando entre sus intrépidos capitanes á Alonso de Ojeda, al que queria y distinguia por su valor y sagacidad en el desempeño de arriesgadas empresas.

Ya de asiento en la Isabela, y estendida la colonizacion al interior, supo Colon como Caonabo, señor poderoso de la provincia de Magnana, en union de sus hermanos, Señores tambien de otras provincias, trataba de hacerle la guerra.

Llamó á consejo á sus Capitanes, y sometió á su deliberacion el plan de defensa que debia adoptarse.

Dió cada cual su parecer segun pensaba y entendia, y como Ojeda callaba y parecia como preocupado de alguna ingeniosa idea, advirtiéndolo Colon, y le dijo afectuosamente: Mi buen Capitan Ojeda, ¿qué ocupa vuestra atencion, que en negocio de tanta importancia no tomáis parte en el Consejo?

Alzóse el Capitan de su asiento, y dirigiéndose á sus compañeros, les dijo: «Si quereis oír mi parecer, os diré que no á las armas, sino á la astucia, debemos confiar el buen resultado de esta empresa. No dudo que con el auxilio de Dios y vuestro esfuerzo, seria nuestra la victoria, mas ¿qué adelantariamos con ella? Muchos son los [enemigos, pocos nosotros, é irreparables las pérdidas que tuviéramos, por cortas que fue-

sen. Ellos, concededores de la tierra ; nosotros, extranjeros en ella ; dando lugar con la guerra á hacer la colonizacion mas dificultosa ó quizá imposible. Así pues, yo me ofrezco á alcanzar por la astucia lo que entiendo difícil por la fuerza de las armas.»

Gustaron á Colon las razones de Ojeda, y satisfecho de ellas, le confió la empresa.

A la mañana siguiente, seguido de nueve soldados escogidos, partió para la Côte del poderoso Cacique Caonabo.

Despues de setenta leguas de penoso camino, peligros y asechanzas de los Indios, llegó á la córte.

La aspereza salvage de Caonabo, con que fue recibido, desapareció y hasta cambió en afable y afectuosa, con la cortesía de Ojeda.

Oyó lleno de curiosidad el gran Cacique las noticias que el Capitan español le daba de la córte de Castilla y de sus Reyes, llegando á su colmo cuando le mostró los regalos que prevenidos traia.

Habia entre ellos unas esposas y grillos de bruñido acero, que no atinaba Caonabo qué uso podian tener.

«Estos adornos son los principales, decia Ojeda, que usan los Reyes de España en las grandes ceremonias.»

Miróles y volvióles á mirar, manifestando deseos de ponérselos á seguida, impaciente ya de mostrarse á su pueblo á manera de los Reyes de España.

Con gran respeto se opuso Ojeda, advirtiéndole era costumbre de sus Reyes, antes de usarlas, salir de la poblacion, y fuera de ella lavarse sus cuerpos, adornándose despues con tales objetos, simbolo de la autoridad real, y montados en briosos caballos se presentaban á sus súbditos.

Consintió Caonabo, y á la mañana siguiente, seguido de algunos Indios y escoltado por los Españoles, se encaminó al rio Jaquí, que corria á media legua de la ciudad.

Lavose perfectamente; púsole Ojeda grillos y esposas, montóle en su caballo, y teniéndole seguro, saltó á su grupa y ligero parte, seguido de los suyos.

Asombrados y confusos quedaron los Indios viendo desaparecer á su Señor, el cual, no con menos asombro y sin poderse valer de manos ni pies, hubo de resignarse á la voluntad de Ojeda, el que felizmente llegó á la Isabela con su ilustre cautivo.

Prisionero Caonabo, fácilmente se hicieron las paces entre los Indios de Magnana y los Españoles. El mismo Caonabo, admirado del valor y osadía de su robador, respetóle como á su dueño, y túvole gran afecto.

Los adelantos de la conquista puede decirse los facilitó mucho este ingenioso hecho del valiente Alonso de Ojeda.

Gutierrez Quesada, Señor de Villagarcía.

Servían en la corte á D. Juan el segundo dos Caballeros unidos por la amistad y la sangre, llamados Gutierrez Quesada y Pero Barba.

Ambos tenían un reto aplazado en la corte de Felipe de Borgoña, con otros dos Caballeros famosos, hijos bastardos del conde de San Polo, y conocidos por Micer Pierres y Micer Jaques.

Enviáronse los capítulos que de él trataban, con sus sellos, y fijóse época y día de cumplir las armas.

En el entretanto ocurrióles á Quesada y Barba ir en romería á Jerusalem. Salieron de España, se desavinieron en el camino, Pero Barba regresó á Castilla, Quesada siguió su peregrinacion, visitó el Santo Sepulcro, y llegó sin contratiempo á Santomar, residencia en aquel entonces del duque de Borgoña, la víspera del combate. Hecho estaba ya el palenque, y ordenado todo lo necesario.

En uno de los capítulos del cartel de Quesada, aceptado por Micer Pierres, constaba que ambos sufrirían el tiro de la lanza despedida á quince pasos de distancia.

Grande era la fama que tenía ganada Quesada en esta suerte de ejercicios. Así que túvose por casi segura la muerte de Micer Pierres.

Amaba á este Caballero, y era su prometida, la jóven y hermosa Condesa de Nevers.

La ternura de su corazon le hacia ver con horribles colores la suerte de su amado. Y en el frenesí de su amor, olvidada de su recato, sale de su casa, recorre las calles de la poblacion, busca el alojamiento de Quesada, y con turbacion y llanto cae á sus pies, pidiéndole no usara del tiro de su lanza contra Micer Pierres.

Extrañeza causó al Castellano tal visita y tan rara exigencia.

Hablóla dulcemente, procuró calmar su agitacion. Ofrecióle estar á su voluntad en cuanto le mandase; mas en lo de desistir del tiro de la lanza, no podia hacerlo, en razon á estar obligado á no separarse Caballero alguno de lo que habia firmado y sellado en un capítulo.

Esforzó la Condesa sus ruegos, lloró, suplicó, hasta que vencido el pundonoroso Quesada «Hermosa Señora, la dijo, calmáos ya, no temais el tiro de mi lanza, pues no herirá á vuestro amante. Vos sereis obedecida y mi honra no quedará mancillada. Lo demas dejémoslo en las manos de Dios.» Inclinóse, dichas estas palabras, y retiróse de su presencia.

II.

Llegado el dia siguiente, y ya en liza los dos Caballeros, salieron el uno para el otro con pie firme y seguro.

Espantada miraba la muchedumbre, esperando el resultado de la batalla; llegan al sitio convenido, dispara su lanza Quesada, pasa por lo alto de Pierres, y clávase hasta el asta en la arena. Un grito de alegría resuena entre la muchedum-

bre, y la voz de Quesada, que solo llegó á su enemigo, diciéndole: «Pierres, agradece á la de Nevers haber visto mi lanza.»

El nombre de la de Nevers cegó mas la cólera del Borgoñon, arrojó la suya; mas débil, cayó antes de llegar al Castellano.

Usan de las hachas, golpéanse con dureza, la ventaja estaba por el Borgoñés, entra al estrecho Quesada, logra asirse de él, pónese un torno, le tira al suelo, afirma su pie sobre el pecho, alza el hacha para herirle, cuando cae en el palenque el baston del Duque, y cuatro Caballeros puestos de punta en blanco los separaron.

III.

Vencedor el Castellano, tuvo en cuenta la honra de Pero Barba, mas que él la tuvo de si propio, y llegándose al Duque, puesta una rodilla en tierra, le manifestó que bien sabia como su compañero Pero Barba tenia una empresa señalada para aquel dia con Micer Jaques; mas que habia adolecido y quedado tan trabajado de la enfermedad, que dudaba pudiese llegar á sus armas, así que, encontrándose él allí, placiendo á Micer Jaques, haria luego sus armas por el ausente.

Llamó el Duque á Micer Jaques, el cual prefirió entregar á Quesada el sello que le enviara Barba, á salir con él á la palestra. Tuvo por cobarde el Duque esta resolucion, y enojóse de ello.

Despidióse Quesada del Duque, y con gran honra y muchos regalos regresó á Castilla contento y victorioso.

Marco Gutierrez de Benavente.

Muerto el Rey D. Fernando II de Leon, y coronado su hijo D. Alonso, los ódios, por largos años reprimidos entre la Reina Doña Urraca y su entonado, se manifestaron abiertamente.

El afan de la Reina por que heredase el trono de Leon el Infante D. Sancho, su aspereza, malos tratos hácia su hijastro D. Alonso, y los agravios y resentimientos de este, dieron ocasion, tan luego murió el Rey, á turbaciones y venganzas en el reino.

Los lugares y castillos que Doña Urraca habia recibido de su esposo en arras, no tardaron en ser ocupados ó combatidos por el nuevo Monarca.

En Estella venció á sus tropas, capitaneadas por su hermano D. Diego Lopez de Haro, Señor de Vizcaya, y pasando adelante, sentó sus reales al pie de un castillo que tenia por aquel un Caballero valeroso llamado Marco Gutierrez de Benavente.

Lo fuerte de los muros, y el valor de sus defensores, animados con las palabras y ejemplo de Gutierrez, pronto dieron á conocer lo difícil de su reduccion.

Pasaron años tras años, y desesperanzado el Rey de ganarle por las armas, decidió aguardar á que el hambre le franquease sus puertas.

Agotados los víveres, cundió el desaliento en los defensores: muchos murieron; los más, lo abandonaron.

Solo quedaba en pie Marco Gutierrez.

Las yerbas de las almenas, y hasta el cuero de los tahalies, sirviéronle de alimento; más al fin fue rendida, y cayó posturada aquella naturaleza de hierro, no su voluntad, pues que sinténdose morir, con desesperado aliento, reuniendo las flacas fuerzas que le restaban, toma las llaves del castillo, llega con pie vacilante á su puerta, parapétase detras de ella, y cae al suelo sin sentido.....

Cuentan las crónicas, que los sitiadores no se apercibieron en largas horas de que estaba desamparado el castillo. Comprendiéndolo al fin, arriman escalas, suben á los muros, registran la fortaleza silenciosa, y con admiracion y con pasmo, se detienen ante el cuerpo de su indómito Alcaide, que aun conservaba en su mano fuertemente apretadas las llaves del castillo.

Animados de un sentimiento generoso, le tientan, y ¡oh fortuna! todavía no era muerto; restablecióse á fuerza de cuidados; honróle el Rey, y loáronle los Caballeros.

Alzó D. Alonso poco despues el destierro en que tenia á D. Diego de Haro, y ya de regreso á su patria, salieron á recibirle algunos Caballeros, de los que era Señor natural. Entre estos estaba Marco Gutierrez. Referian su conducta á D. Diego, á lo que contestó con gesto despreciativo: «Verdad es que Gutierrez es buen Caballero; mas yo querria mi castillo si él me lo diese.»

Pasmáronse los presentes de tanta sin razon, y Marco Gutierrez sintióse deshonrado por tales palabras.

Retirado á su casa, vistió de burriel negro, y yendo en busca del Rey, se sentó á comer entre sus perros.

Llegó este hecho á noticia del Monarca, y mandándole venir á su presencia, le preguntó la razon de su conducta.

Contóle Gutierrez el suceso, y le rogó con lágrimas, no permitiera fuera tenido por traidor, antes sí, acabara con su vida.

Enternecióse el Rey, en vista de tanta virtud y dolor, y llamando á uno de sus Porteros, le mandó abasteciera bien el castillo, y lo entregara á Gutierrez, salvando este así su verdad.

Recibióle el buen Caballero, llevóle las llaves á D. Diego, el cuál, devolviéndolas al Rey, honró á su Alcaide y alzóle el homenaje que le debia.

Ni en antiguas, ni en modernas historias, se encuentran muchos ejemplos de tanta firmeza de alma y de tan heroica lealtad.

D. Alvaro de Luna.

Grandes y famosas fiestas se celebraban en Madrid, en donde se hallaba reunida la Córte de D. Juan el II.

Comenzadas con alegría y satisfaccion del Rey, el pueblo y la nobleza, púsolas término un incidente desagradable.

Despues de otras diversiones y pasatiempos, habian seguido las justas y torneos.

Un Caballero muy querido del Rey mantenía en uno de los dias, atrayendo las miradas de la córte y los aplausos del pueblo.

Rodeado de otros que atentos le servian, ricamente armado, y con paramentos magníficos, mostraba destreza en las suertes y gracia en el regir de su caballo.

Unas tranzaderas de seda y oro, primorosamente trabajadas, orgulloso ostentaba sobre la espalda, regalo de una dama à quien servia, y desasosiego de muchas que amorosas le miraban.

Atento y satisfecho le seguía con sus ojos el Rey, y Don Alvaro, que así se llamaba el Caballero, se esforzaba animosamente por agradar á su Señor, honrar á la dama de las tranzaderas, y obligar á mas aplausos á la córte y pueblo reunidos.

Mandádole habia el Rey que se retirara de la palestra des-

pues de rotas muchas lanzas; mas D. Alvaro envió á suplicarle le permitiera dar la última carrera con Gonzalo de Cuadros, gran justador en aquellos tiempos.

Condescendió el Rey; vino el uno para el otro; D. Alvaro sacó de la silla á Gonzalo; este, dándole con el roquete de la lanza en la frente, no bien guardada con la vista del yelmo, le hirió, y perdidos los sentidos, vino al suelo bañado en sangre.

Sobresaltóse el Rey, pasmáronse las damas, se estremeció el pueblo, y colocado en unas andas, fue llevado á su casa y suspendidas las fiestas.

Era D. Alvaro de Luna pequeño de cuerpo y gracioso de talle; ojos vivos y alegre rostro; calvo desde muy temprano y dudoso en la palabra; enamorado, justador, atrevido; entendido en armas y cabalgante en todas sillas; músico, poeta, discreto; codicioso de lo mucho sin despreciar lo poco; hijo natural de Alvaro de Luna, señor de Cañete, tenido de una labradora llamada la Cañeta ó María de Cañete, y presentado en la Córte por D. Pedro de Luna, Arzobispo de Toledo y pariente suyo.

Distraido D. Juan el II en los ejercicios de la montería, la música y poesía, de todo lo cual entendía y preciaba, tenia confiado el gobernamiento de sus Estados á favoritos y privados, con grave daño de la cosa pública. Así que, no se vió en los reinados anteriores mas trabajada Castilla por sediciones, bandos, parcialidades y guerras, que lo era en esta época.

Había alcanzado D. Alvaro de Luna la privanza del Rey, con lo que, unida á su codicia la munificencia de este, no tardó en alzarse á altura tal, que casi se equilibraba con su Señor.

Condestable de Castilla, gran Maestre de Santiago, Duque de Trujillo, Conde de San Estéban de Gormaz, Señor de sesenta villas, y con mas de veinte mil vasallos, sin los del Maestrazgo, era envidiado de los Grandes y aborrecido del Infante D. Enrique y de la Reina, que con los Nobles formaban liga para perderle.

Receloso vivia D. Alvaro, dando oido á sus fieles servidores y aduladores perversos, con lo que hubo destierros, confiscaciones, encarcelamientos y muertes, no obstante que muchos debieron la vida á su intercesion con el Monarca.

Alzáronse por fin los de la liga, y con grave desobediencia del poder real, se fortificaron en pueblos y castillos.

Los Infantes D. Enrique y D. Pedro se retiraron hácia Trujillo, Montanches y Mérida, desde donde afligian la tierra con robos y otros males.

Mandó formar un buen ejército D. Juan el II, acaudillóle D. Alvaro, y marchó la vuelta de Trujillo.

Servia de Alcaide en su castillo un Bachiller, hombre bullicioso, mas dado á las armas que á las leyes, y fiel servidor de los Infantes.

Sentado el campo á sus inmediaciones, envió D. Alvaro á su Alcaide un Faraute, pidiéndole saliera á la parte de afuera del castillo á hablar con él.

Convino el Alcaide, dió rehenes, señalóse lugar y hora, preparó D. Alvaro una emboscada, y sin dar cuenta de su pensamiento, montó en una mula y comenzó á subir el recuesto hasta llegar al pie de sus muros.

Cubierto de acero el Alcaide, y desnuda la espada de dos manos, salió á recibirle por un pequeño postigo.

Abreviáronse los cumplidos, y D. Alvaro trató con

buenas razones de convencer al belicoso Bachiller á que entregara la plaza al Rey, como á Señor natural que era. Diciendo entre otras palabras, «que siendo letrado, debia conocer mejor que otro el gran yerro y feo ejemplo que cometia resistiéndose.»

«Guarden las leyes los que les tengan miedo, contestó con arrogancia; el castillo y la villa se defenderán por el Infante, pues hay aquí corazon para ello.» A lo que oido por D. Alvaro, arrójase sobre él, arrancándole la espada y tirándola á lo lejos, se abrazan, luchan y vienen al suelo. La cuesta era agria, y agarrados la rodaron uno sobre otro. Cada vuelco que daban alejaba mas al Castellano de su castillo, del que ya apercebidos, dispararon una nube de flechas y piedras, que á ambos igualmente amenazaban la vida.

Al estruendo vienen los de la emboscada, libran á D. Alvaro de los brazos del Alcaide, y queda este prisionero.

Aplaudieron los Caballeros el esfuerzo de su caudillo, entregóse la plaza, y no se derramó sangre.

Este y otros valerosos hechos llevó á feliz término el Maestre y Condestable; con los que si en un tiempo fueron ocasion de engrandecimiento y privanza, como el Rey era de corazon débil, falto de carácter y voluble en estimaciones, en otro ocasionaron su desgracia y ruina.

Entre tanto Castilla sufría los desórdenes y calamidades á que daban ocasion los dos bandos que disputaban la privanza del Rey.

Un Viernes Santo oia D. Juan el II en la catedral de Búrgos el sermon, medio cubierto con las cortinas del monumento. Un Fraile dominico predicaba, el cual, viendo entrar á Don Alvaro que iba haciendo las estaciones, dirigióse á él, y si

bien no le nombró, dijo tantas y tales cosas y tan alusivas al mismo, que el Rey hubo de hacerle una seña para que callase.

Sospechó D. Alvaro que las palabras del Reverendo no eran inspiradas por revelacion divina, sí por su criado Alonso Perez de Vivero, á quien habia prosperado al lado del Rey.

Rabioso de cólera, llámale á su casa, reconvíenele ásperamente, y poco despues, á la caida del sol, Vivero se encontró muerto al pie de la torre de la casa del Gran Maestre. Díjose que cayó con la baranda, á la que se afirmó al asomarse; mas fue fama que le arrojaron los servidores de D. Alvaro.

Fatigado estaba D. Juan II con los trastornos del reino; las exigencias de los de la liga; las necesidades del Maestre, y las súplicas de los Procuradores de las ciudades que pedian se sometiera á justicia á presentes y ausentes, oyendo á todos y cayendo inexorable la ley contra el que fuere criminal.

La Reina y el Infante habian adelantado mucho en la ruina del valido; resistiase el Rey, mas cediendo al fin, dió su mandamiento de prision.

Este era el primer paso que habia de llevar á D. Alvaro á la muerte.

Prendióle Estúñiga, y le encarceló en la villa del Portillo.

Padeció fuerza la justicia en manos de los letrados del Consejo del Rey, que examinaron la causa. Se deseaba su muerte, y fue sentenciado á ella.

Leyó el Rey la sentencia, la que estaba fundada «en que conocidos los hechos y cosas cometidas en descrédito y daño de la cosa pública de los reinos por el Maestre; haber sido usurpador de la Corona real, y tiranizado y robado las rentas, debia ser degollado.»

Tomó la pluma, y puso su firma.

D. Diego de Estúñiga fue encargado de llevarle á Valladolid, en donde habia de cumplirse la sentencia.

Rodeado de soldados y precedido por Estúñiga, cabalgaba D. Alvaro en una mula, silencioso y abismado en dolorosos recuerdos.

Cerca de la villa de Tudela, como casual encuentro, se allegaron dos Frailes franciscos, llamado uno Alonso de Espina, gran predicador y varon de virtud y ciencia.

Conocióle el Condestable, saludóle afectuosamente, y colocándose el Reverendo á su lado, siguieron el camino conversando.

Pronto las palabras del Padre dieron á conocer á D. Alvaro el fin que le aguardaba. Alzó los ojos al cielo, y «bendito tú seas, Señor, que riges y gobiernas al mundo,» dijo; y rogó á Espina no le abandonara hasta el trance de su muerte. De allí adelante comenzó á confesar con él sus culpas.

Era como al anochecer cuando llegaron á Valladolid, en donde pasó la noche ocupado en el arreglo de su testamento, distribucion de los bienes y las cosas de su alma.

Comenzaba á amanecer, cuando oida Misa y recibido el Señor, pidió unas guindas y pan, que comió, y bebió una taza de vino puro. Mientras se oía á lo lejos el continuado sonido de una campanilla, y la voz de «Hagan bien, por hacer bien por el alma de este hombre.»

Cuéntase que al entrar los primeros rayos del sol por la ventana de su cuarto, miróles tristemente, diciendo: «Hoy Luna feneces, pues entra el sol en tu cuarto.»

Habíase alzado en la Plaza Mayor un tablado, cubierto de paños negros. Desde muy temprano discurría la gente silen-

ciosa y como asombrada por las calles que desembocaban á ella, y las ventanas de las casas se llenaban de espectadores.

Llegó la hora, y abriendo con los cueros de las lanzas paso, llegó á la plaza por Cal de Francos y Costanilla la triste comitiva, con D. Alvaro, tranquilo y sereno al parecer, llevando á ambos estribos á los Religiosos franciscos.

Cada vez que el Pregonero decia: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey Nuestro Señor á este cruel tirano é usurpador de la Corona real: en pena de sus maldades, mandánle degollar por ello,» apretaba la mano á Espina, que le consolaba con bondadosas palabras.

Subió con pie seguro las gradas del patíbulo, quitóse el sombrero, dejándole en el suelo, vió á su fiel escudero Morales llorar amargamente, y sacándose una sortija, «toma, le dice, el postrimer bien que de mí puedes recibir.» Paseó luego dos veces el patíbulo, y fijándose en Barrasa, caballero del Príncipe, «ven acá Barrasa, le grita; tú estás aquí mirando la muerte que me dan: yo te ruego que digas al Príncipe, tu Señor, que dé mejor galardón á sus criados, que el Rey mi Señor mandó dar á mí.»

Adoró una Cruz, que alumbraban cirios amarillos, arregló su sayo, y visto que el Verdugo trataba de sujetarle las manos con un cordel, sacó una cinta, y le dijo: «Atalas, si te sirve, con esta.» Descubrió su cuello, confortáronle los Religiosos, pidió y dió paz al Verdugo, pasó con este las últimas prácticas, y un grito doloroso de la muchedumbre fue la señal de su muerte.

Cortada la cabeza, colocóse en un garabato, en donde permaneció nueve dias. Tres lo estuvo el cuerpo, teniendo en lu-

gar de ella una bacineta de plata para recoger la limosna de su entierro.

Así acabó D. Alvaro de Luna. ¡Oh grandes! podremos decir con el mas elocuente de nuestros historiadores (1), que os parece nacisteis naturales al imperio, ¡qué importa, si no dura mas de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

El Rey D. Juan el II no tardó en seguir al sepulcro á su amigo, privado y víctima.

(1) Melo de Portugal.

D. Rodrigo Manrique, Conde de Paredes.

Maestre de Santiago era D. Rodrigo Manrique, y estimado de los Caballeros de la Orden.

Liberal, prudente, esforzado: ni sus grandes rentas alcanzaban á cubrir sus gastos en cosas de guerra, ni servir podia en su casa hombre de armas con punto de cobardía. Preciábase de buen razonador, y de que sus criados participasen de su bélico ardimiento.

Su pasion por los buenos hechos en las cosas de las armas, le llevaba á hablar continuamente de ellas, refiriendo sus proezas. Era de mediana estatura, bien proporcionado; osado en la acometida; duro en la lucha; sereno en el peligro, y afamado como Caballero.

Rotas las treguas con el Rey de Granada, los tercios Castellanos marchaban hácia la ciudad de Huesca.

Habiase adelantado D. Rodrigo con los suyos, y llegado á ella, protegidos de la noche, acercaron escalas, y subieron silenciosamente á los muros. No fue lo bastante para que no se apercibiesen los Moros: tocan al arma, resuenan en la ciudad las voces de confusion y sorpresa; acuden á la defensa; mueren de una y otra parte; caen de los adarbes los salteado-

res; temen los Castellanos embestir de nuevo; acude Manrique; con palabras y ejemplo, reháceles; toma una escala, sube intrépido, llega al adarbe, pelea herido con pasmosa bravura, é imitado su ejemplo, prontamente las murallas se coronaron de Españoles.

Vencedores quedaron; mas difícil era sostener la victoria.

A grandes jornadas caminaba hácia Huesca el ejército que el Rey de Granada enviaba en su socorro. Regocijéronse los sitiados, no rendidos dentro de su misma plaza, y decayó el valor de los sitiadores, que se contaban pocos en número, cansados con la mucha fatiga, y asombrados con el gran ejército que venia sobre ellos.

Acudieron los Capitanes á su Caudillo, y rogáronle alzara el campo, no confiando á la fortuna de una hora su vida y la de sus huestes.

«No suele vencer, contestó Rodrigo, la muchedumbre de los Moros al esfuerzo de los Cristianos cuando son buenos. La fortuna del Caballero acrece, creciendo su esfuerzo. Si á estos Moros que vienen cumple socorrer el infortunio de los cercados, á nosotros toca permanecer en nuestra victoria hasta acabarla ó morir; porque si el miedo de los Moros nos hiciese desamparar esta ciudad, ganada con tanta sangre, justa culpa nos pondrian los Cristianos por no haber esperado su socorro, siendo mejor sean ellos culpados por no venir, que nosotros por no esperar.»

Callaron los Capitanes, y silenciosos volvieron á sus puestos.

Los dias pasaron, en los que los de D. Rodrigo resistieron con valor heróico el esfuerzo de unos y otros Moros, al cabo

de los cuales llegó el socorro que el Maestre esperaba, y amedrentados los enemigos, retiráronse los del ejército, y se entregaron los de la plaza.

Esta quedó por los Españoles, y el nombre de D. Rodrigo Manrique aplaudido por su virtuoso esfuerzo, constancia y sufrimiento.

Garci Gomez Carrillo.

Conquistado habia el Rey D. Alonso X la ciudad de Jerez de la Frontera del poder de Aben-Amer, y encomendado la guarda y tenencia del Castillo á un Caballero llamado Garci Gomez Carrillo, el cual en muchas y arriesgadas empresas, habia acreditado su valor y lealtad.

Años despues, rebelados algunos pueblos andaluces conquistados por D. Alonso, tornaron á los Moros, los cuales, creciendo en fortuna, sitiaron con poderoso ejército, acaudi-lado por el mismo Rey de Granada, á Jerez de la Frontera.

Larga fue la resistencia de Carrillo defendiendo la plaza; muchos murieron; mas era tanto su número, y las murallas tan débiles, que despues de una heróica resistencia, se apode-raron los Moros de la ciudad.

Ocupó Carrillo, con los pocos que le quedaban, el alcázar: noche y dia fue combatido: retiróse con cinco escuderos, úni-cos restos de aquellos valientes, á la torre Mayor, desde la que se sostenian con tanta obstinacion, que asombrado lo con-templaba el Rey granadino.

Uno tras otro murieron, hasta quedar solo el Alcaide.

Habia Mahomad mandado quemar las puertas de la torre: ardieron, mas al intentar penetrar por ellas, apareció Garci-Gomez, atentó á su defensa.

Los mas atrevidos pagaron con sus vidas. Carrillo, resuelto á morir antes que entregar el último fuerte que su Rey le tenia confiado, manteníase con fiereza en la desigual batalla.

Mahomad mandó á sus soldados le prendieran sin matarle.

Armáronse de garfios de hierro, puestos al estremo de largos palos, y con ellos trataron de trabarle.

No fue doblada aquella voluntad, resuelto á sufrirlo todo antes que rendirse. Tan atroces instrumentos despedazaban su cuerpo, corria su sangre, flaqueaban sus fuerzas, y al fin cayó moribundo.

Honró Mahomad á su ilustre prisionero, y restablecido de sus heridas, le envió á su Rey, quien le recibió mas como vencedor que como vencido.

El Conde de Rivadeo.

Jóven, pobre y abandonado de los suyos, dejó á Valladolid, su patria, Rodrigo de Villandrando, y se encaminó á Francia á tomar parte en la guerra y disensiones que la destruian.

Innumerables aventureros de todos los paises acudian á ella, y no faltaba Capitan que los admitiera en su capitanía.

Prontamente se distinguió Villandrando entre sus compañeros de armas, ya por su valentía, como por su apostura, récias fuerzas, y lo temible y hasta feroz de su ira. Desprendido del interés, aceptaba combates singulares cuando los enemigos los proponian; presentábase tranquilo, vencía al contrario, quitábale las armas, y las daba á su Capitan, sin esperar recompensa.

Estos hechos, que eran frecuentes, le ganaron honra, más tambien envidias.

Hubo al fin de abandonar la compañía, y extranjero, sin amigos, recursos, ni valedores, fue forzado á hacer la guerra por cuenta propia.

Arrojado en sus empresas, y favorecido de la suerte, atrajo á sí algunos soldados que se pusieron á sus órdenes; creció la fama de sus hechos, y con ella su osadía; nuevos soldados se afiliaron á su bandera, siendo tanto el número, que llegó á acaudillar diez mil hombres, con lo que fue el Capitan más poderoso de los que servian al Rey de Francia.

Comparado era por los enemigos á leon bravo en el estrago que hacia en las batallas, el que fuera de ellas reunia cuantas virtudes cumplen á un buen Caballero.

Un dia hallábase en la provincia de Guiana preparado á la batalla contra un famoso Capitan del ejército inglés, llamado Talabot, el cual estaba deseoso de conocerle, y así, le envió un Faraute á pedirle una entrevista á orillas del Lera. Concurrieron Villandrando y Talabot, y tomando el primero la palabra, le dijo: «Deseaba ver tu persona, pues tengo conocida tu condicion: ruégote ya que los hados nos condujeron á este lugar, comamos juntos sendos bocados de pan, y bebamos sendas veces vino, y luego será la ventura de la batalla como á Dios pluguiese y el señor San Jorge ayudare.» «Si otra cosa no te place, contestó el Español, esto por cierto no lo quiero hacer; porque si la fortuna dispusiese hayamos de pelear, perderia gran parte de la ira *que en la hacienda debo tener, é menos feriria mi fierro en los tuyos, membrándome haber comido pan contigo.*» Y volviendo su caballo, partió al galope.

Tal impresion causaron estas palabras en el ánimo de Talabot, que le decidieron á abandonar el campo, en el que Villandrando ocupaba mejor posicion, diciendo á sus Capitanes: «No es de pelear con cabeza española en tiempo de su ira.»

Honrado volvió á España el que habia salido de ella pobre aventurero. D. Juan el II le recibió en su servicio, y puso en él gran confianza. Revuelta Castilla, como desgraciadamente lo estuvo la mayor parte de este reinado, marchaba el Rey en una ocasion á Toledo, acompañado de Villandrando y unos pocos soldados; el ejército seguia rezagado. Llegaron á ella, más antes de entrar se cerraron las puertas, armáronse

los ciudadanos alzados en motin, y se declararon en abierta rebelion.

Contenia la poblacion gente de armas, sediciosa; conel Príncipe, contados soldados; el ejército, lejano; la ocasion de apoderarse de su persona, oportuna. Creiáse D. Juan vendido y prisionero de los de la ciudad, cuando Villandrando arma en un momento un palenque con tan buenas defensas en la Iglesia de San Lázaro, inmediata á los muros, que el Rey pudo estar seguro y sin temor alguno hasta la llegada de las huestes que le seguian.

Perpetuó D. Juan el II la memoria de este hecho, haciendo merced á D. Rodrigo Villandrando, Conde de Rivadeo, y sus descendientes, de la ropa que él y sus sucesores vistiesen el dia de la Epffania.

Las virtudes de este Caballero alcanzaron el reconocimiento de los Reyes que vinieron despues de D. Juan el II, y un nombre preclaro á sus descendientes.

El Conde de Alba de Liste.

Servia á los Reyes Católicos, como buen soldado y Capitan, D. Enrique Enriquez, Conde de Alba de Liste.

Experiencia, avanzada edad, corazon animoso, juicio seguro; el primero en acometer, sin que su lanza dejara que desear á su voluntad. Este era D. Enrique Enriquez, muy querido de D. Fernando y de doña Isabel, y fiel sostenedor de sus derechos al trono de Castilla.

Las pretensiones de D. Alonso de Portugal, desposado con doña Juana, hija de Enrique IV, y llamada la Beltraneja por los parciales de su tia doña Isabel, dieron lugar á las guerras que affligieron á Castilla en el principio del reinado de D. Fernando V de Aragon y doña Isabel, hermana de Enrique IV, conocido por el *Impotente*.

La funesta jornada para la causa de doña Juana y las armas portuguesas, conocida por la batalla Real, lo fue asimismo para D. Enrique Enriquez.

Acaudillaban los ejércitos los Reyes que se disputaban el trono de Castilla. Testigos fueron los campos de Toro y Zamora del valor portugués y castellano. Vencieron D. Fernando y doña Isabel, y volvieron las espaldas con gran desconcierto los Portugueses.

Habia peleado D. Enrique Enriquez, encontrándose do quiera que los enemigos cargaban con mas osadía, y ya en la

fuga andaba revuelto con ellos, tan olvidado de sí, que llegó al puente de Toro, metióse por él, viniendo en su acuerdo cuando se halló solo, rodeado de enemigos y amenazado por todos lados. Hubo de rendirse, y fue el único Caballero desgraciado del bando de Doña Isabel, que no pudo gozar de la alegría del triunfo.

Trataron los Portugueses de proponer á los Reyes Católicos algunos partidos de concordia, y habiendo conocido la limpieza de condicion de su ilustre cautivo, sacáronle de las prisiones y encargaron esta delicada mision, bajo su palabra, de volver luego al encierro.

Aceptó Enriquez, llegó á la Corte de España, cumplió su embajada; mas en vez de rogar su aceptacion por lo que le iba en ello, con grande virtud se esforzó en probar lo gravosas é inadmisibles de las proposiciones, y nuevo Régulo, sin hacer caso del sentimiento y lágrimas de sus amigos y deudos, tomó el camino de Portugal, dió cuenta de su cometido, y volvió á la fortaleza que le servia de cárcel.

En ella pasó tiempo, hasta que compadecida la Reina de su infortunio, lealtad y esclarecido linage, le hizo libre.

Volvió á España, y murió en su lecho, á los setenta y cinco años de edad, estimado de sus Reyes, llorado de sus amigos y alabado de todos.

Antonio Fonseca.

Estaban las cosas de la cristiandad en el año de 1494 en aparente quietud y sosiego. Alejandro VI, antes Rodrigo de Borja, hombre de letras, valeroso, y de gran experiencia, ocupaba la Silla Pontificia.

En Francia reinaba Carlos VIII, joven, é impaciente de dar á su nacion mayor renombre y grandeza. Sentábanse en el trono de España los Católicos Reyes D. Fernando y Doña Isabel, y en Milan sufría Juan Galeazo la cruel tutela de su tio Ludovico Sforza, quien no ocultaba su proyecto de alzarse con el Ducado.

Hija era de D. Alonso, duque de Calabria y Príncipe heredero del reino de Nápoles, la esposa del desgraciado Juan Galeazo: quejábase á su padre de los malos tratamientos que sufrían de Sforza, y cansado D. Alonso de reconvenirle sin fruto, le amenazó con las armas.

Temió Sforza, resolvió en su imaginacion un medio para burlar la cólera de D. Alonso, puso sus ojos en Carlos VIII, y túvose por salvo y vengado. Envióle un Embajador para decirle: «Que se acordara del derecho que tenia al reino de Nápoles por haber sido declarado heredero su padre Luis XI por el último duque de Audegavia, cuyo derecho tenia á aquel reino por adopción de la Reina Juana, ofreciéndose á ayu-

darle en la empresa, y asegurándole hallaría buen aparejo en Italia.»

Halagaron estas razones á Carlos VIII. En su fogosa imaginacion vió cerca de realizarse sus sueños de gloria; oyó disgustado la opinion contraria de sus mas fieles servidores, y se resolvió á la empresa. Renovó la paz con Maximiliano César; concertóse con Enrique VII de Inglaterra; restituyó Perpiñan á los Reyes Católicos, haciendo con ellos liga perpétua, y dejando asegurado su reino, ordenó su ejército, y entró en el Delphinado.

En Turin, Aste, Pavía, Florencia, Sena, Viterbo abriáanse las puertas, y obsequiábanle con aclamaciones y festejos.

Ya en este tiempo habia muerto en Pavía el desventurado Juan Galeazo, segun se dijo, de unas yervas dadas por Ludovico Sforza, y jurado D. Alonso, Duque de Calabria, Rey de Nápoles.

Dirigíase en su carrera triunfal Carlos VIII á Roma; temió su llegada Alejandro VI; mas forzado de la necesidad, envióle Embajador, ofreciéndose á recibirle como Rey Cristianísimo.

Asegurole al Papa que su ida á Roma era pacífica; mas ensoberbecido con lo llana que se le presentaba la conquista del reino de Nápoles, y con su mocedad y falta de experiencia, entró en Roma, enseñoreose de ella, dió libertad á la licencia de los soldados, huyeron los Cardenales, encerrose el Papa en el castillo de *Sant-Angelo*, y Dios libró á la Ciudad de todas las naciones de ser saqueada.

Embajador de los Reyes Católicos, junto al de Francia, era Antonio de Fonseca, el cual andaba mal contento y agraviado con lo que Carlos VIII habia hecho en disminucion de la majestad pontificia, hacerse tan sin resistencia Señor de Ita-

lia, y peligro que corria Sicilia con un vecino tan poderoso.

Habia abandonado ya el ejército á Roma, y hallábase en Veletri, cuando llegando Fonseca á la Cámara del Rey, pidióle mandase juntar sus Capitanes y personas de cuenta, porque tenia que proponer cierto negocio de parte de sus Reyes.

Cárlos VIII holgó de ello, llamó á los Capitanes, y venidos al negocio, comenzó Fonseca á hablar por semejante manera: «Mucho me maravillo, Serenísimo Príncipe, que siendo Vuestra Alteza un Rey tan cristiano y católico, que cuando comenzastes la jornada en que ahora vamos, echastes fama que querias hacer guerra al Turco, hayais hecho tan notable agravio al Sumo Pontífice, tomando las fuerzas de Ostia y Civitavecchia, llevando poco menos que preso al Cardenal César Borja, y atemorizando con el estrépito de las armas la Santa Ciudad y el venerable Colegio de los Cardenales. Quiero que sepa y tenga por cierto Vuestra Alteza y entiendan todos los que me oyen, que cuando el Rey mi Señor hizo paz con Francia (recibiendo el condado del Rosellon, que era suyo), dió su fé y palabra de no pasar con armas los montes Pirineos mientras los Franceses se detuvieran en Italia; mas nunca pensó que daba su fé y palabra, para que tuviesen aparejo y libertad de perturbar el estado y quietud de la Santa Iglesia romana. Y pues las cosas han llegado á términos que ya no se pueden con paciencia disimular, no se maraville nadie, si de parte del Rey mi Señor viniera alguna novedad. Porque no hay sufrimiento, ni basta paciencia para ver como la Sacrosanta Ciudad de Roma haya estado á punto de ser saqueada y cautiva de los Franceses, y el Sumo Sacerdote y Colegio puesto en huida.

»El Rey mi Señor siempre tuvo entendido (y así lo entendimos todos), que si alguna diferencia ó debate habia entre Francia y los Reyes sus primos sobre el reino de Nápoles, se debia de averiguar por justicia ante el Sumo Pontífice. Y según esto, no es posible pueda el Rey mi Señor pasar en disimulacion una injuria tan notable como se hace á sus deudos cercanos, ni que deje de favorecerles en todo lo que pudiere.»

Aquí llegaba el Embajador español de su razonamiento, cuando, inquietos y sin paciencia para mas oírle, comenzaron los Capitanes franceses á bravear y hablar á la vez, con palabras y ademanes amenazantes á Fonseca. «Que no pensara—le decian—el Rey de España que les faltarian armas y razones para defender lo que hacian, y cobrar el Reino de Nápoles, que les pertenecia, confundiendo la furia de quien se lo tenia tiranizado. Y que si al Rey D. Fernando le parecia que debia favorecer á sus parientes y romper la paz capitulada con la Francia, lo hiciera en hora buena, pues de ello tendrian poco pesar, no pasando muchos dias antes de que los Españoles probasen las ventajas que habian en el campo los hombres de armas de Francia á los ginetes moros de Granada, con quienes ellos acostumbraban á pelear.»

Replicó Fonseca, irritáronse mas los Capitanes, se encendió el negocio, hasta que el Embajador castellano, alzándose, y revestido de toda la fiereza española, arranca de su seno las capitulaciones otorgadas y firmadas por los Reyes de Francia y España, y desgarrándolas altivo, arroja al suelo los pedazos y sale del Ayuntamiento.

Requirió á seguida con Escribano público á los Capitanes españoles que andaban en servicio de D. Carlos para que den-

tro de tercero día de jaran el campo, sopena de ser tenidos por traidores á su Rey, y sin mas, dió la vuelta para su patria.

Esta hazaña del Embajador Antonio de Fonseca fue ocasion de las jornadas de Italia, en las que las armas Españolas se cubrieron de laureles en el Garellano y en los campos gloriosos de Cerinola.

El Marqués de Pescara.

Dejó la Côte Francisco I, confiando el gobierno de la Francia á su madre, Madama Luisa, y con doce mil soldados suizos y alemanes; diez mil franceses é italianos; dos mil hombres de armas y otros tantos archeros, entró en Lombardia con ánimo de apoderarse de los Estados de Milan y Señoríos de Aste y Génova que pretendia le pertenecian, contra la posesion y derechos del Emperador Cárlos V.

Cárlos de Lanoy, Virey de Nápoles, luego que supo las intenciones del Francés, envió á Antonio de Leiva con algun número de Españoles y Alemanes de presidio á Pavía, y él, el Duque de Borbon y el Marqués de Pescara, reuniendo las tropas imperiales, que así se llamaban las de Cárlos V (Primero en España), caminaron á Milan con ánimo de defenderla.

El mal aparejo de sus fortificaciones les obligó á retirarse á Lodi, ciudad de Lombardia, quedando en ella Pescara, el Virey en los lugares de la Xeravada, y el de Borbon marchó á Alemania á reclutar gente.

En el entretanto llegaron los Franceses á los campos de Pavía, sitiaron la ciudad, y se estendieron hasta las inmediaciones de Lodi.

Salía Pescara con sus tres mil Españoles á escaramuzar

con los Franceses. Haciales algaradas; mataba algunos y pillábales botin. Mas ni esto les escarmentaba, ni por ello le temian, antes al contrario, burlábanse de los Españoles con muestras de gran desprecio.

Un dia apareció una cédula en Maestre-Pasquin de Roma, que decia : «Quien quiera que supiere del campo del Emperador, el cual se perdió entre las montañas de las riveras de Génova pocos dias há, véngalo manifestando, y le darán buen hallazgo. Y donde no, sepan que se lo pedirán por hurto, y se sacará cédula de excomunion sobre ello.»

Sintió el de Pescara el insulto, y ofreció en su ánimo tomar de él venganza.

Era como la hora de prima cuando llamó á sus Capitanes, mandándoles que sin ruido de atambor recogiesen las tropas en el castillo.

Armóse con esmero, y marchó al castillo, al tiempo que la campana daba la hora de las nueve.

Los Capitanes habian cumplido sus órdenes.

Prevenidos y bien dispuestos encontró á todos; mandó vistieran camisas sobre los arneses, y sin pérdida de momento hizo bajar el puente levadizo que daba al campo, y salir por él sin decir á dónde ni á qué iban.

La estrechura de la puerta les obligaba á empujarse con la prisa que todos llevaban, dando ocasion á que Pescara, con semblante alegre, les dijera: *No os mateis; salid paso á paso, hijos y hermanos míos, pues para todos hay en el despojo.*

La noche estaba oscura: la nieve caida durante el dia, habia borrado las señales de los caminos: el viento soplaba con fuerza: el frio helaba las manos, que apenas podian sujetar las armas: en la nieve quedaban agarrados los zapatos,

con lo que muchos andaban descalzos. Un ancho rio cruzaba el camino, agua á los pechos lo vadearon, sin que una palabra de descontento se oyera entre aquellos sufridos soldados. Pescara marchaba á su frente, entreteniendo con sus graciosos chistes á los que llevaba mas cercanos, y así, despues de cinco leguas de camino, llegaron á Melgar poco antes de romper el dia.

Cercado estaba este pueblo de mediano muro, con torreones y dos fosos, y de presidio, las compañías de Gerónimo y Jacobo Tribulais, Capitanes de gente de armas del Rey de Francia.

Esperó Pescara á que se reunieran los suyos, y poco despues se oyó una trompeta en la plaza que tocaba á cabalgar. Era de una compañía que iba á salir á recorrer la tierra.

Razon es, dijo Pescara con gran desenfado, *pues estos Caballeros quieren cabalgar, que nosotros, como infantes, les vayamos á calzar las espuelas.*

No fueron acabadas estas palabras, cuando marchando en tropel, mas con sileneio, pasan los fosos, llegan á los muros, afirman en ellos las lanzas, y unos por ellas, y otros gateando y como podian, agarrándose á los adarves, ocupan el muro.

Tocan los centinelas con furia al arma; las trompetas de la plaza contestan á ella; los Caballeros se arman con presteza; acuden unos al peligro, otros á sus compañías; crece el estruendo; corre la sangre: *España, España y Santiago* gritan los de Pescara, entrando con ímpetu por las calles: los Franceses salen á su encuentro; pelean, ceden los de Francia, vence la encamisada, y queda prisionera la guarnicion.

No tardó en recoger Pescara su gente, y sin mas dilacion

regresó á Lodi cargado con el botin y custodiando á los prisioneros.

Pocos dias despues apareció otro escrito en Maestre-Pasquin, el cual decia: «Los que por perdido tenian el campo imperial, sepan que ya es parecido. El cual pareció en camisa un dia en amaneciendo, muy helado. Y con ser de esta manera, se llevaban en las uñas doscientos hombres de armas y otros tantos infantes. ¡Qué harán cuando ya vestidos y armados salieren al campo!» Grande disgusto causó á Francisco I este acontecimiento; mas con arrogancia, nacida en esta ocasion del despecho, llamó á un trompeta, y le dijo: «Vé, y dile á Pescara, que le ofrezco doscientos mil ducados si quiere salir á dar batalla.» Oyó el Marquez la embajada, y contestó á ella: «Decid al Rey que si dineros tiene, que los guarde, que yo sé que le serán bien menester para su rescate.»

Dias despues el campo imperial y el francés estendianse uno frente al otro á la vista de Pavia.

Recorria Francisco I sus brillantes escuadrones, armado de finisimo acero, adornado con sayo de brocado y terciopelo morado, plumas amarillas y moradas en el almete, y un cenital que de él caia, con esta letra: *Ista vice, et non plus*.

El ejército imperial moviase pausadamente, ordenándose segun los caudillos tenian dispuesto.

El Virey Lanoy lucia riquísimo arnés; no lo siendo menos el de Borbon, el cual andaba animado esperando en aquel dia una venganza largo tiempo deseada.

Micer Jorge revistaba á sus Tudescos, mientras el gallardo Marques del Vasto, y el impetuoso y desgraciado de Civita de Sant-Angel, se preparaban á entrar los primeros en el combate.

Sobresalia entre todos el muy noble Marques de Pescara, vistoso con sus calzas de grana, jubon carmesí, camisa rica de oro y perlas, y cabalgante en su *Mantuano*, caballo que tenia en mucha estima.

Las picas francesas é imperiales no tardaron en encontrarse, trabóse la batalla, y el estruendo, polvo, voces y carniceria, lo envolvió todo.

«Ea, mis leones de España (decia Pescara á sus arcabuceros, terribles por sus rociadas), hoy es día de matar la hambre que de honra siempre tuvisteis.» Y dando por sí ejemplo, metiose entre los Franceses, sembrando la muerte por donde pasaba.

En lo mas revuelto del combate vió en tierra una lanza de hombre de armas, y pidiéndola, la puso en la cuja; mas arrojándola prontamente, «quita allá ese embarazo» dijo, y requiriendo la espada, entrose en los enemigos.

Gran espacio de tiempo era pasado, y como nadie le veia, creyéronle muerto sus soldados; con lo que el sentimiento, trocado en aquella ocasion en ira y rabia, al grito de venganza caen sobre los enemigos decididos á morir matando.

Revuelto entre un escuadron frances que se desbandaba, salió Pescara, relinchó *Mantuano*, y cayó muerto pasado de heridas. Pescara tambien lo estaba. De su rostro y brazo derecho corria la sangre; mas no causaban temores estas heridas, si un mosquetazo recibido en el pecho, que se creyó le hubiera atravesado. El proyectil no le habia dañado: renace la alegría en los soldados, pide nuevo caballo, y vuelve al combate.

Perdida llevaban la batalla las armas francesas: crece el arrojo de los imperiales; resuena en todas partes el grito de

España y Santiago; aumenta la confusion, temor, espanto en los Franceses. Huyen los unos; mueren los mas; se rinden muchos. Quedó el Rey de Francia prisionero, y Pescara, hincadas ambas rodillas en el suelo, le pidió las manos para besárselas.

Vasco Nuñez de Balboa.

Yo me acuerdo, que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte de Occidente saltamos en tierra, donde encontramos un gran río, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponía yerba en sus flechas.

Así decía un soldado de los aventureros de Fernando de Enciso, hablando á sus compañeros náufragos, en la desgraciada expedicion al golfo de Urabá.

Desde que Colon descubrió la tierra firme de América habian pasado doce años, y aun los Españoles no tenian un establecimiento permanente en ella.

Rodrigo Bastidas, Alonso de Ogeda, Diego Nicuesa se esforzaron en sentar su planta en aquella tierra inhospitalaria, por la braveza de su mar y el carácter guerrero é indomable de sus habitantes.

Hecha pedazos contra un bajio la nave que capitaneaba Enciso, y salva milagrosamente la tripulacion, arribó á Urabá, en donde turbas de Indios armados de saetas enhervoladas y con gran griteria los aguardaban.

Clamaban al cielo los infelices náufragos pidiendo su

España y Santiago; aumenta la confusion, temor, espanto en los Franceses. Huyen los unos; mueren los mas; se rinden muchos. Quedó el Rey de Francia prisionero, y Pescara, hincadas ambas rodillas en el suelo, le pidió las manos para besárselas.

Vasco Nuñez de Balboa.

Yo me acuerdo, que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte de Occidente saltamos en tierra, donde encontramos un gran rio, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponía yerba en sus flechas.

Así decía un soldado de los aventureros de Fernando de Enciso, hablando á sus compañeros náufragos, en la desgraciada espedicion al golfo de Urabá.

Desde que Colon descubrió la tierra firme de América habian pasado doce años, y aun los Españoles no tenian un establecimiento permanente en ella.

Rodrigo Bastidas, Alonso de Ogeda, Diego Nicuesa se esforzaron en sentar su planta en aquella tierra inhospitalaria, por la braveza de su mar y el carácter guerrero é indomable de sus habitantes.

Hecha pedazos contra un bajío la nave que capitaneaba Enciso, y salva milagrosamente la tripulacion, arribó á Urabá, en donde turbas de Indios armados de saetas enhervoladas y con gran griteria los aguardaban.

Clamaban al cielo los infelices náufragos pidiendo su

Escoge ciento noventa soldados, les da cuenta de la carta de su amigo, y con la energía de su palabra, decídeles á la expedición y á arrostrar sus consecuencias, hácese á la mar, y pierden de vista la colonia.

Desembarcaron en el puerto de Careta, y siguiendo las instrucciones del hijo de Comogre, y precedidos de algunos Indios adalides, atraviesan la lengua de tierra que divide las dos Américas.

Adelante siempre, vencen ejércitos, cruzan rios, salvan precipicios, ábrense paso por enmarañados bosques, y llegan al fin deseado.

El mar Austral, sereno y apacible, con sus mansas y rizadas olas, surcado de canoas servidas por Indios, con remos incrustados de piedras preciosas, apareció á su vista. Tendió Balboa hácia él sus brazos, se arrasaron con lágrimas sus ojos, y cayó de rodillas.

Los soldados, como el caudillo, en religioso silencio contemplaron el maravilloso descubrimiento.

Poco despues la mas cordial alegría reinaba entre aquellos intrépidos aventureros. Gloria, Religion, patria, riquezas, todo lo mezclaban y referian y confundian, abrazándose con el contento.

Ondeó el estandarte de España; con él en la mano entró Balboa en el mar, tomando solemnemente posesion, á nombre de los Reyes de Castilla.

Poco mas de cuatro meses eran pasados, cuando ya de regreso el 19 de enero de 1514, los recibia el Darien con aplausos y festejos.

Quién ponderaba su entereza de ánimo nunca abatido, pe-

netracion, acierto y audacia; quién le calificaba de domador de montes, pacificador del Istmo y descubridor del mar Austral.

Parabienes, alegrías, fiestas, contento: nadie, sin embargo, sospechaba que un hombre llamado Pedrarias Dávila, viejo, achacoso, altanero, miserable en pensamientos nacidos de la envidia que le corroía y atormentaba, nombrado en la Córte Gobernador de aquella provincia, había de convertir en lágrimas tan justas y merecidas satisfacciones.

Recibida en España la nueva del descubrimiento, y borrada la impresion que causaron las quejas de Enciso, fue nombrado Adelantado del Mar del Sur, Gobernador y Capitan general de las provincias de Coiba y Panamá. Mas Pedrarias, envidioso de su gloria, y temeroso de su poder, tenia decidido acabar con él á todo trance. Procuró apoderarse de su persona; guardóse los títulos con que la Córte premiaba sus servicios; formóle proceso, y haciendo su oficio la calumnia, fue sentenciado á muerte, sin admitirle apelacion ante el Emperador y Consejo de Indias.

Hasta el mismo Espinosa, Juez hechura de Pedrarias, compadecido, aconsejó se le otorgara la vida por sus buenos servicios. *No*, contestaba el inflexible Gobernador; *si pecó, muera por ello*.

Llegó el dia fatal y la hora señalada para el suplicio. Lloraba el pueblo y dábale el último á Dios, que tranquilo y resignado recogía. Gritó el pregonero: «Por traidor y usurpador de las tierras de la Corona se le impone esta pena.» Alzó los ojos tristemente al cielo, al oírse llamar traidor, y protestó que «jamás había tenido otro pensamiento que acrecentar al Rey sus reinos y señoríos.» Cumplióse la sentencia; clavóse en

una escarpia la cabeza; maldijo en silencio el pueblo á Pedra-
rias, y perdió España un hijo merecedor de otro destino.

Así acabó Vasco Nuñez de Balboa, pudiendo decirse con el
ilustre Zurita, que—*Es fuero de Aragon* (y tambien de Cas-
tilla) *pagar con ingratitudes á los que mas se distinguieron*
en servicio de su patria.

Cristóbal Colon.

Ocupados estaban D. Fernando y Doña Isabel en la conquista de Granada, cuando á fines del año 1484 se presentó en la Córte un extranjero solicitando una audiencia de los Monarcas.

Era Genovés, y se llamaba Cristóbal Colon.

Majestuosa presencia, rostro atezado, frente despejada, la mirada viva, buenos modales y un todo noble y expresivo, no revelaban su humilde nacimiento y su modesta fortuna.

Cansado de visitar Córtes de Europa, llegaba á España á ofrecer á sus Monarcas un mundo desconocido.

Presentado á los Reyes, hablóles con sencillez de su proyecto. Mas era tan maravilloso, que absortos le oian Don Fernando y Doña Isabel, hasta que, exaltada la imaginacion de la Reina, rodaron por sus mejillas las lágrimas.

Colon habia herido el corazon de la gran Matrona.

Poco era á los ojos de la piadosa Isabel añadir á sus inmensos dominios otros mas; pero mucho la idea de abrir de par á par á un nuevo pueblo las puertas del cielo.

Concibió Colon halagüeñas esperanzas, y contento se retiró de la presencia de los Reyes.

No eran todavía conocidas las leyes de la gravitacion universal, ni estaba resuelta la cuestion de la redondez de la tierra; así que su teoría de ir á las Indias por el Occidente, dando

la vuelta al mundo, no es extraño se calificara de quimérica é impracticable.

Contrariedades, cansancio y disgustos sufrió con el parecer de los sabios: oyéronle nuevamente los Reyes, y se resolvieron á la empresa.

Vacias estaban las arcas de Aragon; mas abiertas las de Castilla, sufragaron los gastos.

Un viernes, dia 3 de agosto de 1492, tres ligeras carabelas, prontas á levar áncoras, se hallaban en el puerto de Palos.

Los 120 hombres que las tripulaban, ocupaba cada cual su puesto, en tanto que Colon daba su último adios á su buen amigo é infatigable protector el Guardian de la Rávida.

«Hijo mio, le decia este ; tu confianza es digna de tu gran corazon; mas si esta se frustrara, acuérdate de Fray Juan Perez y su convento de la Rávida; en él encontrarás quien te reciba con los brazos abiertos.»

Poco despues las velas, agitadas por el viento, movieron majestuosamente la *Niña*, la *Pinta* y *Santa Maria*, mandadas por Cristóbal Colon, Almirante en las aguas del Océano.

Era ya la caída de la tarde: doradas se veian las aguas por los rayos del sol, que parecia como que se reclinaba muellemente en ellas. El mar, tranquilo, levantaba pequeñísimas olas, que suaves, sordas y monótonas, herian los costados de los buques. Condensábanse los vapores con la venida de la noche, y figuraban ciudades, ejércitos que se movian y batallaban, ó bien praderas y montes, que causaban gran ilusion.

El viento hinchaba poco despues las lonas, y las quillas dejaban tras sí una cinta de blanca espuma.

Entretenida estaba toda la tripulacion con tan magnífico espectáculo, cuando la campana anunció la hora de la oracion.

Grata á los ojos de Dios debió ser aquella *Ave-Maria*, rezada por los valientes marinos, que entre los cielos y el gran Océano llevaban la Cruz de la Redencion á un mundo desconocido.

La noche cubrió de oscuridad las aguas, y tras esta vino el dia, y así fueron pasando otros de peligros y de inquietud, en los que desmayaron los ánimos, nació el temor, el descontento, y por fin, el miedo.

Nada era ya el entusiasmo comunicado por Colon á sus subordinados; la gloria de la empresa; la codicia de riquezas; la obediencia debida al Almirante.

Unos clamaban al cielo; derraman lágrimas otros, invocando á sus hijos, padres, esposas; resistíanse á obedecer muchos, como si la muerte la tuvieran cercana; desesperábanse algunos, y no faltaban reunidos en corrillos y hablando con gran secreto. Estos conspiraban, álzanse en motin, y armados y rugiendo de cólera, corren en busca del Almirante al grito de muerte, que resuena de uno en otro buque.

Crítica era su situacion: sus sueños de grandeza; la confianza de los Reyes en él puesta; su constancia y sufrimientos; su honra y ciencia, todo iba á acabar en un momento, y quedar con él hundido en el Océano.

No tiembla, sin embargo; preséntase á los turbulentos, crúzase de brazos, y confundidos y avergonzados ante su severa mirada, retroceden silenciosos.

Colon habia vencido.

Calmáronse poco á poco, y volvieron á la obediencia.

La tierra no debía estar ya lejana, segun sus cálculos, y no lo estaba, en efecto. Con alegre sorpresa vióse un pájaro de pintadas plumas que vino á posar en la arboladura de *Santa*

María. Recibióse como buen mensajero, y alegres todos, y deseoso cada cual de ser el primero en descubrir la tierra, colocábanse en los puntos desde donde creían verla mas prontamente.

Algunas horas eran pasadas, cuando la *Pinta* anunciaba con un cañonazo á sus compañeras que habia descubierto tierra.

Cien cañonazos contestaron y atronaron los cielos, y el grito de *viva Colon y España*, mezclóse con el estruendo.

Los sabios de Europa estaban vencidos: el loco, el pobre Genovés, ponía en manos de los Reyes de Castilla y Aragon el mundo que fue á descubrir.

Amaneció el dia, alegró el sol los cielos y embelleció la tierra. Las costas ignotas se mostraron vestidas de verdura á los ojos de los Españoles.

Dejaron sus nidos los pájaros, y los moradores huyeron con espanto á la vista de las empavesadas carabelas.

Saltó á tierra Colon, besóla y dió gracias á Dios. Alzó el pendon de Castilla; tomó posesion por los Reyes Católicos, y llamó San Salvador á aquella isla, la primera descubierta.

.....

II.

Recibieron los Reyes á Colon en Barcelona, y maravilláronse con la relacion de su viaje. Extendióse la feliz nueva, y la admiracion hácia el hombre que tanta gloria habia dado á España. Muchos quisieron acompañarle en su segundo viaje, ya llevados de la curiosidad, ó seducidos por la codicia del oro.

Prontamente se poblaron de Españoles las islas descu-

biertas; mas como el afan de los mas era enriquecerse en corto tiempo, disgustáronse de Colon, su Virey, quejáronse y murmuraron, despreciaron sus mandatos, y acabaron por calumniarle ante la Córte.

Memoriales hábilmente fabricados en contra suya por los colonizadores y presentados á D. Fernando y Doña Isabel por officiosos cortesanos, vencieron al fin el ánimo de los Reyes Católicos.

Nombrese á Bobadilla, noble mercenario, tipo de insolencia, estupidez y orgullo, de Comisario para que averiguara la verdad de las acusaciones y entendiera en las cosas de las colonias.

Poco tardó en pesar á los Monarcas el poco acierto de su eleccion.

Llegado Bobadilla á Santo Domingo, publicó solemnemente el oficio de que estaba revestido, y atribuyéndose facultades que no tenia, manda comparecer ante sí á Colon, pónele esposas y grillos, y negándose á oirle, le encierra en una cárcel.

Aprestose un navío, al mando de Villejo, para llevarle á España; señalose dia para la partida, dejó Colon á Santo Domingo, fatigado con los hierros que le aprisionaban, y el pueblo, las riberas fueron desapareciendo, hasta ocuparlo todo el Océano y el cielo.

Colon permanecia en silencio, miraba de vez en cuando las esposas que le sugetaban, y una bondadosa mas amarga sonrisa se descubria en sus labios. Acercose Villejo, y con cariñoso afecto trató de quitarle los hierros; rechazole suavemente Colon, y despues, contestando mas bien á sus pensamientos que al buen servicio de Villejo, con voz reposada y

sentida, dijo: *Sus Majestades me mandan obedecer las órdenes de Bobadilla; él, apoyado en su autoridad, me ha cargado de hierros; yo los llevaré hasta que sus Majestades manden otra cosa: luego, los guardaré como recuerdo de mis servicios y de mis infortunios.*

Nunca apareció mayor la sublimidad de su alma que al pronunciar esas pocas palabras, amarguísima reconvención, y señalada muestra de lo que valen, hasta que juzga la historia, los aplausos y grandeza del mundo.

El Marqués de Llombay.

Diez y ocho años, gentileza de cuerpo, hermoso rostro, enemigo de lisonjas, condicion afable, claro entendimiento, presto ingenio, mas maduro y reposado, eran cualidades que sobresalian en Francisco de Borja, viznieto de D. Fernando el Católico, é hijo de los Duques de Gandía.

Presentado en la Córte, agradaron sus buenas condiciones á los Monarcas D. Cárlos I y Doña Isabel: hiciéronle Marqués de Llombay, Caballerizo mayor de la Emperatriz, y casáronle con una dama llamada Doña Leonor de Castro.

No tardó en moverse la guerra de la Provenza, á la que acompañó Llombay al Emperador.

Bien acreditó su valentía en esta campaña, en la que no hubo Caballero que no cumpliera como bueno. En ella, y no lejos de Frejus, lloró la heróica muerte de su fiel amigo Garcilaso de la Vega, Capitan bravo y entendido, al par que dulce regocijo de las Musas.

Vengó el César su muerte, y acabada la campaña, volvió el de Llombay al lado de su esposa y al servicio de la Emperatriz.

Celebraba poco despues D. Cárlos Córtes en Toledo, amezadas con fiestas y torneos, cuando sobrevino la muerte de la Emperatriz. Lamentola el Rey; acabáronse los regocijos, y entristeciose la ciudad. Era dia 1.º de mayo de 1539.

El de Llombay recibió el honroso cargo de conducir el ré-
gio cadáver á Granada. Llegó á ella , hizo la solemne entrega,
abrióse la caja , y asombrados, retrocedieron los presentes á
vista del ya descompuesto cadáver : el de Llombay no se atre-
vió á afirmar ser la misma Emperatriz.

Acabose la ceremonia , y marcharon Clero y Caballeros , y
quedó el Marqués á solas : inmóvil, fijos los ojos en su Reina , á
la que como leal súbdito había amado , y dando desahogo á su
pecho , comenzó á decirle , mezclando sollozos á las palabras :
« ¡ En dónde está , sacra Majestad , el resplandor y alegría de
vuestro rostro ! ¡ Vos sois aquella Isabel que tanto ha elogiado
la fama su gentileza y hermosura ! ¡ Reina y Señora mía ! ¿ qué
se ha hecho de la animacion de vuestros ojos , la dulce sonrisa
y aquella palabra tan llena de majestad ? ¡ Todo ha acabado !
¡ Desapareció tanto atractivo ! ¡ Solo queda lo que á todos los
mortales , podricion y miseria !... » Así decia el fiel servidor de
la Emperatriz , cuando haciendo Dios una mudanza en su co-
razon , le imprimió aborrecimiento á lo mundano , y deseo de
conocer las cosas verdaderas.

Desde aquel dia su pensamiento fijóse en Dios para ja-
más dejarle.

Murió el Duque su padre , luego su esposa , y retirado á
Gandia , encontróse con el maestro Fabro , el primero de los
compañeros que tuvo en Paris , Ignacio de Loyola , y que á la
sazon se ocupaba en fundar un colegio : conferenció con él ,
y se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus.

Escribió al Emperador , que entonces estaba en Alemania ,
pidiéndole permiso para ello , y poniendo bajo su proteccion á
sus hijos , quien contestando con estas letras , le otorgó el
permiso :

Ilustre Duque primo: Con Gaspar de Villalon, vuestro criado, recibí vuestra carta. Y aunque la determinacion que me escribís que teneis de recogeros, para trocar lo del mundo y tierra por lo del cielo, es santa, y no puedo dejar de loarla, no se escusa que no la sienta como es de razon. Mas el sentimiento no estorbará el daros la graciosa licencia que me pedis de renunciar en D. Cárlos vuestro hijo el Estado: que esta yo huelgo de darla de voluntad. Y entiendo, que de lo que emprendeis hacer, tendreis más envidiosos que imitadores; porque el teneros envidia cuesta poco, y el seguiros mucho. En dejar vos á vuestros hijos, me obligais á que yo mire por ellos, y así lo haré en lo que se ofreciere; porque su madre nos lo mereció y su padre no lo desmerece, ni creo que ellos perderán por su parte lo que sus padres les ganaron. Guéelos Dios Nuestro Señor, ilustre Duque, y encomendadle mucho los nuestros y las cosas de la cristiandad en vuestras oraciones.—De Augusta, 12, febrero 1551.»

Leida la carta, oró postrado en tierra.

.....

Años eran pasados, cuando en una humilde celda del monasterio de Yuste, provincia de Plasencia, se hallaban reunidos, y en animado coloquio, un monje venerable y un sacerdote, que por su traje indicaba ser Jesuita.

—*De mí os se decir*, interrumpió el monje, *que con las enfermedades ordinarias no puedo hacer las penitencias que deseo; pero sobre todo, me parece que estoy imposibilitado de dormir vestido.*

—*Las muchas noches que V. M. veló armado*, —contestó el Jesuita, —*han sido causa que ahora no pueda dormir vestido. Pero hagamos gracia á nuestro Señor, que tiene Vues-*

tra Majestad merecido mas en haber pasado las noches armado defendiendo su fé y Religion, que merecen muchos Religiosos por dormir vestidos de cilicios en sus celdas.

—*Acordais, añadió el monje, variando la conversacion, y poniendo la mano cariñosamente sobre el hombro del Jesuita, que os dije el año 1542 en Monzon, que habia de retirarme y hacer lo que he hecho.*

—*Muy bien me acuerdo, Señor.*

—*Pues sabed cierto que no lo he dicho á nadie sino á vos y á...*

—*Bien entendí el favor que V. M., me hacia en decirme lo que entonces me dijo; y así he guardado el secreto, y no lo he dicho á nadie; pero ahora, bien me dará V. M. licencia que lo diga.*

—*Ahora que ya lo he hecho, bien lo podeis vos decir.*

—*Tambien se acordará V. M., que en aquel mismo tiempo yo le dije la mudanza que pensaba hacer.*

—*Teneis razon, que bien me acuerdo. Bien hemos cumplido ambos nuestras palabras.*

El Emperador Carlos V, aquel que en sus dominios jamás se ponía el sol, vestido de toseco sayal, amigablemente compartía con su antiguo Secretario y Caballerizo mayor de la Emperatriz, Francisco de Borja.

Llama la historia héroe al primero; la Iglesia, Santo al segundo.

Hernan Cortés.

El Nuevo Mundo era en 1504 campo vastísimo á la ambición de los Españoles. Lo reciente del descubrimiento y las relaciones, exageradas muchas, de los primeros que lo habían visitado, despertó el deseo de ir á tan remotos países, animado con la codicia del oro, ó de alcanzar renombre y fama. Así se poblaban rápidamente las Islas, mientras despoblándose España, perdía la agricultura y la industria sus brazos.

Entre los numerosos estudiantes que concurrían á la Universidad de Salamanca, se hallaba Hernan Cortés, natural de Medellín, villa de Estremadura, é hijo de Martín Cortés, de Monroy, y de Catalina Pizarro Altamirano. Su poca afición al estudio de las letras; el estímulo de algunos sus conocidos que se embarcaban para las Indias; las hazañas que se contaban de los aventureros; y la principal razón, la inclinación de su espíritu á las armas, le resolvió á dejar el traje escolar, para calzar espuela y ceñir espada.

Era Hernan Cortés mozo de gentil presencia y agradable rostro; festivo, generoso, y tan discreto, que no se le oía hablar mal de otro estando ausente.

Abandonó á su patria, llevando consigo cartas para Nicolás Obando, deudo suyo y Gobernador de la Isla de Santo Domingo, pacífica en aquel entonces; no así la de Cuba, en la que

se llevaban las armas en las manos: pidió á Obando servir en ella, deseando ocasion de acreditarse como valeroso.

Gobernaba el Capitan Diego Velazquez, Teniente que habia sido del segundo Almirante de las Indias, D. Diego Colon, y á quien se debia toda su coquista.

En el campo, como en el consejo, prontamente se dió á conocer Cortés: casó con Doña Catalina Suarez Pacheco, doncella noble y recatada; ganó la confianza del no confiado Velazquez, el que le dió la vara de Alcalde en la misma villa de Santiago.

Habia descubierto Juan Grijalva á *Nueva España*, llamada así por sus soldados, y Velazquez, impaciente de su conquista, ocupábase en preparar la expedicion, no olvidando que la diligencia acompaña las mas de las veces al logro de las empresas. Juntó diez bajeles, equipolos convenientemente, y trató de elegir Cabo que los acaudillase.

Inquieto y receloso andaba su ánimo, no seguro de la fidelidad de unos, de la pericia de otros, ambas cosas difícil de encontrar unidas, cuando Andrés de Duero y Amador de Lariz, grandes amigos de Cortés, le inclinaron á decidirse por él. Extendióse el despacho, reducido á que como Gobernador de la Isla de Cuba, y promovedor de los descubrimientos de Yucatan y Nueva España, nombraba á Hernan Cortés Capitan general de la armada y tierras descubiertas y que se descubriesen: aceptó Cortés, y alistada gente, arboló su estandarte, llevando por empresa una Cruz, y una letra que decia: *Sigamos la Cruz, que en esta señal venceremos*. El dia diez y ocho de Noviembre del año de mil quinientos diez y ocho hizose la armada á la mar, dejando en el puerto á la muchedumbre de la villa reunida.

Partida que fue, los émulos de Cortés, envidiosos de la suerte y favor que alcanzaba de Velazquez, calificaron de desacertada la eleccion, y de insegura la confianza del Gobernador. Resistíase este á dar oídos á semejantes palabras; mas ganando poco á poco plaza en su espíritu, vencieronlo al fin y esclavizaron su razon.

En el entretanto habia llegado Cortés á la Isla de la Trinidad, publicado la jornada, alistado gente, y hecho acopio de armas y municiones. Preparábase á dejar la Isla, cuando el Alcalde de la villa, Francisco Verdugo, recibió una orden de Velazquez mandándole desposeyese judicialmente á Cortés de la Capitanía general. No era ya tiempo oportuno; Cabos y soldados se resistieron á ello en son de guerra, participando el mismo Alcalde de la indignacion del ejército. Suspendiose el mandato, embarcóse la gente, y prosiguió la navegacion.

Dado por Velazquez el primer paso en contra de Cortés, no cejó ante los obstáculos que se le oponian. Al arribar la armada á la Habana, intentó nuevamente detenerle y aprisionarle; frustróse su propósito, y haciéndose á la vela Cortés con su gente, rompió abiertamente con él.

En Cozumel pasó muestra y contó quinientos y ocho soldados, diez y seis caballos, ciento y nueve entre maestros, pilotos y marineros, dos capellanes, el licenciado Juan Diaz, y el P. Francisco Bartolomé de Olmedo, Religioso mercenario, su constante compañero hasta el fin de la conquista.

Derribó en la misma Isla el mas venerado ídolo del que tomaba su nombre, ante la muchedumbre de Indios que lo adoraban y amenazas de sus Sacerdotes. En Tabasco venció en porfiada batalla el poder de innumerable ejército Indio.

En San Juan de Ulúa recibe una embajada del Emperador

Motezuma, undécimo rey de Méjico; y fundó á *Vera-Cruz*, llamándola *Villa-rica de la Vera-Cruz*, poniendo su asiento en tierra llana y fértil, abundante en aguas y copiosa en árboles. Desde ella, dispuso dar cuenta á S. M., á nombre de la nueva villa, y por medio de los Capitulares del Ayuntamiento, de todos los sucesos ocurridos en la expedicion; de las tierras descubiertas; las reducidas á obediencia; los adelantos para la conquista de la capital de Méjico, y las riquezas y abundancia de aquel nuevo mundo. Tan honroso encargo se encomendó á los Capitanes Portocarrero y Montejo, para que pusieran los memoriales y las alhajas que los acompañaban en manos del Rey; encargándoles, por temor al Gobernador Velazquez, no tocaran en Cuba.

En este tiempo trataron de escaparse algunos soldados y marineros á avisar á Velazquez la salida de Portocarrero y Montejo para España, con el fin de que se apercibiera y apresara el navio. A la hora de embarcarse descubrió Cortés el concierto. Abatiose su espíritu, sin que el castigo de los delincuentes le volviese la calma y confianza que hasta entonces habia tenido en sus gentes.

En la empresa que con la ayuda de Dios trataba de llevar á cabo, empresa la mas atrevida que cuentan los siglos, no podia entrarse sin la mas completa seguridad del ejército. Con todo esto, en pais desconocido, gobernado por Príncipes guerreros, y defendido por pueblos que habian de pelear por sus Dioses, hogares y Reyes, preciso le era á Cortés encontrar esa seguridad á cualquier precio. Revolvía en su imaginacion el medio, y hallado, llama á sus confidentes, lo propone, tiemblan al oírle, desecha con entereza toda observacion, manda como caudillo, y parten á cumplir sus órdenes. El mis-

mo día comenzó á correr la nueva de que los buques se iban á pique por los descabros padecidos en la navegacion, y principalmente por la mala calidad de aquel puerto. Extendiose la noticia por el ejército, y llegada á Cortés, mandó le sacasen el velámen y tablazon y diesen al través con ellos.

Cumplióse el mandamiento, deshízose la armada, quedó sin retirada el cobarde y el traidor sin fuga, y Cortés asegurado de su ejército.

La victoria ó la muerte le aguardaba en Méjico; alzó su estandarte, y seguro de la primera, guió sus huestes á la capital del imperio.

El Gran Capitan.

Mas quiero hallar mi sepultura ganando un palmo de tierra, que prolongar mi vida retirándome. Así dijo Gonzalo Hernandez de Córdoba en Italia, y esta energía le valió la conquista del reino de Nápoles.

De la familia de los Aguilares, ilustre en guerreros y nobleza, nació Gonzalo en Montilla por los años de 1453. Gallardo, dadivoso, afable y cortesano, alcanzó por sus buenas partes en la Corte de los Reyes Católicos el renombre de *Príncipe de la juventud*.

Andaban las cosas de Nápoles en grandes revueltas y desconcierto. Las armas de Luis XII de Francia, invadiendo su territorio, arrancaron la corona á D. Fadrique, hijo bastardo de Alfonso V, y tio de D. Fernando el Católico. Este, destrozado D. Fadrique, no tardó en apereibir sus tropas para disputar el reino al nuevo conquistador, ofreciendo la desgraciada Italia su suelo á la lucha de Franceses y Españoles.

Hermano de D. Alonso de Aguilar, el que murió en Sierra Bermeja, Gonzalo Hernandez de Córdoba habíase acreditado como valeroso, peleando contra los Moros andaluces. Eligiéronle los Católicos Reyes por caudillo de sus tercios en Italia y esperaron confiadamente en el buen resultado de la eleccion.

Hízose á la vela en Málaga, desembarcó en Mesina, pasó muestra á su ejército, contó cinco mil infantes y seiscientos caballos, y como si llevara la victoria en la mano, entró en el reino de Nápoles, conquistando á Cosenza, Renda, Alto-monte, Bisignano, Grimaldi, Castro-franco, Castro-villa, Morano y otros muchos lugares, con lo que llegó al campo de Antilla, dejando á la Sicilia admirada y asombrada á la Europa con sus portentosas hazañas. Grangeose en el campo de Antilla la infantería española el título de *terror del mundo*, mientras era apellidado su Caudillo con el de *Gran Capitan*.

No tardaron en conocer los Franceses que no es patrimonio del número la victoria, sí del valor y esfuerzo. Batallas, sitios, asaltos, escaramuzas, combates individuales, acciones caballerescas, cuanto se llevó á cabo en aquella gloriosa campaña, en todo vencieron los pocos de Gonzalo; bien que se encontraban entre ellos Antonio de Leiva, el ingeniero Pedro Navarro, el esforzado Garcia Paredes, el valeroso Gonzalo Pizarro, y otros cien guerreros gloria de España y esplendor del inmortal caudillo.

El primero en el peligro, incansable para el trabajo, celoso de la honra de sus Reyes, inflexible en el deber, enérgico, dulce, humano, reunia en sí virtudes para hacer héroes hasta de los cobardes.

No obstante, todos los dias no lo son prósperos en la guerra, aun para los venturosos; tambien los hay de trabajos y necesidad. Estos habian sustituido en el ejército Español á los primeros. Sin dinero para pagar á los soldados, y escasos de viveres, andaban hambrientos y cansados con las muchas fatigas, murmurando de su Caudillo.

Consolábales Gonzalo, mostraba con su ejemplo á soportar

los infortunios, cuando hizo la casualidad que arribara á las costas de Calabria una escuadra francesa, destrozada por los Turcos, y arrojada por la tormenta. Desfallecidos, desnudos y muchos moribundos, tomaron tierra entre sus enemigos.

El levantado corazon de Gonzalo, pronto acude á su socorro con viveres, refrescos, ropas, tapices y toda suerte de regalos, olvidándose de la escasez propia á la vista de tanta miseria. Absortos le contemplaban y bendecian sus náufragos enemigos, en tanto que los Españoles, tomando pretexto para alteraciones, álzanse en motin. Corren á las armas, ordenanse las batallas, y en completa rebelion piden sus pagas. Procura el de Córdoba apaciguarles con blandas palabras; nada basta. Un soldado le arroja su pica con ánimo de pasarle; mas evitado el golpe, *¿qué haces?* le dice sonriendo; *cuidado no me hieras jugando con estas armas*. Perdonó al soldado, mas no á un Capitan vizcaino, que con muestras desvergonzadas le habló de este modo: *Si hay falta de dinero, comercia con tu hija y podrás satisfacernos*. Oyó y tembló Gonzalo á tan brutales palabras: al dia siguiente amaneció el Capitan colgado á la puerta de su alojamiento.

Calmose el conflicto, y venidos socorros de España, volvió nuevamente al campo la alegría perdida.

Poco tiempo despues, ocupaban las grandes llanuras de Cerinola el ejército francés por una parte, y los tercios españoles por la otra, todos impacientes de venir prontamente á las manos.

Situada Cerinola en un cerro, ondeaba á merced del viento el pabellon francés.

El buen Caballero y Duque de Nemours, y el señor de la Chandénier, recorrian al galope las filas de sus escuadrones.

Muchos eran los Franceses, pocos los Españoles: Gonzalo, puesta su confianza en la artillería, esperaba con ella equilibrar las fuerzas del enemigo. Comienza la batalla; chocan unas y otras picas; crece el estruendo; hácese general la pelea; la luz, como de un inmenso relámpago, alumbrá el campo, y una horrible explosion cubre con su trueno el fragor del combate. Suspensos quedan todos; luego, consternados, corren los Españoles á Gonzalo á noticiarle el incendio de las municiones. *Mejor*, les contesta sin turbarse, *estas son las luminarias de nuestra victoria.*

Quedó muda la artillería; mas obraron tanto las picas, que desordenados los Franceses, volvieron las espaldas, dejando muertos en el campo al de Nemours y la Chandénier, y la victoria á los leones de Castilla.

Siguió Gonzalo su carrera de victorias, legando una poética y laureada página á la historia patria.

D. Diego Hurtado de Mendoza.

Hijo del Conde de Tendilla, Alcaide y Capitan general por los Reyes Católicos en la recién conquista de Granada, y de la ilustre matrona Doña Francisca Pacheco, mostró D. Diego desde niño grande afición á las letras.

Humanidades, derecho civil y canónico estudió en Salamanca, pasando despues á Italia á probar su bizarría en el ejército, como en aquella habia acreditado su claro ingenio.

Distinguióle prontamente el Emperador, estimó su gran mérito, y trató de medrarle.

Confiríole el encargo de concluir la *liga santa* contra el Turco, entre el Papa, él y Venecia, á cuya Señoría le envió de Embajador al siguiente año de 1538.

Infatigable en el estudio, como en sostener las prerogativas de su Soberano, reunió gran número de códices griegos, con lo que no solo España, si que la Europa, debieronle el conocimiento de las obras de San Gregorio Nacienceno, Basilio y Cirilo Alejandrino, Apiano, Arquímedes y otros muchos sábios de la antigüedad.

En este tiempo convocó el Pontifice Paulo III (22 de mayo de 1542) el Concilio Tridentino, y el Emperador designó como representantes suyos al Gran Canciller Granvela, Obispo de Arras, y D. Diego Hurtado de Mendoza.

Pocos eran los Prelados reunidos á su llegada, motivo que

disgustó algun tanto á los Embajadores españoles por el gran interés y parte que su Soberano tomaba en la celebracion del Concilio. No obstante, se aceleró la venida de los Prelados italianos, estimuló á los Franceses y solicitó á los de Alemania.

Ya en Trento los Embajadores Romanos, y en el acto de la solemne congregacion para recibirles, sostuvo D. Diego su derecho de precedencia al Cardenal Madrucci, pretendiendo debia sentarse á seguida de los Legados, porque en el caso de hallarse presentes el Papa y su Soberano, nadie podria ponerse entre ambos.

Apaciguose aquel incidente; ofreciose consultar al Papa el caso, y sentose en sitio donde, sin tomar precedencia, no la cedia tampoco.

Celebrose la primera sesion del Concilio (15 de diciembre de 1545), á la que asistió D. Diego, no á las siguientes, por haber adolecido de unas pertinaces cuartanas. Mas era su presencia tan estimada en las sesiones, y su parecer tan considerado, que señalada la congregacion general antes de la quinta sesion, se suspendió un dia, por ser el que le tocaba la fiebre.

Declarada en este tiempo por el Emperador la guerra á los Protestantes de Alemania, temieron por su seguridad los Padres reunidos en Trento, estando tan próximos al sitio de ella; así que comenzaron á moverse disgustados y á pensar en la traslacion del Concilio á Bolonia. Opusieronse los Prelados españoles; trabajó D. Diego, siendo esta la voluntad de D. Carlos, para que continuara en Trento: murieron dos Prelados, y achacándolo á peste, se suspendieron las sesiones, y muchos Padres partieron para Bolonia.

Tomó D. Diego el camino de Roma, con la esperanza de hallar de su parte al Pontifice, y con el fin de que no aprobara

la traslacion; mas no fue así; el Pontífice la apoyaba: reiteró D. Diego su peticion, encareciendo el gran disgusto que con ello recibia su Soberano, hasta que desabridos ambos, y confiado el Papa en las ofertas hechas por el Rey de Francia, le dijo airado: *Parad mientes que estais en mi casa, y no os excedais.* A lo que respondió el Embajador con respetuosa altivez: *Soy Caballero, mi padre lo ha sido, y como tal he de hacer lo que mi Señor me manda, sin temor alguno de su Santidad, guardando siempre la reverencia debida á un Vicario de Cristo; y siendo Ministro del Emperador, su casa es donde quiera que pusiere los pies, y allí estoy seguro.*

Al dia siguiente pidió audiencia pública al Pontífice: con asistencia de los Cardenales y Embajadores, presentose en ella con toda la pompa y esplendor que pudiera darle el gran pueblo y Monarca que representaba, é hincado de rodillas ante Su Santidad, leyó en nombre del Emperador una enérgica protesta, oida con religioso silencio por toda la asamblea; dirigióse luego á los Cardenales y les intimó lo mismo; pidió á los Secretarios lo consignasen en las actas, y salió de la Cámara con la noble apostura y gravedad que en todas sus acciones le acompañaba.

Tratose por los Italianos, en los quince dias que siguieron, de una avenencia y reconciliacion; mas nada pudo recabarse de D. Diego. En tal estado, decidió el Pontífice suspender el Concilio.

Este fue D. Diego Hurtado de Mendoza. Novelista, poeta, historiador; gracioso y mordaz en su *Lazarillo de Tormes*, el *Tácito Español*, como es merecidamente llamado en su *Guerra de Granada*.

Iñigo de Loyola.

Corría el año de 1521, los Franceses tenían sitiado el castillo de Pamplona, y sus defensores, cansados de resistir, trataban ya de rendirse. Un jóven Capitan, el único que con virtuoso ejemplo oponíase á toda capitulacion, se mantenía firme en el muro. Herido de una bala de cañon, cayó derribado al suelo: se apagó el escaso valor que quedaba en los soldados; firmose la capitulacion, y ocuparon los Franceses el castillo.

Pocas horas despues, el bravo Capitan era conducido á la casa de sus padres, casi desmenuzados los huesos de la canilla derecha, y herida la pierna izquierda de una piedra rebotada. Llamábase Iñigo de Loyola, hijo de Beltran Yañez de Oñaz y Loyola, y Doña María Saez de Balda, nobles Guipuzcoanos.

Mancebo de ánimo resuelto, leído en libros de caballerías, y deseoso de acreditarse en hechos de armas, había ofrecido su espada á los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel.

Agraváronse las heridas, vinieron cirujanos, desencajaronle la pierna derecha, sacándole veinte menudos pedazos de hueso: luego, le cortaron otro que feamente le salía por bajo la rodilla; todo con asombro de los asistentes, que ni le oyeron un quejido, ni varió lo tranquilo del semblante, ni se dejó sujetar con ligaduras.

Contento ya, y esperando su completo restablecimiento pa-

ra volver al ejercicio de las armas, al que era tan inclinado, pidió un día á un su hermano un libro de caballerías, tan de moda en aquellos tiempos, y con tanto deleite leídos. Buscó el libro, y no encontrándolo, le dió para entretenimiento un *Año Cristiano* y la *Vida de Cristo*.

Los ojeó por pasatiempo, luego con algun cuidado, y al fin se entregó á su lectura.

Habia aguardado Dios aquella hora para llamarle á otra milicia.

Una noche dejó la cama, y postrándose en el suelo, se ofreció por soldado fiel, y pronto á seguir su estandarte Real.

Sano, y con excusa de visitar al Duque de Nájera, que mucho se habia interesado por su salud, salió de su casa, despidió los criados, y variando de camino, se dirigió al Monasterio de Nuestra Señora de Monserrat. Llegó, confesó, hizo penitencia, y colgando en el Altar espada y daga, salió del Monasterio vestido de toscó sayal.

En Barcelona, Alcalá, Salamanca y Paris, estudió la latinidad, filosofía y teología, sufriendo gustosísimo pobreza, afrentas, humillaciones, y tambien cárceles.

Tuvo siempre gran anhelo de allegarse á sí otros compañeros, y ya en Paris, reunió al Saboyano Pedro Fabro; al Navarro Francisco Xavier; al de Almazan, Diego Lainez; á Alonso de Salmeron, Toledano; al Portugués Simon Rodriguez, y al de Palencia, Nicolás Bovadilla. Todos siete, cursada la filosofía, recibido el grado de Maestros, y estudiada la teología, se reunieron en la Iglesia de *Mons Martirum*, dia de la Asuncion de Nuestra Señora del año 1554, é hincados de rodillas, hicieron voto de dejar para dia señalado quanto era suyo, ir á

Roma, y postrándose á los pies del Padre Santo, ofrecerse á que libremente dispusiera de ellos.

Hecho este voto, recogido en el cielo y en el silencio del templo, quedó constituida la Compañía de Jesus, confirmada por Paulo III, la que prontamente llenó ambos mundos con su ilustracion y virtudes.

El soldado de los Reyes Católicos, su primer Prepósito general, hoy le llamamos San Ignacio de Loyola.

D. Jaime el Conquistador.

Comenzó la dinastía de los Reyes de Aragon por Iñigo Arista (1), el que bajando de las montañas á lo llano de Navarra, fue alzado Rey y peleó animosa y fieramente con los Moros. A tan esclarecido Monarca, siguieron otros famosos y sin iguales Reyes, hasta que, muerto D. Pedro II en la desgraciada rota, junto á las riberas del Garona, sucediole su hijo D. Jaime, primero de su nombre.

La corta edad del nuevo Rey, y el desasosiego de los Nobles aficionados á revueltas y turbaciones, fue ocasion de trastornos, bandos, parcialidades, daños en el Reino, y hasta escandalosa opresion tenida con el mismo D. Jaime.

Logró escaparse escondidamente del poder y gobierno de su tio el Infante D. Francisco, y viniendo á un lugar llamado Horta, mandó despachar letras convocando á los Ricos-hombres, que tenian villas y lugares en honor, para que en cierto dia estuviesen en Teruel prontos á hacer entrada en el Reino de Valencia.

Llegó el plazo fijado, y solo concurrieron D. Blasco de Alagon, D. Artal de Luna y D. Atho de Foces, señalados varones de aquellos tiempos. Hubo D. Jaime de disimular el

(1) Año de 819.

enojo y hacer treguas con Zeit-Abuzeit, Rey moro de Valencia. Dejó á Teruel, y caminando tristemente hacia Burbáguena, encontró en Calamocha á D. Pedro Ahones, que con sesenta caballos iba á hacer cabalgada en tierra de Moros: mandole le siguiera, y entrando en Burbáguena, y en una casa de la Orden del Temple, desahogó su corazon, reconviniéndole y culpando á él y á los Ricos-hombres de haberle privado venir á las manos con los Moros y obligado á las treguas; acabando por prohibirle las rompiera. Resistíase D. Pedro á obedecer tal mandamiento, defendiéndose con lo mucho que le costaba el aparejo para la entrada; instaba el Rey; negábase el otro, hasta que ya cansada la paciencia, mandole se diera á prision. Ciego D. Pedro de ira, álzase de su asiento, pone la mano en la espada, abalánzase D. Jaime, sujétale fuertemente, porfia Ahones por desasirse, entran los de su parcialidad, arráncanle de las manos del Rey, y cabalgando precipitadamente, parten al galope. Salió D. Jaime tras de ellos, brinca en un caballo, y sin aguardar á su gente, clava el acicate y vuela en su alcance. D. Atho de Foces le siguió con cuatro lanzas, y poco despues D. Artal y D. Blasco.

Al aproximarse el Rey, reparose D. Pedro en un cerro, defendiéndose de los ataques de D. Blasco y D. Artal, que le embistieron por el frente. Ganó D. Jaime por senda escusada la altura, á cuya presencia, desampararon á aquel los suyos; hiriole de una lanzada Sancho Martinez de Luna, y dejándose caer al suelo, le recogió el Rey en sus brazos, doliéndose de su fin miserable, y amparándole de D. Blasco, que queria acabarle. Murió de allí á poco, y puesto en una caja, lo acompañó á Daroca, donde le dió sepultura en la Iglesia de Santa María.

No por el triste fin de D. Pedro se redujeron á obediencia los Ricos-hombres; antes bien, encarnizándose unos bandos con otros, sostenian con las armas sus contiendas, costando al poder Real largos y trabajosos dias para la pacificacion y bien universal de sus señorios.

Acabadas las disensiones, dió ocasion el Rey moro de Mallorca, apresando unos navios catalanes, á que D. Jaime le declaró la guerra, pasara á las Islas con fuerte armada, y en breve plazo se señoreara de ellas y las agregará á sus estados.

Habia usurpado Zaen el Reino de Valencia á su Rey Zeit-Abuzeit, y entrado en tierra de Aragon, mientras D. Jaime se ocupaba de la empresa de Mallorca, estragó muchos lugares, combatió á Uldecona, y llegó á Tortosa y Amposta.

Acabado lo de las Baleares, previno el de Aragon lo necesario para acometer la reconquista de Valencia, brindándole ocasion los agravios recibidos, guerra entre Zaen y Zeit-Abuzeit, y entusiasmo del Reino con el feliz resultado de la expedicion de Mallorca.

Otorgó cruzada el Papa Gregorio IX, tomó el Rey la insignia, y acordado combatir lo primero la villa de Burriana, por ser lugar marítimo y fértil, y abundoso su campo, púsose en movimiento el ejército, llegando á asentar el Real en un dia del mes de mayo del año mil doscientos treinta y tres.

Sitiada la plaza, comenzose á batir con dos máquinas, un fonevol y un mangel; mas lo fuerte de sus muros, abundancia de bastimentos, y mucha y escogida morisma que la guarnecia, alargaba su rendicion con gran impaciencia de los sitiadores, que, venido el tiempo de recoger los panes, querian volver á sus casas á meterles en los graneros. El Infante Don Fernando, D. Blasco de Alagon, Lizana, y otros Caballeros

que deseaban abandonar aquella empresa, entraron un dia en la tienda del Rey, y usando de la palabra D. Blasco, habló de esta manera: «Señor: D. Fernando y nosotros hemos venido á servir en este sitio de Burriana que habeis comenzado. Los Reyes á menudo toman empresas como esta principiada por vos; mas es cierto que todas las cosas que comienzan no se acaban como ellos quisieran, porque si así fuese, todas las tierras del mundo se harian suyas. Ahora, en este sitio de Burriana, nos vemos con gran embarazo: los Consejos quieren volverse á sus casas sin que los podais detener para segar las mieses, y los Ricos-hombres, no teniendo que comer, nos habremos de ir poco á poco. No quisiéramos, pues, que hallándoos comprometido en el sitio, recibierais afrentas abandonándoos los hombres por falta de comida.»

Oyole el Rey, y acabado que hubo, contestó diciendo: «¿Os parece á D. Fernando y á vosotros, que venidos aquí y comenzado el sitio, abandonaria á Burriana? Mal volveria á Cataluña y á Aragon sin honra y con vergüenza, si no tomara un lugar como este tan pequeño, despues de haber conquistado un Reino como el de Mallorca.» Y no pudiendo contener con el sentimiento las lágrimas, lloró con gran desconsuelo.

Venida la noche, descansaba en silencio el Real: desvelado D. Jaime con lo pasado con el Infante y D. Blasco, esperaba impaciente la venida del dia; cuando entendiendo que las gentes puestas al cuidado de los reparos los habian abandonado, fuese con nueve Caballeros armados con sus perpuntos, capellinas y espadas, á hacer la guarda. No tardaron los Moros, fiados en el silencio del campo, á salir de la plaza cautelosamente, con el intento de dar fuego á los reparos. Violos el Rey, y cayendo sobre ellos, sostuvo la escaramuza, acuchillán-

doles con singular denuedo. Cieron los enemigos, volvieron las espaldas, y precipitándose á la barbacana encerroles, escarmentados por ello, adentro. Dos veces, no obstante, descubrió su pecho á las armas de los Moros, buscando con virtuoso ejemplo quien le hiriese, para caso de alzar el cerco, se dijese que por la herida recibida se retiraba (1).

Dos meses duró el sitio; rindióse al fin la plaza; abandonónola siete mil personas entre hombres, mujeres y niños, y sin dar ya el Conquistador paz á su invencible espada, alzó su pendon en Valencia, luego en Murcia, ahuyentando á los Moros de ambos reinos.

Reinó sesenta y tres años; levantó dos mil iglesias; dió sabias leyes; escribió por sí mismo su historia; venció á los Moros en treinta batallas campales; fue, en fin uno de los mas valerosos y cumplidos Príncipes que en hechos de caballeria se señalaron en aquellos y en los posteriores tiempos.

(1) Ecreats en veritat que dues vegades nos descobrim tod lo cors per tal quels de dins nos ferissen, per tal que si levar nos havien del seti, dixessen que pel colp que nos havien pres nos levam. (*Crónica del glorios Rey en Jacme.*)

Pedro III.

Acercábase á D. Jaime el Primero la hora de su muerte: rodeaban su lecho Prelados y Ricos-hombres, cuando en medio de su mortal desasosiego, mandó á su hijo el Infante Don Pedro viniese ante él, y cogiéndole con las suyas ambas manos, con cansadas palabras, le habló de esta suerte: «Considera, hijo mío, las honras y mercedes que de mano de nuestro Señor he recibido en todo el discurso de mi vida: El me ha dado siempre la victoria sobre mis enemigos, ha extendido mis dominios, y guardado esta hora para morir en paz con los auxilios de nuestra Santa Religión. Teme, pues, ante todas cosas á Dios, y sirvele, porque con esto tus reinos serán aumentados y favorecidos.» Y alargando su mano á la espada que tenia junto á la cama, «toma esta espada, le dice, con la cual, por la virtud de la diestra Divina, siempre he sido vencedor; llévala, y obra varonilmente.»

Besó el Infante las manos al Rey, recibió la espada, y partió al reino de Valencia á echar los Moros que en él quedaban.

Era el Infante D. Pedro de gran estatura, bien proporcionado, y de majestad muy Real. Grande y generoso su ánimo, y tan sesudo en el consejo como valiente y venturoso en el campo; *ceñido, en fin, de todo valor*, como dijo el Dante en su lenguaje poético.

Muerto el Rey D. Jaime, y ya coronado y ungido D. Pedro

en la Catedral de Zaragoza, volvió al reino de Valencia á continuar la guerra; cercó á Montesa, peleó esforzado, rindió á la morisma, que sumaba treinta mil combatientes, y con ello se cobró lo que quedaba rebelado.

Casado el nuevo Rey con Doña Constanza, hija y heredera de Manfredo, Rey de Sicilia, que perdió corona y vida en la batalla de Benevento, tenia por su mujer legitimo derecho á aquel Reino, del que apoderado Cárlos de Anjou, ciñó su corona, manchada con la sangre de Manfredo y Conradino.

Sufrían los Sicilianos con mal reprimida ira el yugo francés. El poder despótico de los Gobernadores, y la torpe licencia de los soldados, alimentaba en sus pechos el fuego de los celos, de la venganza y de la libertad.

Alaimo de Lentin, Palmerio Abad y Galterio de Calatagiron, principales Barones de la Isla, animaban secretamente á la rebellion, reuníanse en lugares apartados y esperaban la hora de la venganza.

Recordaba la Reina Doña Constanza á D. Pedro «que era yerno de Manfredo, y que del señorío de Sicilia ni las leyes divinas y humanas permitian que ella fuese desheredada.» Al tiempo que Juan de Proxita, hombre de grande ingenio, y antiguo servidor del Rey Manfredo, se confederaba con el Emperador Paleólogo, trataba con el Papa Nicolao III y suplicaba al de Aragon.

Llegó en este tiempo la Pascua de Resurreccion del año mil doscientos ochenta y dos. Era el dia tercero, en que el pueblo de Palermo, siguiendo antigua costumbre, acudia á las vísperas á la Iglesia de Sancti-Spiritus, cuando un francés llamado Drocheto se atrevió á registrar á una dama principal, permitiéndose liviandades con pretexto de si llevaba ocultas las

armas de su marido. Resistiose la matrona, insistió el Francés, arrebató indignado un mancebo la espada á Drocheto, y atravesole el pecho con ella, alborotose el pueblo, doblaron las campanas, armaron su diestra los conjurados, y el grito de muerte se oyó en todo Palermo. Nada bastó á contener al pueblo que se alzaba contra sus opresores: el estruendo, estrago y la venganza, sangre y ruina lo confundian todo, siendo la crueldad y fiereza tanta, que llegaron hasta arrancar los hijos del vientre de sus madres para despedazarlos antes de que viesen la luz.

Así comenzó la ciudad de Palermo á sacudir el yugo del tirano, siguiendo á ejemplo suyo los otros pueblos, vengando en los Franceses rencores y afrentas.

Sabedor el Rey Cárlos de la desdicha de sus soldados, mandó apereibir su ejército, salir al mar su armada, y con impaciente furia marchó sobre Mesina.

Hallábase el Rey de Aragon con su ejército en Africa, con ánimo de ganar á Constantina, cuando llegando al Real Embajadores de Palermo, le suplicaron les amparase y defendiese de la tiranía del de Anjou, recibiendoles como súbditos y naturales.

Oyó los ruegos, y abandonando aquella empresa, partió con su ejército á Palermo; juráronle por Rey, y caminando precipitadamente á Mesina, que continuaba sitiada por el Rey Cárlos, alzó este el campo antes de venir á las manos con el de Aragon, siendo fama que en aquella ocasion perdió á Sicilia y la gloria en tantas batallas alcanzada.

Era ya muerto el Papa Nicolao, y elevado á la Silla Pontificia Martino IV, Francés de nacion, y adicto á la causa del Rey Cárlos.

Astuto como valeroso el de Anjou, conocía que la reconquista de Sicilia le había de ser trabajosa, si antes no sacaba de ella al de Aragon: atento á la juventud, altivez y sin igual ánimo de D. Pedro, fundó en ello su esperanza de apartarle de la Isla. Le envió á Fray Simon de Lentin, religioso de la Orden de Predicadores, mandándole que á su nombre le desafiara en batalla.

Oyó con calma el de Aragon los insultos y reto del Fraile, y despidiéndole sin contestarle, mandó á dos Caballeros fueran á saber de boca del Rey Cárlos si ratificaba el dicho del Religioso, volviendo por su honor caso de hacerlo. Cumplieron los Caballeros, ratificose el Rey, arregláronse las formalidades, y señalose dia para la batalla y campo en el territorio de la villa de Burdeos.

Hizo D. Pedro pasar á Sicilia á la Reina y sus hijos los Infantes, menos D. Alonso, su primogénito, que había quedado rigiendo el Reino de Aragon, y arregladas sus cosas como convenia á la defensa de la Isla, apremiando el tiempo la abandonó, con el fin de llegar el dia acordado á Burdeos.

No se había descuidado el Rey Cárlos en enviar el cartel de desafio al Papa, el cual le absolvió del juramento de cumplirlo asentado, mandando al Cardenal de Santa Cecilia por su legado á la Gascuña á amonestar al Rey de Inglaterra para que no asegurase el campo.

Como á la hora del medio dia del que había de tener lugar el combate, llegaban á Burdeos Domingo de la Figuera, rico mercader de Calatayud, acompañado de cuatro escuderos. Uno de ellos entró en la plaza, buscó al Senescal, y le dijo que un Caballero era ido con orden del Rey de Aragon, y queria hablarle fuera de Burdeos. Salió el Senescal, y saludándole

otro de los escuderos, le preguntó si aseguraría al Rey de Aragon el campo, porque estaba presto á hacer su deber y no faltar á su fé y palabra. Contestó el Senescal que el Rey de Inglaterra no aseguraba el campo; que el de Anjou estaba allí con gente de armas, y que si iba el de Aragon, ponía su persona en grave peligro.

Mostró el escudero deseos de ver el lugar señalado para la batalla: acompañóle el Senescal, y entrando en el palenque, arremetió el caballo de una á otra parte, levantando gran polvareda. Atónito estaba el Senescal, hasta que dadas las arremetidas, le dijo: «Yo soy el Rey D. Pedro, testificad de ello, y tomad este escudo, lanza y espada, con las que habia de pelear.

Salió el Rey del palenque, y seguido de los tres escuderos, volvió por el camino de Bayona á su Reino.

En el entretanto, condensábanse nubes sobre la cabeza del Rey D. Pedro y rugía el trueno no lejano.

El Papa Martino, que habia dado la investidura de los estados de Sicilia á Carlos de Anjou, alzó su potente voz desde la plaza de la Iglesia mayor de Orbieto, y dió sentencia de excomunion contra D. Pedro y sus secuaces; puso entredicho eclesiástico en sus señoríos; absolvió á los vasallos del juramento de fidelidad, y ofreció al Rey Felipo de Francia la investidura del Reino de Aragon para Don Carlos, su hijo segundo.

Cubriose de luto el reino, cerráronse las Iglesias, y hasta los mas esforzados temblaron por la suerte de la pátria.

Acaudillado de su Monarca movió el ejército francés, el mayor que en aquellos tiempos se vió reunido, salvando los límites del señorío del Rey D. Pedro.

Buscó ayuda en su hermano D. Jaime, Rey de Mallorca,

y hallole confederado con Felipo: volvió los ojos á D. Sancho el de Castilla, y escusó de acorrerle: llamó á sus Nobles á la defensa de la patria, y estos, confederados y juramentados, pidieron satisfaciése antes sus agravios y desafueros.

No desmayó, no obstante, su espíritu ni dudó de la victoria. Oye á los Nobles; apela de la sentencia de privacion de sus reinos; fortifica plazas; organiza tropas; pone presidios; llama á su Almirante Roger de Lauria venga con la armada de Sicilia, y vuela al Collado de Panizas á esperar al Francés. Donde batalla D. Pedro, todo lo arrolla; la maza de hierro que arma su diestra, cae con pesadumbre de muerte sobre las cabezas enemigas.

No bastaba la invencible fortaleza del de Aragon á contener tan poderosa muchedumbre antes que sitiara á Gerona. Defendíala con virtuosa lealtad el Vizconde de Cardona, resistiendo al enemigo y alargando el cerco: faltar al fin de víveres, no de valor, hubo de entregar la plaza, saliendo con los suyos, mas en orden de batalla y péndones tendidos.

Entraron los sitiadores en la ciudad, codiciosos de botín y sedientos de venganza. Corrió la sangre de los ciudadanos, envilecieron á las esposas, profanaron los templos, sin perdonar la insolencia soldadesca el mismo cuerpo de San Narciso, patron de la Ciudad (1).

Siguió al triunfo la mas horrorosa pestilencia: cuarenta

(1) Fue este caso tan extraño y maravilloso, que se tuvo por cierto y constante que del sepulcro de aquel glorioso Santo se vieron salir innumerables enjambres de tábanos y moscas, de muy diferente talla y figura, que eran tan grandes como una bellota, segun Aclot dice, y herian y emponzoñaban de tal manera los caballos y gente del Rey de Francia, que caian luego muertos; y fue tan grande el número de los caballos que de esta manera murieron, que afirma el mismo autor ser muertos cuatro mil de precio, y de otros veinte mil.—(Zurita.)

mil murieron, destruyendo así Dios aquel ejército, que como río desbordado amenazaba avasallar al reino.

El Rey Felipo sucumbió también de la peste. Acompañó el de Aragon en la retirada al enemigo, mas bien que por asegurarse salvaba la frontera, por exhortar á los suyos «tuviesen misericordia de ellos, como nuestro Señor la habia tenido de sus cosas.»

Poco despues, regresando el Rey D. Pedro á Barcelona, sobrevínole en Villafranca de Panadés dolencia de muerte. Pidió al Arzobispo de Tarragona le absolviera de la sentencia de excomunion, «prometiendole por su fé real estar á lo que por derecho y justicia fuese determinado por la Sede Apostólica,» y absuelto de ella, murió este excelente caballero, religiosísimo Príncipe, padre de valeroso hijo, y Rey tan guerrero y magnánimo, que mereció de la posteridad el renombre de *Pedro el Grande*.

Alonso V, Rey de Aragon.

Solemnizaba D. Alonso V de Aragon las bodas de los Infantes, sus hermanos, D. Juan y Doña María, con la Reina Doña Blanca y el Rey de Castilla, ordenando su armada y reuniendo la gente de guerra para pasar á Cerdeña á sujetar los rebeldes que la trabajaban. Casi mostraba ya en su temprana edad y cuidado que ponía en las cosas de sus estados, que habia de ser el mas esclarecido Príncipe de su tiempo.

Teniendo en paz el reino de Aragon, prevenida la armada, y embarcada la gente de guerra, dejó por su Lugarteniente á la Reina Doña María, su mujer, y se hizo á la vela. Tomó tierra en Alger, castigó á los rebeldes y lugares alzados, y redujo prontamente á su obediencia y fidelidad á toda la isla de Cerdeña.

De esta manera sostenia D. Alonso su autoridad en tierras apartadas de Aragon, en tanto que en Nápoles se hallaba la Reina Doña Juana amenazada de perder la corona, con las turbaciones y parcialidades del reino.

Animaba Sforza desde Florencia al Duque de Anjou, que á la sazón estaba en Génova, para que pasara á la empresa de aquel reino, logrando atemorizar á la Reina, y que le adoptase por hijo, segun él decia. Promesas y tratos no ignorados de la Reina, que unidos al malestar de toda Italia, hacian prever dias amarguísimos y de desventura.

Habia ya llegado á Nápoles la fama y renombre de D. Alonso como Príncipe valeroso: su proximidad á aquel reino, grande armada, bravos soldados y bizarría del Caudillo, hizo confiar á Doña Juana de que si atendía tal Rey su querella, lograria con su ayuda verse libre de todos sus enemigos. Le envió á este efecto á Antonio de Carraffa de Embajador, pidiéndoles se doliesen de ver á una Princesa perseguida por tantas partes de los suyos y de sus enemigos; que estaba en gran aventura el perder el reino y la vida; «rogaba la socorriese y ponía en sus manos su reino, con el fin de que lo defendiese como los suyos propios.»

Oyó el Rey la embajada, y como de corazon generoso, ofreció á la Reina desvalida el socorro que imploraba.

Era Doña Juana de carácter voluble, de costumbres livianas; y tan afecta á su antojo, como sujeta al parecer de sus favoritos. Defectos tales y tan notorios que inclinaron á los del Consejo del Rey á disuadirle de darla favor, recelando que, salva de sus enemigos, habia de pagar mal los sacrificios que se la hiciesen.

Desestimó D. Alonso el consejo, y enviando á Juan Hernandez de Heredia á desafiar al Duque de Anjou, le mandó le dijese: «Que el Rey era obligado á dar su favor y socorro á la Reina, contra todos los Príncipes del mundo que diesen ayuda á sus rebeldes;» y cumplido con esta ley de buen Príncipe, partió con su armada á Nápoles. Esperábala ya el pueblo con preparativos de grande fiesta: desembarcó en la Punta de la Magdalena; paseó las calles de la ciudad rodeado de su Corte, y venido á saludar á la Reina, le recibió con muchas honras y muestras de contento. Poco despues le adoptó solemnemente por su hijo, heredero y sucesor en todo el reino: aceptaron los

Grandes la eleccion, que confirmó graciosamente el Papa, con Bula apostólica.

No tardó D. Alonso en poner mano en las cosas de Nápoles: sitió á Cerra, batió á Sforza, ganó á Sorrento, Massa y Prócida, cambiando en corto tiempo la faz de la guerra, recordando el poder y autoridad, y yendo de vencida el de Anjou, Sforza y parciales.

No era de condicion la Reina de sujetarse á compartir el gobierno del Reino con Príncipe alguno: fuera del peligro que la obligó á ampararse del Rey de Aragon, trataba de deshacerse de él dando pretexto á la liviandad de sus pensamientos, con decir que D. Alonso tomaba demasiada parte en el gobierno del Estado; que no era estimada como Reina y madre, y que trataba de llevarla por fuerza á Cataluña; de donde nació entre ambos discordia, que acabó con grande odio y enemistad.

Habian proyectado los privados de Doña Juana prender y acabar al Rey cuando fuera á visitarla: avisele del peligro Francisco Ariño, con lo que indignado el de Aragon, montó en un caballo, y seguido de pocos marchó al castillo de Capuana, en el que habitaba la Reina. Antes que el Rey, llegó la noticia de su ida; previnose la gente que tenia de presidio; alzose la compuerta, defendió la entrada la ballestería; cayó herido el caballo de D. Alonso, murió Alvaro de Garabito, púsose en armas la ciudad, y hubo el Rey de recoger los suyos y retirarse mal de su grado.

Hecho público el rompimiento, llamó Doña Juana á Sforza en su socorro; llegó con gran presteza; vino D. Alonso á su encuentro. Trabóse la pelea, en la que decidíase ya la victoria por los Españoles, cuando saliendo los de la ciudad hirieron en

ellos cobardemente por la espalda. Retirose el Rey á su castillo, y sitiáronle los enemigos y ciudadanos.

Falto de bastimentos, sufría D. Alonso con los suyos la suerte de la guerra, cuando llegó al puerto una muy buena armada de veinte y dos galeras y ocho naves gruesas, capitaneadas por Juan Ramon Folch, Conde de Cardona, que el Principado de Cataluña enviaba al Rey para que viniéra á visitar sus Estados.

Deliberó el de Aragon con tan fuerte ayuda castigar la ciudad rebelde: desembarcó la gente de las naves, y embistiendo reciamente á los sitiadores, entrose revuelto con ellos en la ciudad. El fuego, el estrago y la muerte dejaban tras sí con su furor los españoles. La noche dió tregua al combate; venido el día, comenzó con mayor fiereza. Cuatro caballos perdió Sforza peleando con ánimo terrible: al fin, no pudiendo contrarestar el ímpetu del Aragonés, cansados y heridos, fueron poniéndose en salvo. Reunió Sforza los dispersos, sacó del castillo á la Reina, y fuese á asentar el Real en Campo Viejo.

Con esta victoria quedó D. Alonso Señor de la ciudad y sus castillos, mostrando bien la grandeza de su condicion, la benignidad con que recibió los homenajes del pueblo, y de las congregaciones de los nobles, y pesadumbre de los estragos que hizo el fuego.

Llamó ingratisimo y cruelísimo la Reina Doña Juana á su hijo adoptivo, y revocando la adopcion, la concedió al Duque de Anjou, antes su capital enemigo.

Siguió D. Alonso haciendo cruel guerra al de Anjou y Sforza; ganó la ciudad de Ischia, cuando recibiendo noticias de las turbaciones movidas en Castilla, tuvo que abandonar

aquel reino y venirse á España, dejando por su Lugarteniente al Infante D. Pedro, con tropas escogidas.

Al partir la armada mandó que las naves que quedaran rezagadas vinieran á juntarse á las Pomejas de Marsella, pues estaba determinado á combatir la ciudad, la más principal de Duque de Anjou.

Asentada en lugar fuerte, tenia para su defensa muchas torres y baluartes, y cerrado su puerto, de entrada angosta, con una cadena. Venia ya la noche cuando reunidas las galeras se acercaron al puerto. Juan de Corbera, con su nave, fue el primero que forzó la cadena por romperla, acudiendo tras él otras muchas galeras. Defendíanla ya los ciudadanos con gran esfuerzo; peleose en aquel estrecho encarnizadamente, hasta que, rota, dió paso á la armada, que entrando en el puerto fue echando la gente á tierra.

Tomose la ciudad calle por calle, poniéndola á saco y fuego; recogieron las mujeres á los templos, y mandó el Rey se pusieran en guarda de ellas Señores muy principales, para que las protegiesen de la gente de guerra; así como que se buscase el cuerpo de San Luis, Obispo de Tortosa, que se reverenciaba en aquella ciudad. Hallada el arca que lo contenia, la mandó poner en su galera, mostrando ser la más preciosa joya que le pudo caber del botin, como en señal del combate, victoria y arribo feliz á sus reinos de España (1).

(1) El Rey Carlos de Francia, el VIII, que fue viznieto del Rey Luis, Duque de Anjou, el II, cuando fue muy requerido por el Rey D. Fernando el Católico que restituyese los Condados del Rosellon y Cerdeña como lo habia ordenado el Rey Luis, su padre, al tiempo de su muerte, procuró con grande instancia que se restituyese el cuerpo del Santo, diciendo que lo mismo se habia requerido y propuesto por el Rey, su padre, cuando se comenzó á tratar de la restitucion de aquellos Condados, por la devocion que tenia á aquel glorioso Santo y á su convento de la ciudad de Mar-

Abandonó la armada la ciudad, no tratando de mantenerla, siguió el rumbo al Poniente, desembarcando en el Grao de Valencia, en cuya catedral hizo poner el Rey la cadena del puerto de Marsella y el cuerpo de San Luis.

Arregladas las disidencias entre los Infantes, sus hermanos, y el Rey D. Juan el II, disidencias que tan turbada tenían á Castilla, y requerido por el Príncipe de Tarento y muchos Barones del reino de Nápoles, para que diera pronto la vuelta á continuar la empresa comenzada, apercibió una armada de veinte y seis galeras y nueve naves gruesas, á las cuales en Mesina se unieron otros setenta bageles, y haciéndose á la mar, navegó decidido á acometer las costas de Africa, ganar reputacion, entretenir de cerca la afiecion de sus parciales, y esperar ocasion para entrar poderoso en el reino de Nápoles.

Sitiada la isla de Gelves, peleó con Bofferriz, Rey de Túnez, abatiendo la altiva fiereza del bárbaro, con la derrota de su ejército y huida del caudillo á uña de caballo.

Resonó en toda Italia esta victoria, la sintieron los Ange-

sella; y en esto se puso gran fuerza por el Rey Cárlos, afirmando, que lo deseaba por la misma devocion, y por que San Luis era de su casa, y fue hermano de uno de los Reyes sus progénitos, y de donde él descendia, y que había fundado aquel convento, á donde había elegido su sepultura, y que era cosa muy justa y puesta en razon que fuese remitido al convento, en el cual, en su vida, había ordenado que reposase perpétuamente. Pidió el Rey con grande encarecimiento, que en cumplimiento de lo que había prometido al Rey su padre, y por la amistad y alianza que se procuraba que hubiese entre ellos, quisiese dar orden que se entregase y restituyese el cuerpo Santo, é hiciese por él, en una causa tan pia y justa, lo que el Rey querria que se cumpliese con él en el mismo caso, y así fue muy señalada en esta parte la Religion de estos Príncipes en venir, el uno en dejar aquellos Estados por cobrar una tan santa prenda y reliquia, y el otro en no la querer dar, aunque por ello aventurase que no se los restituyesen.—(Zurita.)

vinos, y la Reina Doña Juana, que ya hacia sufrir al de Anjou sus disfavores, envió una embajada á saludar al Rey, ofreciéndole revocar la adopcion hecha en su daño al Duque, y restituírle en el prohijamiento y donacion del reino.

Murió luego de su enfermedad el de Anjou, quebrantado con las fatigas de la guerra: poco mas tarde le siguió al sepulcro Doña Juana, dejando por heredero del reino á Renato, hermano del desgraciado Duque: así mostró hasta en su muerte la veleidad de su carácter.

Allanábanse de esta manera á D. Alonso las dificultades que embarazaban la conquista del reino. Sabedor de la muerte de la Reina, movió su armada desde Mesina, y apoderándose de las islas de Ponza é Ischia, cercó á Gaeta. Fuéle en el sitio la fortuna enemiga: peleó con una armada que el Senado de Génova enviaba en socorro de la plaza, y vencido y prisionero, hubo de rendirse al Duque de Milan.

Los reinos de España cubriéronse de luto; aprestose el de Aragon á conquistar á su Rey con las armas; más generoso el de Milan, le dió la libertad, acompañada con ricos presentes.

Libre D. Alonso, rendidos á su obediencia los pueblos y abiertos los castillos, movió su ejército á cercar la ciudad de Nápoles, cabeza del reino y de la guerra. Las muchas aguas que sobrevinieron obligaron al Rey á levantar el campo; más asediada de nuevo y combatida terriblemente, y asaltada y entrada por la astucia de dos albañiles, prontamente las banderas de Aragon tremolaron en sus muros. Capituló Renato, y sosegado luego todo el reino, hizo D. Alonso su entrada en la ciudad con triunfo, á la manera que lo solemnizaban los antiguos Romanos.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Dedicatoria.....	v
Pelayo.....	1
Alfonso I, el Católico.....	8
Alfonso II, el Casto.....	9
Alfonso III, el Magno.....	11
Alfonso IV, el Monge.....	13
Alfonso V, el Noble.....	14
Alfonso VI, el Bravo.....	16
Alfonso VII, el Emperador.....	19
Alfonso VIII, el Bueno.....	22
Alfonso IX, Rey de Leon.....	25
Alfonso X, el Sábio.....	27
Alfonso XI, el Justiciero.....	29
Alfonso XII.....	32
El Conde de Cifuentes.....	33
Ruy Lopez Dávalos.....	36
Pedro de Alvarado.....	39
Pedro Fajardo.....	42
Nunilo y Alodia.....	45
Alonso de Aguilar.....	48
Antonio de Leiva.....	52
El Cardenal Fray Francisco Jimenez de Cisneros.....	55
Francisco Pizarro.....	60
Diego Perez de Vargas.....	64
Juan de Padilla.....	66

Alonso Perez de Guzman.....	73
García de Paredes.....	78
Diego Ordoñez de Lara.....	81
El Cid Rodrigo Diaz de Vivar.....	85
Fray Luis Ponce de Leon.....	89
Alonso de Ojeda.....	91
Gutierrez Quesada, Señor de Villagarca.....	94
Márco Gutierrez de Benavente.....	97
Alvaro de Luna.....	100
Rodrigo Manrique, Conde de Paredes.....	108
Garcí Gomez Carrillo.....	111
El Conde de Rivadeo.....	113
El Conde de Alva de Liste.....	116
Antonio Fonseca.....	118
El Marques de Pescara.....	123
Vasco Nuñez de Balboa.....	129
Cristóbal Colon.....	135
El Marqués de Llombay.....	141
Hernán-Gortés.....	145
El Gran Capitan.....	150
Diego Hurtado de Mendoza.....	154
Íñigo de Leyola.....	157
Jaime el Conquistador.....	160
Pedro III.....	165
Alonso V, Rey de Aragon.....	172

FÉ DE ERRATAS.

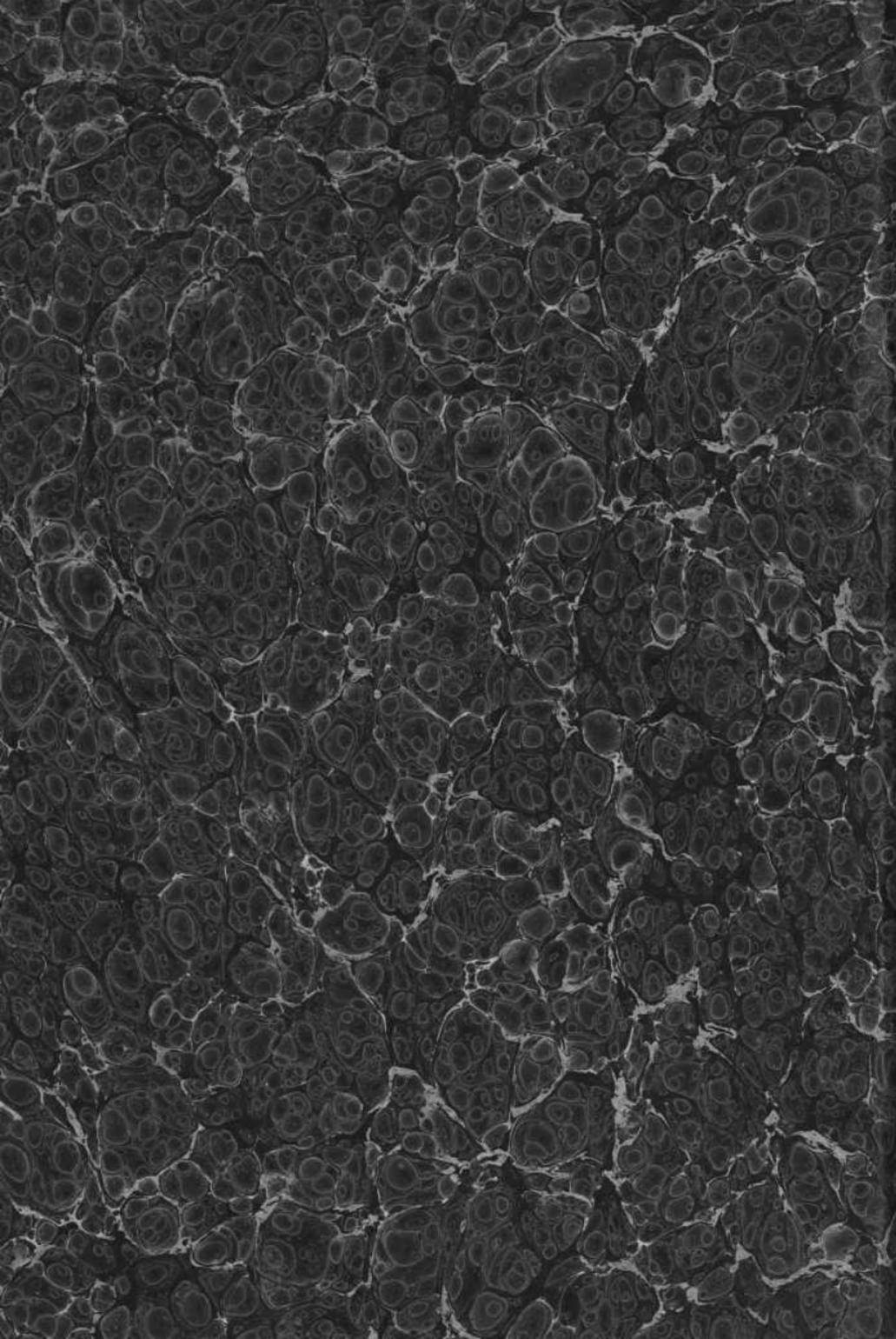
Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
v	3	las mejoran	se mejoran
9	12*	Alahabaz y Melik, Al- corexi	Alahabaz y Melik Al- corexi.
32	1	Doce Reyes.	Once Reyes.
61	2	en el puerto de Viñas.	en el puerto de Piñas.
114	8	y tomando el primero	y tomando este
123	16	de la Xeravada	de la Xerarada
125	6	llegaron á Melgar	llegaron á Melza.
	10	Jacobo Tribulais	Jacobo Tribuleis
127	22	Pescara tambien lo es- taba.	Pescara tambien esta- ba herido.
136	6	de Aragon	de Castilla
	7	de Castilla	de Aragon
146	3	Gobernaba el Capitan	Gobernábala el Capitan
160	13	D. Francisco	D. Fernando
165	17	y parti6 al reino de Va- lencia á echar los Moros que en él que- daban	y parti6 á echar del reino de Valencia los Moros que en él que- daban.
172	5	Casi se mostraba ya	Así se mostraba ya
173	6	pidiéndoles se doliesen	pidiéndole se doliese

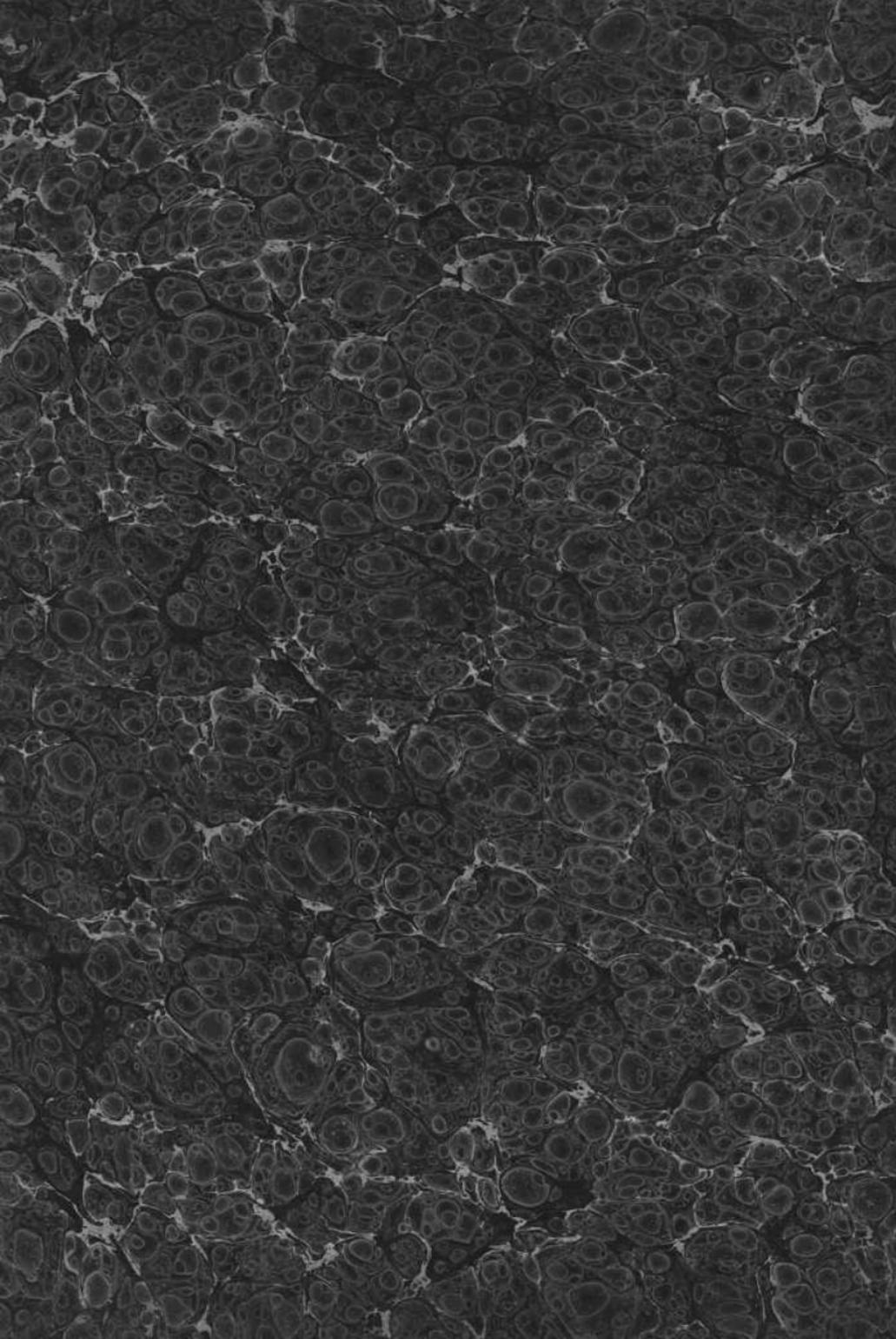
2 p

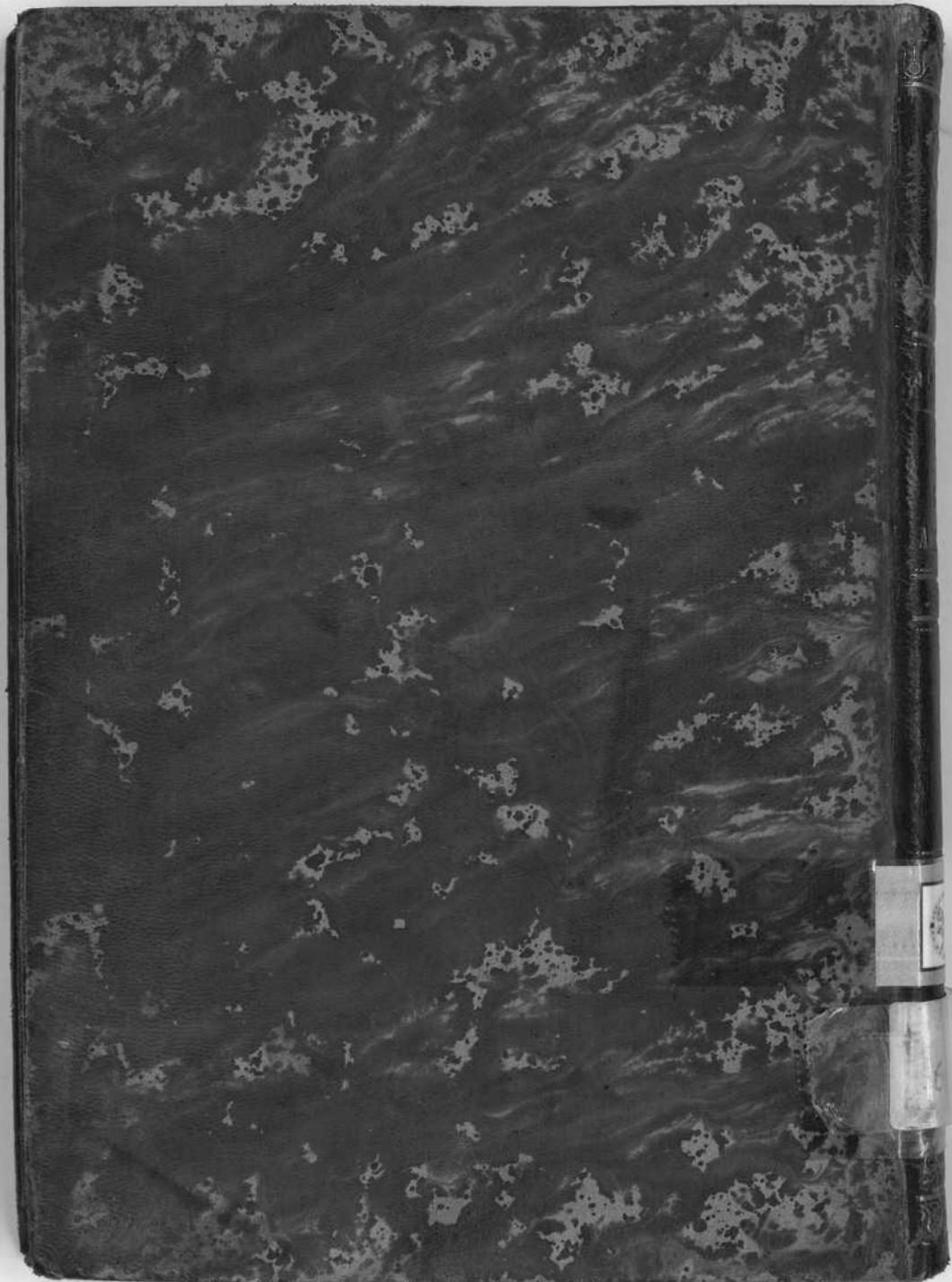
THE DEBENTURES

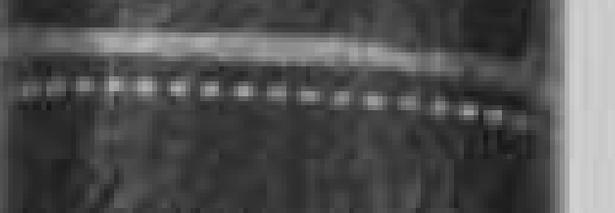
Number	Amount	Interest	Dividend
1	100	5	10
2	100	5	10
3	100	5	10
4	100	5	10
5	100	5	10
6	100	5	10
7	100	5	10
8	100	5	10
9	100	5	10
10	100	5	10
11	100	5	10
12	100	5	10
13	100	5	10
14	100	5	10
15	100	5	10
16	100	5	10
17	100	5	10
18	100	5	10
19	100	5	10
20	100	5	10
21	100	5	10
22	100	5	10
23	100	5	10
24	100	5	10
25	100	5	10
26	100	5	10
27	100	5	10
28	100	5	10
29	100	5	10
30	100	5	10
31	100	5	10
32	100	5	10
33	100	5	10
34	100	5	10
35	100	5	10
36	100	5	10
37	100	5	10
38	100	5	10
39	100	5	10
40	100	5	10
41	100	5	10
42	100	5	10
43	100	5	10
44	100	5	10
45	100	5	10
46	100	5	10
47	100	5	10
48	100	5	10
49	100	5	10
50	100	5	10











PARISI



LOS

DOCE

ALFONSO



6101

